

«JESÚS NAZARENO»

El Evangelio según Juan

(Juan 7.53—10.21)

UNA EXPLICACIÓN Y APLICACIÓN DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

**LA VERDAD
PARA HOY
UNA ESCUELA DE
PREDICACIÓN IMPRESA**

Tomo 24, N.º 7

JUAN 7.53—10.21

**Autor:
David Lipe**

La mujer sorprendida en adulterio (7.53—8.11)	3
La Luz del mundo (8.12—59)	9
La sanidad de un hombre nacido ciego (9.1—41)	26
La alegoría del Buen Pastor (10.1—21)	42

EDDIE CLOER, editor
2209 Benton Street
Searcy, AR 72143 - EE.UU.



El Buen Pastor

«Jehová es mi pastor; nada me faltará» (Sal 23.1): Estas palabras del salmo de David abren lo que es probablemente el pasaje más universalmente conocido y amado del Antiguo Testamento.

Conociendo ese pasaje, nos complace cuando nos dirigimos al Evangelio de Juan y ver que Jesús dijo: «Yo soy el buen pastor» (10.11, 14). Nuestras mentes se remontan a Salmos 23, y comenzamos a pensar en lo que el pastor de ese salmo hizo por las ovejas. Nos preguntamos: «Si Jesús es “el buen pastor”, ¿hace esas cosas por nosotros?». ¡Sí, lo hace! ¡Todo lo que el Señor fue para Su pueblo en Salmos 23, el Señor Jesús, el Buen Pastor, es para nosotros hoy!

Para ayudarnos a entender y apreciar qué quiere decir tener a Jesucristo como nuestro Buen Pastor¹, consideraremos lo que Juan 10 tiene que decir acerca de la relación del Buen Pastor con Sus ovejas, Su relación con Su Padre y Su relación con Sus seguidores hoy día.

1. *La relación de Jesús con Sus ovejas* (10.1–21). El pasaje primero revela la relación de Jesús, «el buen pastor», con Sus ovejas. Aprendemos qué quiso decir Jesús cuando se refirió a Sí mismo como «el buen pastor».

Beneficia a las ovejas (10.1, 2). Jesús dijo que no es un «ladrón» ni un «salteador». Los «ladrones» y «salteadores» vienen a «hurtar y matar y destruir» (10.8, 10), sin embargo, Jesús vino a bendecir a las

ovejas. ¿Quiénes eran los ladrones y salteadores a quienes aludió Jesús? Tal vez Jesús estaba hablando de otros líderes judíos que se apoderaban del rebaño en lugar de protegerlo; tal vez estaba pensando particularmente en los líderes judíos que le rechazaron y se opusieron.

Está íntimamente relacionado con las ovejas (10.3–5). Las ovejas conocen al «buen pastor»; ellas reconocen Su voz y le siguen; y Él conoce a cada una de Sus ovejas por nombre. No es como un pastor moderno que pastorea sus ovejas usando perros o máquinas. Las guía personalmente. No las empuja; ellas lo siguen voluntariamente. Él las conoce, y ellas lo conocen a Él, no sólo como un rebaño, sino como individuos.

Es el medio por el cual las personas se convierten en Sus ovejas (10.6–9). Jesús dijo no sólo que es «el buen pastor», sino también que es «la puerta de las ovejas» (10.7; vea 10.9). Jesús usó deliberadamente una metáfora mixta. Afirmó ser tanto la puerta del redil como el pastor que trae a las ovejas a través de la puerta. En vista de que es el pastor, guía, alimenta y protege a las ovejas. Puesto que él es la puerta, es el medio por el cual las personas son hechas ovejas, el medio por el cual se convierten en seguidores de Jesús y entran en el redil de la seguridad. En otras palabras, es la manera en que las personas son salvas.

Proporciona abundante vida para Sus ovejas (10.10). Jesús se contrastó con los ladrones y salteadores que «hurtan y matan y destruyen». En lugar de
(Continúa en la página 50)

Traducido del inglés por Rodrigo Ulate González

Escuela Mundial de Misiones La Verdad para Hoy, es una obra no lucrativa sostenida por las iglesias de Cristo. Enviamos literatura cristiana a 150 naciones del mundo; lamentablemente, la enorme carga financiera de este esfuerzo nos imposibilita conceder peticiones de ayuda económica.

LA VERDAD PARA HOY es una publicación diseñada para alentar a predicadores, maestros y cristianos fieles a la gran tarea de estudiar y enseñar el evangelio. A menos que se indique una versión diferente, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la traducción de Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas. Se usan con permiso de la American Bible Society, New York, NY, www.americanbible.org. LA VERDAD PARA HOY © 2020 por TRUTH FOR TODAY, 2209 Benton Street, Searcy, AR 72143 EE.UU. www.biblecourses.com

La mujer sorprendida en adulterio

(7.53—8.11)

A los efectos de este estudio, 7.53 es incluido con los versículos al comienzo del capítulo 8. La NASB tiene 7.53—8.11 entre corchetes, indicando que el versículo 53 pertenece a lo que sigue.¹

El trato especial de esta narrativa dado en varias traducciones surge del problema textual que le rodea. La ASV tiene espacios antes y después y lo coloca entre corchetes con la siguiente nota al pie de página: «La mayoría de las autoridades antiguas omiten Juan 7.53—8.11. Las que lo contienen varían mucho entre sí». La edición de 1946 del Nuevo Testamento de la RSV tiene estos versículos impresos en cursiva más pequeña e incluye una nota al pie de página que consigna: «La mayoría de las autoridades antiguas omiten 7.53—8.11, o la insertan, con variaciones del texto, aquí o al final de este evangelio o después de Lucas 21.38». La NIV inicia el texto con una línea divisoria antes y después, con la siguiente nota al principio entre corchetes: «Los primeros manuscritos y muchos otros testigos antiguos no tienen Juan 7.53—8.11». Lewis hizo notar que «todas las traducciones al inglés (excepto la NKJV) realizadas en el último medio siglo (NRSV, NIV, TNIV, ESV, HCSB) indican el problema de una manera u otra». ² Incluso algunas impresiones de la NKJV incluyen una nota al pie que indica que los versículos «están entre corchetes por NU-Text³ como no originales», sin

embargo, luego afirman que «están presentes en más de 900 manuscritos».

La narración plantea tres problemas separados: 1) ¿Era originalmente parte del Evangelio de Juan? 2) Independientemente de si Juan lo escribió, ¿es auténtico, por lo tanto, pertenece a las Escrituras? 3) ¿Cuál es el significado de la narrativa?

1) ¿Era el relato de la mujer sorprendida en adulterio parte del Evangelio de Juan? Algunas de las evidencias sugieren que no era parte de su manuscrito original.⁴ a) Como se ha señalado anteriormente en relación con su lugar en las traducciones, se omite en todos los manuscritos más antiguos (P⁶⁶, P⁷⁵, Aleph, B, y probablemente A y C) con una excepción, el Codex Bezae (D), que apareció en el siglo quinto. En estos, el texto continúa sin interrupción del 7.52 al 8.12. b) Entre los manuscritos que lo incluyen, algunos lo tienen en diferentes puntos incluyendo después de 7.36, 7.44 o 21.25, mientras que un grupo de manuscritos («familia 13») lo tiene después de Lucas 21.38. c) Muchos de los manuscritos posteriores que sí lo incluyen lo marcan con asteriscos u obeli (símbolos) para indicar un problema textual. d) Algunas de las antiguas versiones latinas lo omiten, al igual que algunas de las versiones siríaca, gótica y armenia.

Testamento Griego de las Sociedades Bíblicas Unidas (U), dando como resultado el acrónimo «Texto NU».

⁴Para excelentes resúmenes de la evidencia, vea Bruce M. Metzger, *A Textual Commentary on the Greek New Testament (Comentario textual sobre el Nuevo Testamento griego)*, 2ª ed. (Stuttgart: German Bible Society, 1994), 187–89; Edwyn Clement Hoskyns, *The Fourth Gospel (El cuarto Evangelio)*, 2ª ed. (London: Faber and Faber, 1947), 563–65; B. F. Westcott, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)* (Cambridge: University Press, 1881; reimp., Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950), 141–42; y Andreas J. Köstenberger, *John (Juan)*, Baker Exegetical Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Baker Academic, 2004), 245–49.

¹ La NASB consigna la siguiente notación: “[manuscritos] posteriores añaden el relato de la mujer adúltera, marcándolo como Juan 7.53—8.11”.

² Jack P. Lewis, «¿Escribió Juan “Juan 7.53—8.11”?» *Conferencias de la Universidad de FreedHardeman* (2008): 134.

³ «Texto-NU» es un término utilizado para representar variaciones del Textus Receptus, el texto tradicional en el que se basan la KJV y la NKJV. Estas variaciones generalmente representan el tipo de texto de Alejandría o Egipto. Se encuentran en los textos críticos publicados en el Nuevo Testamento Griego Nestle-Aland (N) y en el Nuevo

e) En el oriente, ningún padre griego lo comentó antes de Eutimio Zigabeno (siglo XII), y declaró que las copias exactas no lo incluyen o está marcado con símbolos en ellas.⁵ f) Se cree que las pruebas internas son sólidas contra su inclusión en Juan. «El lenguaje de la narrativa es diferente de la de San Juan tanto en vocabulario como en estructura».⁶ El vocabulario y el estilo tienen más afinidad con los Evangelios Sinópticos, especialmente con Lucas. Además, la narrativa interrumpe el flujo del texto. Si se leen juntos 7.52 y 8.12, parece que Jesús simplemente estaba continuando Sus análisis en la fiesta de los tabernáculos. Sobre la base de tales consideraciones, Bruce M. Metzger escribió:

Quando se añade a esta impresionante y diversa lista de evidencia externa la consideración de que el estilo y el vocabulario del pericope difieren notablemente del resto del Cuarto Evangelio [...], y que interrumpe la secuencia de 7.52 y 8.12ff., el caso contra la autoría por parte de Juan parece ser concluyente.⁷

La información adicional apunta en la dirección opuesta. a) La narración se encuentra en el Codex Bezae (D) del siglo quinto y en manuscritos posteriores unciales y minúsculos. b) Se encuentra en la mayoría de las copias latinas, en la Jerusalén siríaca, en la Biblia etíope y en algunas versiones posteriores. c) En occidente, los padres de la iglesia lo entendieron como parte del Evangelio de Juan, como Ambrosio (f. 397), Jerónimo (f. 420) y Agustín (f. 430). d) Contextualmente, el relato encaja bastante bien. William Hendriksen hizo notar que puede servir «para dilucidar el discurso del Señor en 8.12 y sig.».⁸ Aquí había una mujer caminando en tinieblas morales; como consecuencia, no nos sorprende leer en 8.12, «Yo soy la luz del mundo». Entonces, se pueden generar pruebas sobre esta sección para su exclusión o inclusión en el Evangelio.

2) Tal vez más importante es la pregunta que dice: «Independientemente de si Juan lo escribió o no, ¿es el texto una porción auténtica de las Escrituras?». En otras palabras, ¿pertenece en la

Biblia? Guy N. Woods dijo: «La mayoría de los eruditos lo consideran un relato confiable de un acontecimiento interesante y significativo en la vida de nuestro Señor».⁹

La evidencia de su autenticidad es tanto externa como interna. Edwyn Clement Hoskyns observó que la evidencia externa de su autenticidad puede encontrarse ya en el siglo cuarto,¹⁰ cuando las palabras de Jesús a la mujer, «Ni yo te condeno», fueron citadas con el fin de advertirles a «los obispos contra una severidad demasiado desproporcionada en el trato con los pecadores». Hoskyns dijo además: «Esto parece constituir una evidencia positiva no sólo de que el relato era conocido en el siglo tercero, sino que poseía una autoridad que reflejaba pertenecer a la auténtica tradición concerniente a Jesús».¹¹ Eusebio declaró que Papías, a principios del siglo segundo, se refirió a un relato actual en su época de una mujer «que fue acusada de muchos pecados delante del Señor».¹² Es razonablemente seguro que Papías se refería al pericopa de la adúltera.

En cuanto a la evidencia interna, la narración es consecuente con las acciones y enseñanzas tanto de Jesús como la de los judíos. C. K. Barrett dijo que la narración «representa el carácter y el método de Jesús tal como se revelan en otro lugar».¹³ El relato de la adúltera podría haber sido insertado aquí para ilustrar 7.24, «No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio», así como 8.15, «Vosotros juzgáis según la carne; yo no juzgo a nadie».

Incluso si el relato deba excluirse del Evangelio de Juan, su estilo y su contenido llevan todas las marcas de una impresionante autenticidad. B. F. Westcott, quien sostuvo que la evidencia de su exclusión del Evangelio es abrumadora, dijo, sin embargo: «Por otro lado, es sin duda un fragmento auténtico de la tradición apostólica».¹⁴ Metzger también observó que la narrativa «tiene todas las marcas de la veracidad histórica».¹⁵ Se podría

⁵ Una variación de la narrativa era conocida por Dídimo el Ciego, un monje del siglo cuarto de Alejandría. (Bart D. Ehrman, «Jesus and the Adulteress» [«Jesús y la adúltera»], *New Testament Studies [Estudios del Nuevo Testamento]* 34 [Enero de 1988]: 24–44.)

⁶ Westcott, 142.

⁷ Metzger, 188.

⁸ William Hendriksen, *Exposition of the Gospel According to John (Exposición del Evangelio según Juan)*, 2 vols. en uno, *New Testament Commentary* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1953), 2:34.

⁹ Guy N. Woods, *A Commentary on the Gospel According to John (Un comentario sobre el Evangelio según Juan)*, *New Testament Commentaries* (Nashville: Gospel Advocate Co., 1981), 162.

¹⁰ *Constituciones Apostólicas* 2.24.

¹¹ Hoskyns, 566.

¹² Eusebio *Historia eclesiástica* 3.39.16.

¹³ C. K. Barrett, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)*, 2ª ed. (Philadelphia: Westminster Press, 1978), 590.

¹⁴ Westcott, 125.

¹⁵ Metzger, 188.

concluir con confianza que el pasaje es auténtico, que debe permanecer en las Escrituras en beneficio de los lectores, y que los predicadores no deben tener miedo de predicar sermones basados en él.

3) El otro problema referente a esta sección de la Escritura es la pregunta sobre el significado de la narrativa. Si asumimos que el pasaje es auténtico y pertenece a la Biblia (si fue incluido o no por Juan en este lugar), ¿cuál es el mensaje previsto del relato? Miremos detenidamente lo que sucedió en esta ocasión.

LA ACUSACIÓN (7.53—8.6a)

⁵³Cada uno se fue a su casa; ¹y Jesús se fue al monte de los Olivos. ²Y por la mañana volvió al templo, y todo el pueblo vino a él; y sentado él, les enseñaba. ³Entonces los escribas y los fariseos le trajeron una mujer sorprendida en adulterio; y poniéndola en medio, ⁴le dijeron: Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en el acto mismo de adulterio. ⁵Y en la ley nos mandó Moisés apedrear a tales mujeres. Tú, pues, ¿qué dices? ^{6a}Mas esto decían tentándole, para poder acusarle.

7.53—8.2. En la mayoría de los manuscritos, **Cada uno se fue a su casa** termina el capítulo 7 como el versículo 53, mientras que la declaración **y Jesús se fue al monte de los Olivos** es el primer versículo del capítulo 8. La incomodidad de la división ha llevado a algunos traductores a trasladar la última declaración del capítulo 7 y unirla a 8.1. Debido a los problemas textuales, 7.53 es colocado al principio de una nueva sección en la mayoría de las traducciones. Sin embargo, la frase «Cada uno se fue a su casa» parece seguir naturalmente después de las indicaciones de las autoridades judías en 7.45–52.

Y por la mañana volvió al templo (8.2). «Volví» indica que Jesús había hecho una visita (o visitas) anteriores al templo para enseñar. La descripción aquí corresponde a los hábitos de Jesús durante la semana antes de Su crucifixión. Lucas 21.37 dice: «Y enseñaba de día en el templo; y de noche, saliendo, se estaba en el monte que se llama de los Olivos». ¹⁶ Como se señaló anteriormente, un grupo de manuscritos («familia 13») coloca el relato de la adúltera después de Lucas 21.38,

¹⁶ El Evangelio de Juan no se refiere al monte de los Olivos en otros lugares; sin embargo, Mateo y Marcos se refieren a él tres veces cada uno, y Lucas lo menciona cuatro veces.

durante la semana de la pasión de Jesús.

... **y todo el pueblo vino a él**. El tiempo imperfecto, en griego, de «vino» (ἤρχετο, *ērchetō*) indica que el pueblo continuamente venía a El. Esta declaración también tiene un paralelismo en Lucas: «Y todo el pueblo venía a él por la mañana, para oírle en el templo» (Lc 21.38). ... **y sentado él, les enseñaba**. Sentarse era la posición común de los maestros (vea comentarios sobre 6.3).

Versículos 3–5. A los que estaban reuniéndose para escuchar a Jesús se les unieron **los escribas y los fariseos** (8.3). Con la excepción de este versículo, a los «escribas» no se les menciona en Juan. Los términos «escribas» y «fariseos» se utilizan comúnmente en los Evangelios Sinópticos. Los «escribas» (γραμματεῖς, *grammateis*), que se traduce como «maestros de la ley» en la NIV, no sólo participaron en la copia de la Ley, sino que también eran «los estudiantes oficiales y expositores de las Escrituras». ¹⁷ Aunque los escribas no eran necesariamente fariseos, muchos de ellos lo eran; como resultado, tenían mucho en común con los fariseos, cuyo interés principal era el estudio de la Ley. En los Evangelios Sinópticos, los escribas están vinculados no sólo con los fariseos, sino también con los sumos sacerdotes, que eran saduceos.

Estas autoridades religiosas **trajeron una mujer sorprendida en adulterio** y la colocaron **en medio** de la multitud de personas que se habían reunido para escuchar las enseñanzas de Jesús. Dijeron: **Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en el acto mismo de adulterio. Y en la ley nos mandó Moisés apedrear a tales mujeres. Tú, pues, ¿qué dices?** (8.4, 5). «Maestro» sin duda es el equivalente del término respetuoso «Rabí» (vea comentarios sobre 1.38); sin embargo, esta declaración lleva todas las marcas de un intento deliberado por ponerle trampa a Jesús, como se menciona a menudo en los Evangelios Sinópticos (vea Mr 8.11; Lc 11.16). Juan 8.6 incluso nos dice que los líderes judíos dijeron esto para probar a Jesús. Ellos «trajeron» —es decir, llevaron a la mujer, tal vez arrastrándola por la fuerza— para que confrontara a Jesús y la multitud. El Sanedrín o el alto tribunal habría sido el lugar para juzgar su caso, no un entorno público donde la mujer sufriría humillaciones adicionales. Las acciones de estas autoridades indicaban que no les importaba

¹⁷ F. F. Bruce, *The Gospel of John (El Evangelio de Juan)* Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1983), 414.

la mujer, sino sólo sus propósitos egoístas.

Las condiciones requeridas por la ley judía para un caso como este eran tan estrictas que podían ser satisfechas únicamente con una trampa deliberada.¹⁸ No bastaba bajo la ley que una pareja fuera vista en una situación comprometedor, como dejar una habitación juntos donde habían estado solos. La Ley requería testimonios idénticos de boca de dos testigos que habían visto a la pareja en el acto mismo en el mismo lugar y al mismo tiempo.

Otra indicación de que se trataba de una trampa puesta por los escribas y los fariseos es que el hombre no estaba presente. El adulterio no es un pecado cometido por una sola persona; involucra a dos. ¿Dónde estaba el compañero culpable de la mujer? Una de dos, le fue posible escapar más rápidamente o todo el asunto fue diseñado de tal manera que le permitiera al hombre escapar. Gary M. Burge dijo que si uno era testigo del otro a punto de pecar, la Ley esperaba que se diera una advertencia por compasión; sin embargo, estas autoridades descuidaron su obligación moral y no dijeron nada. En cambio, «deseaban sorprenderla y usarla».¹⁹

La declaración de ellos «Y en la ley nos mandó Moisés apedrear a tales mujeres» en 8.5 plantea la interrogante en cuanto a si la mujer ya estaba casada o comprometida sin todavía estar casada. La Ley prescribía la muerte para todas las esposas infieles y sus parejas, aunque no se especificaba la forma de ejecución (Lv 20.10; Dt 22.22).²⁰ El método para ejecutar una virgen comprometida que le era infiel a su prometido era la lapidación, y esta había de ser la sentencia para ambos compañeros sexuales (Dt 22.23, 24). Según la Mishná, el estrangulamiento era la pena por adulterio,²¹ mientras que la lapidación era el medio de ejecución para una virgen comprometida.²² Basándose en esta información, muchos eruditos han llegado a la conclusión de que la mujer en la narrativa estaba

¹⁸J. Duncan M. Derrett, «Law in the New Testament: The Story of the Woman Taken in Adultery» («La Ley en el Nuevo Testamento: La historia de la mujer sorprendida en adulterio»), *New Testament Studies (Estudios del Nuevo Testamento)* 10 (October 1963): 4–5.

¹⁹Gary M. Burge, *John (Juan)*, The NIV Application Commentary (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 2000), 242.

²⁰Los escribas y los fariseos hablaban de «tales mujeres», utilizando la forma femenina *τοιαύτας* (*toioutas*), mientras que la Ley exigía la muerte tanto para la mujer como para el hombre involucrado en el adulterio.

²¹Mishná *Sanedrín* 11.1.

²²Ibíd., 7.4.

comprometida y no casada todavía. No obstante, esta distinción probablemente no prevalecía en los días del ministerio de Jesús. En la mente de los acusadores de la mujer, la Ley exigía que los culpables del pecado de adulterio fueran castigados por lapidación. Ellos preguntaron: «Tú [*σύ, su*; enfático], pues, ¿qué dices?».

Versículo 6a. Aunque no parece que la severa pena por adulterio se aplicara como regla general en estos días, especialmente en las comunidades urbanas, la pena capital fue (y es) todavía aplicada en algunas partes del Cercano Oriente.²³ Juan supuso así cuando declaró que **Mas esto decían tentándole, para poder acusarle.** Parece que estas autoridades religiosas no estaban tan interesadas en la justicia como sí en fabricar una acusación contra Jesús. Los fariseos le habían puesto una trampa similar en cuanto a la pregunta sobre el divorcio (Mr 10.2–9) y, posteriormente, tanto los fariseos como los herodianos, trataron de ponerle trampa con la pregunta sobre dar tributo a César (Mr 12.13–17). Los saduceos intentaron el mismo tipo de cosas con su relato de la mujer que había tenido siete maridos (Mr 12.18–27). Las preguntas en todos los casos, y aquí en Juan, estaban diseñadas para obligar a Jesús a hacer declaraciones que enfurecería a un gran segmento de la población.

Si Jesús decía que no apedrearán a esta mujer, estaría en flagrante violación de la ley de Moisés y perdería credibilidad con aquellos que tenían respeto por la Ley. Por otro lado, si decía que la apedrearán, quedaría expuesto a otras dificultades. 1) Estaría apoyando una posición que, como se señaló antes, generalmente no se estaba practicando en esos días. Peor aún, estaría tomando una posición que era incompatible con Su actitud, creencia y práctica de compasión por los oprimidos. 2) Sería culpable de promover una política contraria a la ley romana. A los judíos se les había privado de ejercer la pena capital (vea 18.31). (La crucifixión misma de Jesús requeriría la aprobación de Pilato y sería llevado a cabo por soldados romanos.) Por lo tanto, si Jesús decía que la mujer debía ser apedreada, estaría asumiendo un poder reservado sólo para el prefecto romano.

²³D. A. Carson, *The Gospel According to John (El Evangelio según Juan)*, The Pillar New Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1991), 335. F. F. Bruce dio un ejemplo de una pareja que fueron apedreadas en 1957. (Bruce, 414.)

LA RESPUESTA Y LOS RESULTADOS (8.6b–11)

^{6b}Pero Jesús, inclinado hacia el suelo, escribía en tierra con el dedo. ⁷Y como insistieran en preguntarle, se enderezó y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella. ⁸E inclinándose de nuevo hacia el suelo, siguió escribiendo en tierra. ⁹Pero ellos, al oír esto, acusados por su conciencia, salían uno a uno, comenzando desde los más viejos hasta los postreros; y quedó solo Jesús, y la mujer que estaba en medio. ¹⁰Enderezándose Jesús, y no viendo a nadie sino a la mujer, le dijo: Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó? ¹¹Ella dijo: Ninguno, Señor. Entonces Jesús le dijo: Ni yo te condeno; vete, y no peques más.

Versículos 6b, 7. Cuando se le preguntó: «Tú, pues, ¿qué dices?» (8.5), Jesús no dio respuesta. Simplemente, **inclinado hacia el suelo, escribía en tierra con el dedo.** Es la única vez en los Evangelios en la que se dice que Jesús escribió.

No es posible saber por qué o qué escribió Jesús en el suelo, o si escribió algo legible en absoluto. El verbo *καταγράφω* (*katagraphō*) querer decir «dibujar figuras»,²⁴ y el tiempo utilizado aquí es imperfecto, indicando una actividad continua. Esto parece ser lo que J. H. Bernard indicó cuando dijo:

... es probable que en esta ocasión sólo estuviera garabateando con Su dedo en la tierra, una acción mecánica que sugeriría sólo una falta de voluntad para hablar sobre el tema que se le presentó, y la preocupación por Sus propios pensamientos.²⁵

La palabra también podría querer decir simplemente «escribir»; y dada la forma incompuesta de la palabra en 8.8, el significado aquí es que Jesús estaba escribiendo. La interpretación tradicional es que Jesús escribió parte de Jeremías 17.13: «... los que se apartan de mí serán escritos en el polvo, porque dejaron a Jehová, manantial de aguas vivas». Este punto de vista es coherente

²⁴ Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature* (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva), 3ª ed., rev. y ed. Frederick William Danker (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 516.

²⁵ J. H. Bernard, *A Critical and Exegetical Commentary on the Gospel According to St. John* (Comentario crítico y exegetico del Evangelio según Juan), The International Critical Commentary (Edinburgh: T & T Clark, 1928), 2:719.

con el significado de «escribir una acusación».²⁶ T. W. Manson pensó que Jesús estaba imitando la práctica correcta del derecho penal del día: Un juez romano «primero escribía su decisión en sus tablillas, y luego la leía en voz alta». ²⁷ Según ese punto de vista, las palabras que Jesús escribió serían las que habló en 8.7. J. Duncan M. Derrett pensó que Jesús escribió parte de Éxodo 23.1: «No admitirás falso rumor. No te concertarás con el impío para ser testigo falso».²⁸ Aparentemente, el contenido de lo que Jesús escribió en la tierra no era pertinente a la narrativa, y es inútil especular.

La vacilación de Jesús no satisfizo a los acusadores, porque **[insistieron] en preguntarle.** El retraso en la respuesta dio a los acusadores la oportunidad de acusarse a sí mismos. Jesús se enderezó de estar agachado para escribir **y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella.** De acuerdo con Deuteronomio 17.6, una persona no podía recibir la pena de muerte sin el testimonio de dos o tres testigos. Además, a los testigos se les daba prioridad para ejecutar la pena de muerte (Dt 17.7; vea 13.9; Lv 24.14). La respuesta de Jesús de ninguna manera intentaba enmendar la Ley o su prescripción de muerte mediante lapidación por este pecado. De hecho, Jesús instruyó que se cumpliera la Ley, sin embargo, estipuló que la lapidación fuera iniciada por alguien que estuviera «sin pecado».

Algunos eruditos sostienen que la palabra griega *ἀναμάρτητος* (*anamartētos*), que se traduce como «sin pecado», debe entenderse de manera general. Leon Morris dijo que la palabra «no se encuentra en otra parte del Nuevo Testamento, sin embargo, su uso en la LXX muestra que no es específica. Puede denotar inocencia de varios tipos de pecado».²⁹ Si es correcto, entonces Jesús probablemente no estaba refiriéndose a ningún pecado en particular, como el adulterio, sino a la pecaminosidad general de los acusadores. Esta pecaminosidad les habría impedido que se erigieran como agentes divinos cuyo propósito era castigar a otros que pecaban. No debe concluirse que sólo los que están libres de cualquier irregularidad pu-

²⁶ Bauer, 516.

²⁷ T. W. Manson, *Only to the House of Israel?: Jesus and the Non-Jews (¿Solo a la casa de Israel?: Jesús y los no judíos)* (Philadelphia: Fortress Press, 1964), 12.

²⁸ Derrett, 19–21.

²⁹ Leon Morris, *The Gospel According to John* (El Evangelio según Juan), rev. ed., The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1995), 784, n. 24.

eden juzgar; sin embargo, es presuntuoso pensar que aquellos que son transgresores de la Ley están calificados para ejecutar las sanciones de la Ley.

Otros eruditos piensan que *anamartētos* en este contexto quiere decir que los acusadores tenían que ser inocentes de adulterio. Afirman que Jesús estaba llamando la atención a la doble moral que los judíos tenían para hombres y mujeres en cuanto a la actividad sexual.³⁰ F. F. Bruce hizo notar que los hombres conservan su respetabilidad a pesar de ciertas indiscreciones morales en sus vidas. En consecuencia, el fallo de Jesús consistía en un desafío a las conciencias de los acusadores de la mujer, trasladando la pregunta del ámbito legal al ámbito moral.³¹ Si estos hombres le habrían arrojado piedras a esta mujer se habrían condenado a sí mismos (vea Mt 7.1–5; Ro 2.1). Si bien la idea de que cada uno de los hombres había cometido adulterio es cuestionable, ciertamente ninguno de ellos era inocente con respecto a los deseos lujuriosos del corazón (vea Mt 5.27, 28).

Versículos 8, 9. Habiendo dado Su respuesta, Jesús, **inclinándose de nuevo hacia el suelo**, reanudó Su escritura. Si bien no se sabe qué **siguió escribiendo**, podría especularse sobre por qué escribió en este momento. Haber apartado Su vista de Sus adversarios podría haberlos puesto menos a la defensiva. Además, la actividad de Jesús les dio tiempo para procesar lo que acababa de decir y reflexionar sobre sus propias vidas.

Pero ellos, al oír esto [el veredicto de Jesús], **acusados por su conciencia, salían uno a uno, comenzando desde los más viejos hasta los postremos.** Después de reflexionar sobre Sus palabras, los acusadores de la mujer se alejaron «uno a uno». La Reina-Valera dice que los que salieron fueron «acusados por su conciencia». Si bien estas palabras no son una porción original de la narrativa, no obstante parecen reflejar ciertamente a los acusadores. La declaración de Jesús fue un llamado a la conciencia de cada uno de los presentes; por lo tanto, la forma como abordó el tema, consecuente con Su actitud y Su enseñanza, fue expresada desde una perspectiva moral más que judicial. Aquellos que habían tratado de ponerle trampa a Jesús y avergonzar a la mujer fueron los que pasaron una

³⁰ Un ejemplo del Antiguo Testamento de esta doble norma aparece en Génesis 38:24–26, donde Judá haría quemar a Tamar por su inmoralidad sexual hasta que se dio cuenta de que fue él mismo el que se había acostado con ella.

³¹ Bruce, 416.

vergüenza y se fueron avergonzados.

El tiempo imperfecto de la palabra que se traduce como «salían» (ἐξήρχοντο, *exērchonto*) es continuo, indicando que se mantuvieron saliendo. La partida de los acusadores comenzó con los más viejos, que naturalmente tomarían la iniciativa y serían quienes discernirían más rápidamente el significado de la declaración de Jesús. Con todos los acusadores habiendo partido, Jesús **quedó solo**. La palabra «quedó», de καταλείπω (*kataleipō*), es una palabra fuerte que quiere decir «abandonar». La **mujer permaneció en medio**, donde sus acusadores la habían colocado (8.3). La escena en la que sin duda la habían rodeado había desaparecido, todos se habían ido. La mujer seguía de pie en medio, y Jesús quedó solo con ella.

Versículos 10, 11. Jesús se enderezó una vez más (vea 8.7). Con los acusadores desaparecidos, habló por primera vez a la mujer. Preguntó: **Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó?** La forma como se le dirigió, «Mujer» (γύναι, *gunai*), no debe entenderse como una forma severa de trato directo, sino como un trato típico de respeto. Jesús incluso la usó cuando le habló a Su madre (vea comentarios sobre 2.4). La respuesta de la mujer a Jesús fue **Ninguno, Señor**. Estas palabras fue todo lo que la mujer dijo en toda la narrativa. La forma como se dirigió a Jesús con la palabra «Señor» (κύριε, *kurie*) bien podría traducirse como «señor» (en minúscula), ya que nada indica que conocía la verdadera identidad de Jesús.

Sin cuestionar su culpabilidad o inocencia, **Jesús** aparentemente aceptó la acusación hecha contra ella. Simplemente dijo: **Ni yo te condeno**. Bernard escribió de una manera esclarecedora:

Jesús no dice aquí que Él no está juzgando, ni siquiera en Su propia mente, la conducta de la mujer, sino que no la condena judicialmente ni asume el deber de un juez que tenía que administrar o interpretar la ley mosaica [vea Lc 12.14].³²

No condonó su comportamiento inmoral; porque además dijo: **vete, y no peques más**. Como ninguno de sus acusadores estaba dispuesto a condenarla a muerte por lapidación, tampoco lo estuvo Jesús. Jesús era un Salvador, no un ejecutor. Vino a salvar, no a condenar (3.17; vea 12.47). No indicó ninguna vaguedad moral para con el pecado de ella, sino

(Continúa en la página 25)

³² Bernard, 2:721.

La Luz del mundo

(8.12-59)

LA AUTORIDAD DE JESUS (8.12-20)

¹²Otra vez Jesús les habló, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida. ¹³Entonces los fariseos le dijeron: Tú das testimonio acerca de ti mismo; tu testimonio no es verdadero. ¹⁴Respondió Jesús y les dijo: Aunque yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde he venido y a dónde voy; pero vosotros no sabéis de dónde vengo, ni a dónde voy. ¹⁵Vosotros juzgáis según la carne; yo no juzgo a nadie. ¹⁶Y si yo juzgo, mi juicio es verdadero; porque no soy yo solo, sino yo y el que me envió, el Padre. ¹⁷Y en vuestra ley está escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero. ¹⁸Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió da testimonio de mí. ¹⁹Ellos le dijeron: ¿Dónde está tu Padre? Respondió Jesús: Ni a mí me conocéis, ni a mi Padre; si a mí me conocieseis, también a mi Padre conoceríais. ²⁰Estas palabras habló Jesús en el lugar de las ofrendas, enseñando en el templo; y nadie le prendió, porque aún no había llegado su hora.

Versículo 12. Muchos consideran que 8.12 es una continuación de 7.52. Si este es el caso, entonces las palabras de 8.12 tuvieron que haber sido dirigidas a los fariseos, aunque puede que el pueblo en general haya estado incluido. El hecho de que estas palabras fueron también expresadas en la fiesta de los tabernáculos parece estar implícito en la expresión **Otra vez Jesús les habló**. La ceremonia del derramamiento de agua en la fiesta proporcionaba un escenario ideal para la afirmación de Jesús acerca de ser el agua viva (7.37, 38). Del mismo modo, la declaración de Jesús **Yo soy la luz del mundo** fue pronunciada teniendo como

telón de fondo la ceremonia de iluminación de las lámparas en el templo en la primera noche de la fiesta. Esto tenía lugar en el Atrio de las Mujeres, donde se encontraban las «ofrendas» (8.20). La luz de la lámpara era tan brillante que «no había un patio en Jerusalén que no reflejara la luz...»¹

La audaz afirmación de Jesús —«Yo soy la luz del mundo»— es la segunda de las declaraciones «Yo soy» seguida sin un complemento de predicado (vea comentarios sobre 6.35). La expresión «luz del mundo» refleja un trasfondo amplio.

En primer lugar, la «luz» es un tema común en todo el Antiguo Testamento. Así como las referencias al maná (6.31, 49) y la referencia al agua (7.38) aluden a la experiencia del desierto, también la referencia a la luz en 8.12 llama a la mente la columna de fuego que guio a Israel (Ex 13.21, 22). El salmista dijo de Dios: «Jehová es mi luz y mi salvación» (Sal 27.1). A «la luz» se le asocia con el Mesías (Is 9.2; 42.6; 49.6; 60.1-3; Mal 4.2). Se dice que la Palabra de Dios es «Lámpara [...] a mis pies, Y lumbrera a mi camino» (Sal 119.105).

A continuación, como ya se ve en Juan, el Verbo (la Palabra; NASB), antes de que se hizo carne, era «la vida»; y «la vida era la luz de los hombres» (1.4). «La luz en las tinieblas resplandece» (1.5) y es «Aquella luz verdadera, que alumbraba a todo hombre» (1.9).

Finalmente, como se consideró anteriormente, la declaración de Jesús se relaciona con la ceremonia de las lámparas de iluminación en el templo. Aunque los eruditos no están de acuerdo en cuanto al número de noches en las que se celebraba la ceremonia de iluminación, hay acuerdo en que la iluminación no tenía lugar al final de la fiesta. Eso hizo que la afirmación de Jesús de ser «la luz

¹ Mishná, *Sukkah* 5.3.

del mundo» fuera aún más impactante.

¡Jesús es «la luz del mundo»! No quiere decir que todas las personas reciban «la luz» de manera arbitraria. Sólo aquellas que le siguen como «la luz» serán liberadas de las **tinieblas** y tendrán **la luz de la vida**. Todos pueden tener la salvación que brota de «la luz», sin embargo, la condición es seguir a Jesús. Seguir a Jesús es creer en Él, que es el primer acto de discipulado. La palabra que se consigna como **sigue** (ἀκολουθῶν, *akolouthōn*) es un participio presente, que indica un seguimiento continuo de Jesús. Por lo tanto, la persona que continúa creyendo en Jesús y se somete a Su voluntad es liberada de las tinieblas, el dominio sobre el cual reina Satanás. Tendrá «la luz» que produce vida (vea comentarios sobre 1.4).

Versículo 13. Los fariseos rebatieron, diciendo: **Tú das testimonio acerca de ti mismo; tu testimonio no es verdadero.** Su punto de vista era que el testimonio de Jesús no podía ser considerado como verdadero porque estaba verificando Su propia palabra. La Mishná prescribió: «Nadie puede dar testimonio acerca de sí mismo».² Jesús reconoció la veracidad de lo anterior en Sus propias palabras en 5.31: «Si yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio no es verdadero». Según la Ley —que Jesús conocía (vea 8.17)— la verdad se establecía sobre la base de dos o tres testigos (Dt 17.6; 19.15). En 5.30–47, Jesús invocó a varios testigos para apoyar Sus afirmaciones. Al principio, parece que los fariseos estaban en lo cierto en su forma de pensar.

Versículos 14–16. Cuando **Respondió Jesús y les dijo: Aunque yo doy testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio es verdadero** (8.14), no estaba contradiciendo lo que había dicho en 5.31. Si bien Jesús había mencionado varios testigos de Sí mismo en 5.31–47, ahora «cambió Su argumento de la base de la legalidad abstracta al principio de Su aptitud personal».³ Más adelante, en 8.17, 18, demostraría que estaba de acuerdo con los requisitos de la Ley. En este caso, Jesús demostró que la objeción de los fariseos era injustificada por tres razones.

Primero, Jesús afirmó que Su origen divino y Su destino lo justificaban cuando daba testimonio de Sí mismo: **porque sé de dónde he venido y a dónde voy; pero vosotros no sabéis de dónde**

vengo, ni a dónde voy. El conocimiento de Jesús de Sí mismo era perfecto; sabía que había venido del Padre y volvería a Su diestra, mas no así los fariseos. Siendo la esencia misma de la Deidad, Jesús tenía todo el derecho de dar testimonio acerca de Sí mismo. Puesto que los fariseos no sabían nada de Su origen ni de Su destino, el acto de rechazar Su testimonio no valía nada.

Segundo, Jesús dijo que los fariseos estaban juzgando **según la carne** (8.15), es decir, «por las normas humanas» (NIV). Estaban haciendo lo que Jesús ya les había advertido que no hicieran, juzgar según las apariencias (7.24). Los fariseos le veían sólo como un hombre de Galilea, el hijo de José. Cualquier juicio que emitían sería superficial. Mientras los fariseos juzgaban «según la carne», Jesús dijo: **yo no juzgo a nadie.** Jesús no quiso decir que no juzgaba en cierto sentido; sino que evitaba juzgar de la misma manera que lo hacían Sus adversarios. Él «no llamó la atención a los parámetros superficiales y “carnales”, y en consecuencia ensalzar o devaluar a las personas. Si es lo que Sus adversarios pretendían con juzgar, Jesús no hizo nada de eso».⁴

Jesús juzgó en cierto sentido; porque entonces dijo: **Y si yo juzgo, mi juicio es verdadero** (8.16). El juicio aquí no se refiere a ningún juicio futuro del mundo, sino más bien a las acciones de Jesús durante Su ministerio terrenal. Si bien Jesús vino al mundo para salvar y no condenar (3.17), trajo juicio haciendo que «la luz» brillara en un mundo de tinieblas (1.5; 3.19). Parte de la humanidad lo aceptaría, mientras que otros lo rechazarían y, en consecuencia, serían juzgados por Él (9.39). Jesús es aquel a quien ha sido dada autoridad para ejercer el juicio final (5.22, 27). Si discriminaba entre uno y otro durante Su ministerio terrenal, Su juicio era verdadero y no «según la carne» como el de los fariseos. La razón por la que el «juicio [de Jesús] es verdadero» es que **no estaba solo, sino [Él] y el que [le] envió, el Padre.** Jesús oyó e hizo sólo lo que recibía del Padre (vea comentarios sobre 5.30). Puesto que Su juicio se basaba en el Padre, sería necesariamente correcto.

Versículos 17, 18. La tercera respuesta de Jesús a la objeción de los fariseos de que Sus palabras no podían ser consideradas como verdaderas se basaba en los requisitos legales de la Ley. Les

² Mishná *Ketuboth* 2.9.

³ Merrill C. Tenney, *John: The Gospel of Belief* (*Juan: El Evangelio del creer*) (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1976), 144.

⁴ D. A. Carson, *The Gospel According to John* (*El Evangelio según Juan*), *The Pillar New Testament Commentary* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1991), 339.

recordó: **Y en vuestra ley está escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero.** Tanto Jesús como el Padre, en perfecto acuerdo, daban testimonio en el sentido mencionado en 5.37. El principio establecido por la Ley era que «Sólo por el testimonio de dos o tres testigos se mantendrá la acusación» (Dt 19.15; vea 17.6). El llamado de atención por parte de Jesús a «vuestra ley» no tenía por objeto indicar hostilidad ni dar a entender que era desobediente a la Ley; porque Él, como judío que era, vivía bajo ella. Por el contrario, estaba subrayando que los fariseos apelaban y alegaban ser los poseedores de la Ley (7.49, 51). En vista de que reconocían la autoridad de la misma, estaban obligados a aceptar conclusiones basadas en ella. Los fariseos se opusieron a la afirmación de Jesús sobre la base de que sólo Él testificaba acerca de Sí mismo. Ahora, de acuerdo con los requisitos legales de la Ley, Jesús habló de un segundo testigo. Dijo: **Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió da testimonio de mí.** Aquí hay otra declaración «yo soy», tal vez conteniendo un indicio de la deidad de Jesús. Identificaba a Jesús como «el que doy testimonio», con todas las cualificaciones necesarias para tal acción. El otro testigo calificado era el Padre Mismo. Mientras Jesús mencionó varios testigos en Juan 5.31–47 —entre ellos Juan el Bautista, las obras de Jesús, el Padre y las Escrituras— aquí se centró exclusivamente en el Padre como suficiente para corroborar Su propio testimonio.

Versículo 19. Jesús había estado enseñando sobre Su relación íntima con el Padre, y, como en otras ocasiones, Su enseñanza fue malinterpretada. En el presente caso, los fariseos querían testigos cuyo testimonio pudiera verificarse empíricamente. Debido a esto, indagaron acerca del Padre de quien habló. Probablemente fue con desprecio que le preguntaron a Jesús: **¿Dónde está tu Padre?** No preguntaron: «¿Quién es tu padre?», sino «¿Dónde está tu Padre?». Ignoraron Su pretensión de tener una relación única con el Padre celestial e insinuaron que Su llamado a un testimonio que no estaba presente para interrogarle era vano. El hecho de que los fariseos hicieran esta pregunta demuestra que no entendían quién era Jesús, a pesar de sus pretensiones anteriores de conocerle (7.27). Una vez más, es evidente que estaban pensando sólo en un plano terrenal.

Respondió Jesús: Ni a mí me conocéis, ni a mi Padre. Su respuesta fue similar a la que dio en 5.37, cuando dijo: «Nunca habéis oído Su voz, ni

habéis visto su aspecto». No le conocían a Él ni a Su Padre. Dijo: **si a mí me conocieseis** [literalmente, “si me hubieran conocido”, una condición de segunda clase reconocida como contraria a los hechos], **también a mi Padre conoceríais.** Este fue el caso porque Jesús vino a revelar al Padre (1.18; vea 14.9).

Versículo 20. Este diálogo tuvo lugar **en el lugar de las ofrendas, enseñando en el templo.** El «lugar de las ofrendas» probablemente se refiere a la parte del Atrio de las Mujeres donde se encontraban los trece cofres en forma de trompeta para que se recaudara dinero (vea Mr 12.41, 42).⁵ Era la parte del templo a la que tenían acceso las mujeres. Además, estaba cerca de la zona donde se reunía el Sanedrín.⁶ Por lo tanto, dada la actitud de las autoridades religiosas para con Jesús, era un lugar de peligro inminente para Él. Sin embargo, **nadie le prendió.** No se hizo ningún intento formal por arrestarle, como se había hecho anteriormente (7.32, 45). Se da la razón: **porque aún no había llegado su hora** (vea comentarios sobre 2.4; 7.6, 7, 30, 31). Dios estaba en control, y Sus propósitos se cumplirían. La hora de la partida de Jesús de este mundo no vendría hasta que Dios determinara que era el momento.

EL ORIGEN DE LA AUTORIDAD DE JESUS (8.21–30)

²¹Otra vez les dijo Jesús: **Yo me voy, y me buscaréis, pero en vuestro pecado moriréis; a donde yo voy, vosotros no podéis venir.** ²²Decían entonces los judíos: **¿Acaso se matará a sí mismo, que dice: A donde yo voy, vosotros no podéis venir?** ²³Y les dijo: **Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo.** ²⁴Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis. ²⁵Entonces le dijeron: **¿Tú quién eres?** Entonces Jesús les dijo: **Lo que desde el principio os he dicho.** ²⁶Muchas cosas tengo que decir y juzgar de vosotros; pero el que me envió es verdadero; y yo, lo que he oído de él, esto hablo al mundo. ²⁷Pero no entendieron que les hablaba del Padre. ²⁸Les dijo, pues, Jesús: **Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que según**

⁵ Mishná *Shekalim* 2.1; 6.5–6.

⁶ Mishná *Sanedrín* 11.2; *Middoth* 5.4.

me enseñó el Padre, así hablo. ²⁹Porque el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada. ³⁰Hablando él estas cosas, muchos creyeron en él.

Si bien no hay ninguna nota de tiempo en cuanto a cuándo comenzó Jesús el discurso en 8.21–58, es razonable pensar que el escenario seguía siendo los recintos del templo al final (o justo después) de la fiesta de los tabernáculos. D. A. Carson hizo notar que los temas desarrollados en 8.12–20 se amplían a lo largo del resto del capítulo.⁷ Estos incluyen el origen y el destino de Jesús (8.21–23, 26, 28, 29), la identidad de Su Padre (8.26, 27, 38, 54, 55) y Su propia identidad (8.23–26, 38, 54, 55). Los opuestos de estos temas son aplicados a los judíos.⁸ Jesús era de arriba; los judíos eran de abajo. Los judíos eran de este mundo; Jesús no era de este mundo (8.23). Adonde Jesús iba, los judíos no podían ir (8.21). El Padre de Jesús era Dios; el padre de los judíos era el diablo (8.26, 27, 41–44, 54, 55).

Versículo 21. Otra vez les dijo Jesús: Yo me voy, y me buscaréis, pero en vuestro pecado moriréis. «Otra vez» (πάλι, *palin*), la misma palabra utilizada en 8.12, conecta vagamente lo que Jesús dijo en 8.21–30 con Sus comentarios anteriores; sin embargo, esta continuidad entre las secciones no indica que una seguía inmediatamente a la otra. En 8.12–20, las palabras de Jesús fueron dirigidas principalmente a los fariseos; aquí a Su audiencia se le insinúa con la frase «les dijo», refiriéndose a «los judíos» (8.22), que podrían o no incluir a los fariseos que habían estado en los recintos del templo. La disposición de los fariseos para con Jesús era similar a la de los líderes religiosos.

Lo que Jesús dijo a los judíos aquí era lo mismo que había dicho en 7.33, 34. Una vez más, Sus oyentes no entendían lo que estaba diciendo. Cuando Jesús dijo: «Yo me voy» (ὄψαγωγῶ, *hupagō*) en 8.21, estaba refiriéndose a Su muerte y Su regreso al Padre. Aunque Su hora aún no había llegado, sería pronto. Después de que partiera, sería demasiado tarde. Continuarían buscando a su Mesías, sin embargo, su búsqueda sería en vano. Ya habían rechazado a Jesús, el único Mesías genuino. El resultado del rechazo de ellos fue que morirían

⁷ Carson, 341.

⁸ *Ibid.* Hay ideas similares en C. K. Barrett, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)*, 2ª ed. (Philadelphia: Westminster Press, 1978), 340; y Edwyn Clement Hoskyns, *The Fourth Gospel (El cuarto Evangelio)*, 2ª ed., (London: Faber and Faber, 1947), 334.

en su pecado. La palabra «pecado» en singular identifica su estado de pecado por culpa de su incredulidad (vea 16.8, 9). Habían rechazado su única esperanza, esto es, a Jesús, quien continuó diciendo: **a donde yo voy, vosotros no podéis venir.**⁹ Los judíos que rechazaron a Jesús jamás podrían unírsele a Él en Su estado celestial.

Versículos 22–24. En 7.35, los judíos (vea comentarios sobre 1.19) asumieron que Jesús podría ir a la Dispersión y enseñarles a los griegos. Aquí, **los judíos** nuevamente no lograron comprender lo que Jesús estaba diciendo y se preguntaron si tenía intención de **[matarse] a sí mismo** (8.22). Jesús moriría y lo haría voluntariamente, sin embargo, sería el resultado del juicio de ellos en Su contra llevado a cabo por soldados romanos.

La falta de comprensión de los judíos proporcionaba una oportunidad para que Jesús aplicara lo que les estaba diciendo. Jesús se distinguió de los judíos, diciendo: **Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo** (8.23). Aunque eran del mundo material más que del mundo espiritual, Sus adversarios eran más que sólo terrenales; eran del mundo que no le recibirían cuando vino en la carne (1.10), el mundo sobre el cual reina Satanás (vea 1ª Jn 5.19). Era la razón por la que no entendían quién era Jesús, qué estaba enseñando y por qué no podían ir a donde iba Él.

Por lo tanto, cuando habían de morir, **[morirían] en [sus] pecados** (8.24). Si la palabra «pecado» en singular se refiere al estado de pecado debido a la incredulidad, «pecados» en plural se refiere a todas las actitudes, creencias y prácticas que emergen de ese estado. La única manera de evitar las consecuencias inevitables del pecado es **creer** en Jesús, en Su Persona misma y someterse a Su voluntad. Es crucial creer su declaración **yo soy** (ἐγώ εἰμι, *egō eimi*).

La expresión griega *egō eimi*, que quiere decir «yo soy», podría utilizarse como una identificación de uno mismo («soy yo»), como en el caso del hombre nacido ciego (9.9) o cuando Jesús se le identificó a la mujer samaritana (4.26) y a los discípulos (6.20). Se utiliza comúnmente en Juan con un complemento de predicado, como en «Yo soy el pan de vida» (6.35). En 8.24, no hay complemento, sin embargo, no hay duda de que Jesús, más que

⁹ Jesús les diría esencialmente lo mismo a Sus discípulos en 13.33, sin embargo, entonces estaría explicando que los discípulos no podrían unirse a Él mientras aún estaban en sus cuerpos físicos.

simplemente identificándose, estaba diciendo algo más (vea 8.28, 58).

Si bien la expresión no es tan clara en significado aquí como en 8.58, parece ser utilizada como una designación divina. Hace eco de Éxodo 3.14, donde Dios se reveló a Moisés, diciendo: «YO SOY EL QUE SOY». En la LXX, *egō eimi* también se encuentra en otras afirmaciones divinas donde Dios se reveló a Sí mismo declarando «yo soy» (Dt 32.39; Is 41.4; 43.10; 48.12; 51.12).

El tipo de fe del que Jesús estaba hablando es más que una afirmación intelectual de Él. Es una visión muy alta de fe, a saber: una que consiste no sólo en cierto contenido intelectual, sino que también incluye confianza. Sólo creyendo en la misma Persona de Cristo y confiando en Él, logra evitar morir en sus pecados. Desafortunadamente, aunque muchos creyeron en Él (8.30), algunos jamás llegarían a creer.

Versículos 25, 26. La pregunta **¿Tú quién eres?** fue la respuesta natural a la ambigüedad de la atribución «yo soy» hecha por Jesús en 8.24. «... porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis». Los judíos entendieron las palabras de Jesús lo suficiente como para percibir que estaba haciendo una afirmación increíble, lo que suscitó la pregunta despectiva de ellos. A. Plummer dijo que «el pronombre es despectivamente enfático».¹⁰ Estaban preguntando, «¿Quién eres *Tú* para estar diciendo tal cosa?».

Jesús respondió: Lo que desde el principio os he dicho. F. F. Bruce dijo que esta «es quizás la cláusula más difícil de traducir en todo este Evangelio».¹¹ Dado que el texto griego original carecía de espacios entre las palabras, así como signos de puntuación, es difícil saber si la respuesta de Jesús fue una pregunta, una exclamación o una afirmación.¹²

Si Jesús estaba haciendo una pregunta, era, en efecto, «¿Por qué les hablo del todo?» (como se indica en una nota al pie de página en la RSV) o «¿Por qué debería hablar con ustedes en absoluto?» (NEB). La dificultad del contexto permanece si se

¹⁰ A. Plummer, *The Gospel According to S. John (El Evangelio según San Juan)*, The Cambridge Bible for Schools and Colleges (Cambridge: University Press, 1886), 184.

¹¹ F. F. Bruce, *The Gospel of John (El Evangelio de Juan)* Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1983), 193.

¹² Estas posibilidades se debaten en Bruce M. Metzger, *A Textual Commentary on the Greek New Testament (Comentario textual sobre el Nuevo Testamento griego)*, 2ª ed. (Stuttgart: German Bible Society, 1994), 191.

acepta alguna de estas interpretaciones.

Como exclamación, Jesús estaría diciendo: «¡Que les hable del todo!». Lo anterior no encaja en el contexto, en vista de que en el siguiente versículo Jesús dijo que tenía **Muchas cosas [...]** **que decir y juzgar de [ellos]**.

La mayoría de los eruditos están a favor de interpretar la respuesta de Jesús como una afirmación: «[Yo soy] justo lo que he estado alegando ser todo el tiempo». Esto coincide con el contexto y es el sentido general presentado en la RSV, que consigna: «Incluso lo que les he dicho desde el principio», y la NIV, «Justo lo que les he estado diciendo desde el principio». Carson dijo:

... su revelador testimonio ha sido coherente desde el principio. Lo que ahora está afirmando, por difícil que sea para ellos entenderlo, está vinculado a las afirmaciones que hizo y las declaraciones que ofreció al comienzo de su ministerio.¹³

Después de Su respuesta inicial a la pregunta de ellos, Jesús dijo que tenía muchas cosas que decir «de» («acerca de», no «a»), ellos, y que estas cosas eran asuntos de juicio. El juicio aquí consistía en todo lo que Jesús dijo e hizo para exponer las creencias y prácticas de Sus enemigos. El juicio no se originó en la enseñanza misma de Jesús, porque había recibido Su enseñanza del Padre. Así como Jesús dijo que «No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre» (5.19), el Hijo no podía enseñar nada por Sí mismo, a menos que fuera algo que le dijo el Padre (vea 3.34). Lo que Jesús le dijo el Padre que lo envió es lo que habló **al mundo**. Su enseñanza es verdad porque Aquel que le **envió es verdadero**.

Versículos 27–29. Durante una visita anterior a Jerusalén, Jesús había dicho: «el Padre que me envió ha dado testimonio de mí» (5.37). Pensaríamos que los judíos podrían haber entendido que Jesús estaba refiriéndose al **Padre** en esta ocasión; sin embargo, debido a la dureza de sus corazones, no entendieron el significado de Sus palabras (8.27).

Los enemigos de Jesús no habían reconocido ni Su afirmación divina ni Su relación íntima con el Padre que le envió, sin embargo, llegarían a entender ambas cosas. ¿Cuándo tendría lugar esta divulgación completa? **Jesús** respondió que sería **Cuando levantes al Hijo del Hombre** (8.28; vea comentarios sobre 1.51; 3.14, 15). La palabra «levantes» (ὀψώω, *hupsōō*) tiene una doble fuerza

¹³ Carson, 344.

en Juan, refiriéndose no sólo al levantado de Jesús en la cruz, sino también al levantado de Jesús a la gloria que tuvo con el Padre antes del comienzo del mundo (vea 17.5). El énfasis de Jesús aquí estaba en Su crucifixión. El acto de Jesús siendo «levantado» en la cruz no sólo fue el primer paso en Su regreso al Padre, también fue una exaltación. La cruz, como ningún otro acontecimiento, establecería las afirmaciones divinas que Jesús había estado haciendo a lo largo de Su ministerio. En ese momento, se abrirían los ojos de Sus enemigos: Entenderían que Jesús era el Cristo, el Salvador del mundo. Aunque no todos se convertirían, algunos lo harían (vea Hch 2.41–47).

Probablemente se deba colocar un punto final después de **yo soy**, haciendo de las siguientes palabras de Jesús lo que Él seguiría haciendo y no algo que los judíos llegarían a entender. Jesús dijo nuevamente que **nada [hacía] por [Sí] mismo, sino que según [le] enseñó el Padre, así [hablaba]** (vea 3.34; 5.30; 6.38).

Aquí se repite el hecho de que Jesús no estaba **solo** (8.29). En 8.16, Jesús indicó que no estaba «solo» al juzgar. Aquí hizo hincapié en que nunca estaba solo porque siempre estaba haciendo lo que **le [agradaba]** al Padre (vea 4.34; 6.38).

Versículo 30. El resultado del discurso de Jesús fue que **muchos creyeron en él**. Puede que estos creyentes hayan incluido a algunos de los enemigos que habían estado debatiendo las enseñanzas de Jesús o a los que estaban entre la multitud escuchándolo. Los «muchos» de 8.30 y «los judíos» de 8.31 eran probablemente las mismas personas. Antes, muchos en Jerusalén habían creído en Jesús gracias a las señales que había estado haciendo (2.23); aquí muchos creían en El gracias a Sus palabras. En el primer caso, la fe resultó ser superficial. ¿Qué se debe pensar de esta forma de creer? El Evangelio de Juan utiliza con frecuencia las reacciones de la multitud para medir su fe (vea 4.39; 7.31; 10.42; 11.45; 12.42). Aparentemente, la fe de los muchos era nuevamente una fe superficial que no equivaldría a mucho más que un consentimiento mental. En Sus próximas declaraciones, Jesús describiría la naturaleza de la verdadera fe.

«ABRAHAM, NUESTRO PADRE TERRENAL» (8.31–47)

³¹Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos;³²y

conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.

³³Le respondieron: Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Seréis libres?

³⁴Jesús les respondió: De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado. ³⁵Y el esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo sí queda para siempre. ³⁶Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres. ³⁷Sé que sois descendientes de Abraham; pero procuráis matarme, porque mi palabra no halla cabida en vosotros. ³⁸Yo hablo lo que he visto cerca del Padre; y vosotros hacéis lo que habéis oído cerca de vuestro padre.

³⁹Respondieron y le dijeron: Nuestro padre es Abraham. Jesús les dijo: Si fueseis hijos de Abraham, las obras de Abraham haríais. ⁴⁰Pero ahora procuráis matarme a mí, hombre que os he hablado la verdad, la cual he oído de Dios; no hizo esto Abraham. ⁴¹Vosotros hacéis las obras de vuestro padre. Entonces le dijeron: Nosotros no somos nacidos de fornicación; un padre tenemos, que es Dios. ⁴²Jesús entonces les dijo: Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais; porque yo de Dios he salido, y he venido; pues no he venido de mí mismo, sino que él me envió. ⁴³¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi palabra. ⁴⁴Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. El ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira. ⁴⁵Y a mí, porque digo la verdad, no me creéis. ⁴⁶¿Quién de vosotros me redarguye de pecado? Pues si digo la verdad, ¿por qué vosotros no me creéis? ⁴⁷El que es de Dios, las palabras de Dios oye; por esto no las oís vosotros, porque no sois de Dios.

Versículos 31, 32. Jesús dirigió Su atención a **los judíos que habían creído en él**. Algunos eruditos distinguen el significado entre $\pi\sigma\tau\epsilon\upsilon\omega\ \epsilon\iota\varsigma$ (*pisteuō eis*) con el acusativo («creyeron en él»; 8.30) y $\pi\sigma\tau\epsilon\upsilon\omega$ (*pisteuō*) con el caso dativo («creído en él»; 8.31). Explican que el primero expresa una fe genuina, mientras que el segundo expresa una fe superficial. Sobre esta base, sostienen que 8.31 introduce un nuevo grupo de personas. Sin embargo, la distinción no parece ser cierta. La construcción anterior se utiliza en 2.23, 7.31 y 12.42, donde el texto no sugiere una fe genuina; y la segunda con-

strucción se utiliza en 5.24 para referirse a una fe genuina. Puesto que Juan ya había introducido el concepto de fe superficial (vea 2.23), parece más razonable concluir que Jesús estaba hablando de lo mismo aquí. Estas personas tenían fe, sin embargo, su fe era superficial. Lo que Jesús dijo a continuación aclara la diferencia entre una fe genuina y una fe superficial.

Jesús identificó a aquellos con una fe genuina que eran verdaderos discípulos, diciendo: **Si vosotros** [ὅμεις, *humeis*; enfático] **permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos**. Para ser un discípulo genuino de Jesús, tenemos que «permanecer» en la palabra de Jesús. «Permanecer» es de μένω (*menō*), queriendo decir «quedar» o «continuar». La verdadera prueba de un discípulo, un creyente genuino, es si permanece o no en la «palabra» de Jesús. La frase «mi palabra» abarca la totalidad de la enseñanza de Jesús, y la expresión se repite varias veces en el resto del capítulo (8.37, 43, 51, 52). Un verdadero discípulo es aquel que escucha la enseñanza de Jesús y obedece esa enseñanza con una sumisión humilde. Los verdaderos discípulos permanecen en la enseñanza de Jesús.

Entonces Jesús dijo: ... **y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres**. Juan hizo gran énfasis en la «verdad» (vea comentarios sobre 1.14) y utilizó la palabra siete veces en el presente discurso (8.31–47). La palabra «verdad» aquí es esencialmente la misma que la palabra «evangelio», las buenas nuevas reveladas en la misma Persona de Jesús. La verdad no puede separarse de Jesús mismo, porque Jesús es verdad (14.6; vea 1.17). Jesús es la encarnación de las buenas nuevas de la gracia salvadora de Dios. Por lo tanto, para que los discípulos conozcan la verdad, «no sólo tienen que escuchar Sus palabras: de alguna manera tienen que estar unidos con Aquel que es la verdad».¹⁴ Los judíos enseñaron que la verdad era la Ley y que el estudio de la Ley era un fin en sí mismo, haciéndoles libre.¹⁵ Jesús hizo hincapié, como se ve en el presente relato del Evangelio, que la Ley retiró el enfoque en sí misma para ponerlo en Él (vea 5.39, 46). Él mismo es verdad, Aquel lleno de gracia y de verdad (1.14), y Aquel por el que

¹⁴ C. H. Dodd, *The Interpretation of the Fourth Gospel (La interpretación del cuarto Evangelio)* (Cambridge: University Press, 1953), 178.

¹⁵ Se dijo que el estudio de la Ley conduce a la «vida» y a «la vida en el mundo venidero», y a quitar «el yugo de las preocupaciones mundanas» (Mishná *Abot* 2.7; 3.5).

vinieron la gracia y la verdad (1.17). Jesús dijo que es esta verdad la que «os hará libres». La libertad traída por la verdad no es libertad para hacer lo que nos plazca. Es la libertad del pecado y sus consecuencias. Esta libertad se alcanza por medio del Hijo (8.36; vea Lc 4.18). Guy N. Woods dijo: «Sólo los hijos fieles de Dios son verdaderamente libres, no estando en cautiverio con el mundo, ni de la carne, ni el diablo; libres también de una mala conciencia, de las preocupaciones y ansiedades del mundo, de la muerte, y de sí mismos».¹⁶

Versículo 33. El ofrecimiento de libertad por parte de Jesús suponía que los miembros de Su audiencia estaban, de hecho, esclavizados en ese momento. Los judíos respondieron a Jesús apelando a su relación con Abraham: **Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie**. Abraham era tanto su padre natural como su padre espiritual; esta descendencia, al menos en sus mentes, les aseguraba de que no eran «esclavos de nadie». Repudiaron la sugerencia de que eran esclavos. Sin embargo, como dijo acertadamente Merrill C. Tenney: «El orgullo suele ser ciego ante la verdad».¹⁷ Estos judíos olvidaron convenientemente que sus antepasados habían estado en cautiverio egipcio y posteriormente habían sido llevados al cautiverio babilónico. Incluso ahora, a pesar de que tenían cierta independencia (especialmente independencia religiosa) bajo los romanos, estaban bajo el cautiverio de César. Sin embargo, con confianza y probablemente con un tono desafiante, le preguntaron a Jesús: **¿Cómo dices tú: Seréis libres?**

Versículos 34–36. Jesús les respondió: **De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado** (8.34). No quiere decir cometer un solo acto aislado de pecado, sino más bien vivir una vida de pecado. Jesús estaba hablando de algo que no era la esclavitud social o económica; quería decir la esclavitud al pecado. El pecado es un amo, y todos los que continúan en el pecado, se den cuenta o no, están cautivos de él. El pecado es un amo poderoso, esclavizando a toda persona que cede a sus tentaciones. El concepto del pecado como amo que hace esclavos a las personas también se encuentra en Romanos 6.6, 7, 12–19; Tit 3.3; y 2ª P 2.19.

¹⁶ Guy N. Woods, *A Commentary on the Gospel According to John (Un comentario sobre el Evangelio según Juan)*, New Testament Commentaries (Nashville: Gospel Advocate Co., 1981), 172.

¹⁷ Tenney, 148.

Cambiando la metáfora, Jesús dijo: **Y el esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo sí queda para siempre** (8.35). Distinguió entre la posición de un esclavo y la de un hijo en una casa que presidía un amo. Un esclavo podría ser vendido a otro amo. No tenía una posición permanente en la familia. No tenía derechos; como propiedad, podría ser propiedad de un amo y luego de otro. Un hijo, por otro lado, tenía una posición permanente en la familia, con todos los derechos y privilegios de la familia.¹⁸ Los judíos se veían a sí mismos como hijos de Abraham y, por esta razón, se consideraban miembros en la casa de Dios. En realidad, eran esclavos del pecado. El hecho de que se les dijera que eran esclavos hería la confianza que depositaban en ser descendientes de Abraham.

El hijo y heredero, con todos los derechos y privilegios en la casa, tenía la autoridad para liberar a los esclavos de su padre. Aquellos esclavizados al pecado pueden ser liberados por el Hijo (no sólo un hijo, sino el Hijo de Dios —Jesús mismo). **Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres** (8.36). La verdadera libertad viene por medio del Hijo, no por ser descendiente de Abraham. El Hijo actúa con autoridad delegada por el Padre para liberar a un esclavo (vea 3.35); y si ese esclavo es liberado, es realmente libre.

Versículos 37, 38. Habiendo ilustrado el concepto de libertad, Jesús regresó a lo que alegaban los judíos y reconoció que eran **descendientes de Abraham** desde una perspectiva histórica y física, sin embargo, no desde una perspectiva espiritual. Si fueran los hijos espirituales de Abraham, dijo, entonces la vida y las características de Abraham serían exhibidas en sus vidas. Estos judíos, por el contrario, buscaban **[matar]** a Jesús. La descendencia moral, no la física, determina a los verdaderos hijos de Abraham. Pablo utilizó este razonamiento en Romanos 2.28, 29, diciendo: «Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra». Los enemigos de Jesús no eran los verdaderos descendientes de Abraham porque estaban tratando de matar a Jesús (vea 5.18; 7.19, 25). ¡Aquel cuyo día Abraham se regocijó de ver (8.56) era el mismo al que intentaban matar! Jesús reveló la razón de la

¹⁸ La narración de Hagar e Ismael viene a la mente (Gn 21.1–10; vea Ga 4.30), así como el contraste entre Moisés como siervo de la casa y Cristo como el Hijo sobre la casa (He 3.5, 6).

intención de ellos, diciendo: ... **porque mi palabra no halla cabida en vosotros**. Jesús quiso decir que Su enseñanza no era aceptada por ellos.

En el versículo 38, Jesús introdujo una serie de contrastes, comenzando con **Yo hablo lo que he visto cerca del Padre; y vosotros hacéis lo que habéis oído cerca de vuestro padre**. El «Yo» (ἐγώ, *egō*) enfático aquí es contrastado con «vosotros» (ὁμοίς, *humeis*), que también es enfático. Jesús estaba «[hablando]» de las cosas que Él había «visto»; ellos estaban «[haciendo]» las cosas que habían «oído». Jesús pronunciaba las palabras que Su Padre le había dado, mientras que los judíos hacían los actos pecaminosos que su padre, el diablo, sugería (vea 8.44). A medida que se desarrollaba el discurso, se hizo una distinción fundamental entre «Mi Padre» y «vuestro padre».¹⁹ Por un lado, Jesús dijo las cosas que eran consecuentes con la naturaleza de Su Padre; los judíos, por otro lado, hacían las cosas que eran consecuentes con la naturaleza del padre *de ellos*.

Versículos 39–41a. En respuesta, estos creyentes superficiales sólo podían afirmar lo que ya habían dicho en 8.33 y lo que Jesús había reconocido en 8.37, a saber: **Nuestro padre es Abraham** (8.39). Aunque parezca inusual que volvieran a declarar su vínculo físico con Abraham, especialmente después de que Jesús lo reconociera (8.37), es probable que estuvieran percibiendo la insinuación de que Jesús les estaba atribuyendo otro padre. Jesús no mencionaría explícitamente a este «padre» hasta en 8.44. En este punto, Jesús dijo que la paternidad en el reino espiritual es un asunto de parentesco moral. Contrastó los rasgos inmorales de Sus enemigos con la conducta de Abraham, el cual recibió la palabra de Dios con deleite y siguió Sus mandamientos. Dios testificó: «... por cuanto oyó Abraham mi voz, y guardó mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes» (Gn 26.5). Los judíos no eran los verdaderos hijos de Abraham, porque su conducta no era como la suya. Eran descendientes físicos de Abraham, sin embargo, esto no los hacía sus verdaderos hijos (vea Ro 9.7). **Jesús les dijo: Si fueseis hijos de Abraham, las obras de Abraham haríais.**

¹⁹ Algunos eruditos interpretan ambos casos de «Padre» como Dios e interpretan las palabras de Jesús en el sentido de que los judíos deben practicar lo que habían oído de Dios. Aunque es lingüísticamente aceptable, no se ajusta al contexto; porque si ellos habían entendido que Jesús se refería a Dios como Su Padre, no habrían identificado a Abraham como padre de ellos (8.39).

Lejos de caracterizarse por las obras de **Abraham**, estos judíos estaban decididos a **[matar]** a Jesús, quien se describió a Sí mismo como un **hombre que os he hablado la verdad, la cual he oído de Dios** (8.40). Esta verdad no era una que Jesús hablaba de Su propia voluntad; más bien, era una verdad que había oído de Dios (vea 8.26–28). Abraham se había gozado de ver el día de Jesús con anticipación (vea 8.56). Él tenía un lugar en su corazón para Dios, mas no estos enemigos. El **padre** de ellos no era Abraham, sino otro; estaban **[haciendo] las obras** de ese padre (8.41a), cuya identidad fue insinuada en 8.38 sin embargo, aún no fue revelada.

Versículo 41b. La respuesta de Jesús parecía dejar abierta la pregunta de la paternidad de los judíos. Los judíos respondieron a Jesús diciendo: **Nosotros no somos nacidos de fornicación**, afirmando que nacieron legítimamente. La anterior parece una respuesta extraña. «Nosotros» (ἡμεῖς, *hēmeis*) es enfático, sugiriendo una distinción entre ellos y otra persona. La declaración podría insinuar que estos judíos consideraban el nacimiento de Jesús como ilegítimo. Si bien no admitirían la veracidad del nacimiento virginal de Jesús, puede que hayan estado conscientes de algunas irregularidades con respecto a Su nacimiento.²⁰ Más adelante, acusarían a Jesús de ser samaritano (8.48). Los judíos no veían a los samaritanos como judíos legítimos (vea 2º R 17.24), y estaban colocando a Jesús en la misma categoría que los samaritanos. Desde la perspectiva de ellos, Jesús se atrevió grandemente a hablar de paternidad; después de todo, *ellos* no nacieron de fornicación.

En cualquier caso, los judíos malinterpretaron lo que Jesús estaba diciendo, y estaban de acuerdo con dos afirmaciones. Primero, si Jesús estaba sugiriendo que no eran los hijos legítimos de Abraham, negaban esa acusación. Segundo, si era la paternidad espiritual y no la paternidad física lo que estaba cuestionando, entonces insistieron: **... un padre tenemos, que es Dios**. Podrían haber apelado a las Escrituras, donde Dios mismo dijo: «Israel es mi hijo, mi primogénito» (Ex 4.22) y «soy a Israel por padre» (Jer 31.9; vea Dt 32.6; Is 63.16; 64.8). Puede que hayan estado atribuyéndose una relación *espiritual legítima* con Dios, ya que la adoración idólatra de otros dioses era comparada con la fornicación espiritual o el adulterio (vea

²⁰ Orígenes registró los primeros ataques judíos contra Jesús como ilegítimos. (Orígenes *Contra Celso* 1.28.)

Os 2.4). En este caso, su afirmación era que no habían sido infieles a Dios siguiendo otros dioses. Los judíos estaban comenzando a entender que era paternidad espiritual a lo que Jesús se estaba refiriendo, y no una paternidad física. Por esta razón, alegaban que Dios era el Padre de ellos.

Versículos 42, 43. Jesús ya había argumentado que, aunque los judíos eran descendientes físicos de Abraham, no eran los verdaderos hijos de Abraham. Si lo hubieran sido, entonces habrían manifestado las características de Abraham, lo cual no hicieron. Ahora Él negó la pretensión de ellos en cuanto a ser hijos de Dios porque no reflejaban el carácter de Dios. **Jesús entonces les dijo: Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais.** Una característica general de una familia es que, puesto que sus miembros tienen el mismo padre, los miembros de esa familia se aman unos a otros. Jesús estaba diciendo que si Dios fuera realmente el Padre de estos judíos, amarían a Jesús porque provenía del Padre. Puesto que no amaban a Jesús, su padre tenía que ser alguien que no era el Padre de Jesús. El mejor comentario sobre la declaración de Jesús es el que hizo el mismo Juan: «todo aquel que ama al que engendró [el Padre es el que engendró], ama también al que ha sido engendrado por él» (1ª Jn 5.1).

Cuando Jesús se hizo carne, **de Dios [había] salido** para cumplir la misión para la cual fue enviado a esta tierra. Aquel que fue enviado (Jesús) representaba al que enviaba (el Padre) en todo lo que hacía; por lo tanto, Jesús habló de Sí mismo como haber **venido** «de Dios». «La venida de Cristo no fue iniciada por Sí mismo [...] en vista de que el Padre le envió; sin embargo, no fue sólo así —tuvo Su origen en el hecho de ser del Padre».²¹ Puesto que Jesús sabía que fue **enviado** por Dios (vea 5.19–30), la única conclusión fue que los judíos que no le aceptaban ni le amaban no tenían a Dios como su Padre.

Si los judíos hubieran sido hijos de Dios, habrían reconocido el mensaje de su Padre que venía de la boca de Jesús. Sin embargo, estos enemigos no reconocieron ningún mensaje de Aquel enviado por el Padre porque no conocían al Padre (7.28), a pesar de su pretensión de conocerle (8.41). Jesús les preguntó: **¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi palabra.** Jesús hizo una distinción entre «mi lenguaje» y «mi palabra». «El primer término denotará la forma de expre-

²¹ Dodd, 259.

sión, la forma externa del discurso, mientras que el segundo quiere decir más bien su contenido».²² Los judíos no entendían el discurso de Jesús (λαλιά, *lalia*), es decir, lo que el oído podía escuchar, porque no «escuchaban» la palabra (λόγος, *logos*), el mensaje que el discurso transmitía. B. F. Westcott dijo: «No podían percibir el significado o la fuente de Su discurso, [...] porque no podían comprender el significado de Su Palabra, la única revelación del Hijo Encarnado en la que se incluía todo lo demás».²³

Su incapacidad para «escuchar» no se debía a una ignorancia intelectual. No podían comprender lo que Jesús estaba diciendo porque sus corazones eran duros, y de manera deliberada cerraban sus ojos y oídos a cualquier enseñanza con la que no estuvieran de acuerdo. Tanto Jesús (Mt 13.14, 15) como Pablo (Hch 28.26, 27) citaron al profeta Isaías (Is 6.9, 10), diciendo que era la misma razón por la que algunos rechazan la verdad. Los calvinistas citan Juan 8.43 para apoyar sus principios fundamentales del pecado original y la elección divina. Su argumento es que algunos no reciben las palabras de Jesús porque no les fue divinamente ordenado de que debían recibirla, por lo tanto, a ninguno de ellos se le puede llegar con el Evangelio. Tal punto de vista no está en armonía con las enseñanzas de la Escritura. El Evangelio es para todas las personas (Mt 28.18–20; Mr 16.15, 16). Jesús y el Espíritu invitan a todas las personas (Mt.11.28; Ap 22.17), y Dios mismo desea que todos sean salvos (1ª Ti 2.4; 2ª P 3.9). A lo largo de Su ministerio, Jesús pasó innumerables horas esforzándose por persuadir a las personas a aceptarle como el enviado de Dios; sin embargo, la mayoría le rechazó (vea 1.11). La razón por la que eran espiritual y moralmente corruptos se expone en los siguientes versículos.

Versículos 44, 45. Habiendo insinuado la identidad del padre de Sus adversarios, Jesús declaró por primera vez: **Vosotros sois de vuestro padre el diablo.** El tema era el descenso espiritual y moral, y ellos eran hijos del diablo. Debido a esta relación, era natural que estos hijos quisieran **[hacer] los deseos de [su] padre.** No quería decir que actuaban

por compulsión. Lo que hacían, «[querían] hacer» (θέλετε ποιεῖν, *thelete poiein*). Eligieron actuar de acuerdo con «los deseos de [su] padre». La palabra griega que se traduce como «deseos», ἐπιθυμία (*epithumia*), a veces se consigna de manera positiva, como en 1ª Tesalonicenses 2.17. Sin embargo, a menudo se utiliza negativamente, como aquí, para indicar «lujurias».

Jesús mencionó dos «deseos» del diablo. Primero, **El ha sido homicida desde el principio** (vea 1ª Jn 3.8). Lo anterior probablemente se refiere al hecho de que «le robó la inmortalidad a Adán»;²⁴ lo anterior dio como resultado la muerte para toda la humanidad (vea Ro 5.12). Segundo, Satanás **no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él.** Fue la mentira del diablo la que trajo la muerte al mundo. Dios les dijo a Adán y Eva: «... mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comiereis, ciertamente morirás» (Gn 2.17). El diablo lo contradijo, diciendo: «No moriréis» (Gn 3.4). Esta declaración constituía una perversión deliberada y voluntaria de la verdad pronunciada por Dios. Es imposible que Dios mienta (1º S 15.29; Tit 1.2; He 6.18); sin embargo, el diablo es el creador de la mentira, porque es **padre de mentira.** La mentira y el engaño son el medio principal por el que el diablo realiza su obra (2ª Ts 2.9, 10).²⁵ Dios dice la verdad, porque Él es el creador de la verdad y no puede sino decir la verdad. El diablo **habla** únicamente mentiras. Incluso cuando cita la Escritura (Mt 4.6), la saca de contexto y la retuerce para adaptarla a sus propios propósitos. Como era un homicida desde el principio, era un **mentiroso** desde el principio, y le es imposible ser de otra manera.

El diablo es un mentiroso; y los adversarios de Jesús, siendo hijos del diablo, también eran mentirosos. Por lo tanto, les era imposible creer en Jesús. Jesús dijo: **Y a mí, porque [ἐγώ, *egō*; “yo” enfático] digo la verdad, no me creéis.** En vista de que los enemigos de Jesús eran hijos del diablo y se caracterizaban por decir mentiras, no creerían la verdad porque era la verdad. Creer la verdad era contrario a lo que era natural para ellos. Se habían entregado a las mentiras y al engaño del padre de ellos, el diablo, no permitiéndose aceptar cualquier cosa que parecía verdadera, especialmente las

²² Leon Morris, *The Gospel According to John (El Evangelio según Juan)*, rev. ed., The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1995), 410.

²³ B. F. Westcott, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)* (Cambridge: University Press, 1881; reimp., Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950), 136.

²⁴ Barrett, 349.

²⁵ Para un análisis detallado sobre el diablo, vea David Lipe, «The Nature and Characteristics of the Devil» («La naturaleza y características del diablo»), *Bear Valley Lectures* (2014): 249–56.

enseñanzas de Jesús.

Versículos 46, 47. Puede que los enemigos de Jesús hayan pensado que Él no decía la verdad basado en lo que ellos consideraban eran Sus transgresiones del día de reposo y Sus afirmaciones blasfemas (vea 5.18). Por lo tanto, no lograban ver cómo podía esperarse que creyeran en Él. Anticipando lo anterior, Jesús preguntó: **¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?** Si bien Jesús fue acusado de ciertas «transgresiones», tal acusación nunca podría haber sido probada en ningún tribunal que se caracterizara por ser justo. Más adelante, Jesús lanzó un desafío similar en Su juicio delante de Anás, quien todavía era considerado un sumo sacerdote (18.23). El hecho de que Jesús estaba libre de pecado no sólo lo defendía Jesús mismo (vea 8.29), sino también otros autores del Nuevo Testamento (vea 2ª Co 5.21; He 4.15; 1ª P 2.22; 1ª Jn 3.5). En vista de que Jesús no era culpable de ningún pecado, estaba diciendo la verdad. Si estaba diciendo la **verdad**, ¿por qué estas personas **no le [creían]**? Jesús dio la razón: **El que es de Dios, las palabras de Dios oye.** Para enfatizar, dijo lo mismo en una expresión lógicamente equivalente: **... por esto no las oís vosotros, porque no sois de Dios.** Una vez más, estaba diciendo que Sus adversarios eran del diablo.

**«DIOS, NUESTRO PADRE CELESTIAL»
(8.48–59)**

⁴⁸Respondieron entonces los judíos, y le dijeron: **¿No decimos bien nosotros, que tú eres samaritano, y que tienes demonio?** ⁴⁹Respondió Jesús: **Yo no tengo demonio, antes honro a mi Padre; y vosotros me deshonráis.** ⁵⁰Pero yo no busco mi gloria; hay quien la busca, y juzga. ⁵¹De cierto, de cierto os digo, que el que guarda mi palabra, nunca verá muerte. ⁵²Entonces los judíos le dijeron: **Ahora conocemos que tienes demonio. Abraham murió, y los profetas; y tú dices: El que guarda mi palabra, nunca sufrirá muerte.** ⁵³¿Eres tú acaso mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió? ¡Y los profetas murieron! **¿Quién te haces a ti mismo?** ⁵⁴Respondió Jesús: **Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada es; mi Padre es el que me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios.** ⁵⁵Pero vosotros no le conocéis; mas yo le conozco, y si dijere que no le conozco, sería mentiroso como vosotros; pero le conozco, y guardo su palabra. ⁵⁶Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y

se gozó. ⁵⁷Entonces le dijeron los judíos: **Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?** ⁵⁸Jesús les dijo: **De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy.** ⁵⁹Tomaron entonces piedras para arrojárselas; pero Jesús se escondió y salió del templo; y atravesando por en medio de ellos, se fue.

Versículo 48. Las palabras **los judíos** introducen una nueva fase en el discurso. Ellos le dijeron a Jesús: **¿No decimos bien nosotros, que tú eres samaritano, y que tienes demonio?** Jesús había estado desafiando la pretensión de ellos en cuanto a ser los verdaderos hijos de Abraham (8.39–47), así como de los privilegios espirituales de los que se habían jactado. Estos adversarios de Jesús alegaban tener el derecho exclusivo a las promesas hechas a Abraham y a sus descendientes, una afirmación negada por sus acérrimos enemigos, los samaritanos. Los judíos creían que Jesús estaba de acuerdo con la forma de pensar de los samaritanos. Con su fracaso para sustentar su afirmación con un argumento exitoso, recurrieron al abuso verbal, diciéndole a Jesús, en otras palabras: «No eres más que un samaritano». Su pregunta retórica «¿No decimos bien nosotros, que tú eres samaritano...?» parece indicar que la acusación no era nueva, aunque sólo se encuentra aquí en los relatos del Evangelio. La acusación de los judíos fue de desprecio y desdén. Llamarle a alguien «samaritano» era esencialmente decir que no valía nada, porque los judíos pensaban así de los samaritanos.

Además de la acusación de ser samaritano, los judíos dijeron que Jesús tenía «demonio». La despectiva acusación ya había sido hecha en 7.20 y sería repetida en 8.52 y 10.20. Quería decir: «Tienes que haber perdido la cabeza, o no estarías hablando así». Desde la perspectiva de los judíos, se tendría que estar loco para poner en tela de juicio la paternidad de un igual judío.

Versículos 49–51. Si bien Jesús no respondió a la primera acusación en cuanto a que Él era samaritano, negó la segunda acusación de estar poseído por un demonio o que había perdido la cabeza. Respondió: **Yo no tengo demonio, antes honro a mi Padre; y vosotros me deshonráis** (8.49). Jesús honraba a Su Padre diciendo y haciendo siempre las cosas que el Padre le dio para decir y hacer. Sus palabras y acciones estaban muy alejadas de las que podrían caracterizar a alguien poseído por un demonio (vea Mr 5.2–9; 9.17–22). Sus enemi-

gos, por otro lado, con sus insultos y desprecio, se negaron a darle a Jesús el honor que se merecía justamente. De esta manera, deshonraron al Padre que le envió (vea 5.23).

Inmediatamente, Jesús desestimó cualquier afirmación en cuanto a que Sus palabras tenían la intención de exaltarle a Él. Dijo: **Pero yo no busco mi gloria** (8.50). Este no era Su objetivo. A Jesús no le preocupaba Su propia persona ni la gloria que en realidad se le debía; era la gloria del Padre la que lo interesaba a Él. A Jesús no le molestaba la falta de honor mostrada a Él ni las críticas de los judíos sobre la base de la apariencia externa (7.24). Les recordó: **hay quien la busca** [esto es, gloria], **y juzga**. La declaración funcionaba no sólo como un recordatorio, sino también como una advertencia de que Dios «ciertamente reivindicará la verdad de su testimonio y condenará a sus acusadores por rechazarle».²⁶

Jesús continuó diciendo: **De cierto, de cierto os digo, que el que guarda mi palabra, nunca verá muerte** (8.51). Jesús cambió el rumbo del discurso, usando la doble afirmación «De cierto, de cierto». Había refutado las afirmaciones de los judíos con respecto a la filiación espiritual y moral de ellos. Luego, Jesús regresó a Su declaración en 8.31, 32, sin embargo, con una diferencia señalada por Westcott: «... lo que se considera entonces en relación con el *estado* se considera ahora en relación con la *acción*. Para “permanecer en la palabra” tenemos “guardar la palabra”, y para “libertad” tenemos “victoria sobre la muerte”».²⁷

La idea de «guardar la palabra» es característica de Juan (8.51, 55; 14.23, 24; 15.20; 17.6; 1ª Jn 2.5). Es sinónimo de creer en la palabra, obedecer la palabra, someterse a la palabra y vivir según la palabra. Jesús hizo la promesa de que «el que» (condicional universal) guardaba la palabra, «nunca verá muerte». La expresión en griego, que se traduce como «nunca», contiene un doble negativo (οὐ μή, *ou mē*) que indica una promesa muy fuerte. La frase «nunca verá muerte» es equivalente a «nunca morirá». «Ver muerte», al igual que «ver el reino» (3.3), quiere decir ser partícipe de ella o experimentarla. La promesa de Jesús no era escapar de la muerte física (vea He 9.27), sino evitar la muerte espiritual, es decir, la separación eterna de Dios. Las palabras de Jesús

son vida (6.63) —de hecho, vida eterna (6.68)— y los que las guardan tienen vida eterna (vea 3.16; 5.24; 6.40; 11.25, 26).

Versículos 52, 53. Jesús afirmó que el que guarda Su palabra **nunca sufrirá muerte**. La afirmación hizo que **los judíos** dijeran: **Ahora conocemos que tienes demonio**. Todavía pensando en un plano físico, asumieron que Jesús estaba hablando de la muerte del cuerpo. «Sufrir muerte» (vea Mr 9.1; He 2.9), como «ver muerte» (8.51), es lo mismo que ser partícipe de la muerte o experimentarla. El razonamiento de los judíos era que **Abraham** oyó, creyó y obedeció la palabra de Dios; sin embargo, él **murió**. Lo mismo era cierto con respecto a los **profetas**. Si la palabra de Dios no les impidió morir, ¿cómo podría la palabra de Jesús, un mero hombre en la mente de los judíos, permitir que se evitara la muerte? Si era lo que Jesús realmente creía, entonces estaban seguros de que sufría de posesión demoníaca.

Luego, los judíos preguntaron lo que creían era una pregunta retórica: **¿Eres tú acaso mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió?** Juan estaba enfatizando la ironía de la situación: La verdadera respuesta era exactamente lo contrario de lo que pensaban los judíos. Su pregunta era casi idéntica a la de la mujer samaritana cuando, en su incredulidad, ella preguntó: «¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob...?» (4.12). ¿Cómo podría Jesús preservar de muerte a los que guardaran Su palabra cuando Abraham y todos los **profetas** habían [**muerto**]? Éstos murieron como todos los demás y como todos eventualmente moriremos (vea He 9.27). Los judíos preguntaron: **¿Quién te haces a ti mismo?** Woods resumió el motivo de ellos de la siguiente manera:

El propósito de ellos era obvio; lo llevarían a una conclusión que la multitud consideraría absurda y así hacer que el pueblo lo desatendiera como un hombre visionario y demente. Lo condenarían por exaltarse a sí mismo por un lado y por enseñar una doctrina imposible por el otro.²⁸

Versículos 54–56. Dejando de lado el tema sobre Abraham por el momento, Jesús volvió al tema de la **gloria** (8.54; vea 8.50). Había hablado de ella en 5.41 y 7.18, donde, como aquí, distinguió entre la «gloria» (u honor) que los hombres daban y lo que venía de Dios. Su comentario en 8.54 fue precipitado por la pregunta de los judíos:

²⁸ Woods, 179.

²⁶ George R. Beasley-Murray, *John (Juan)*, Word Biblical Commentary, vol. 36 (Waco, Tex.: Word Books, 1987), 137.

²⁷ Westcott, 138.

«¿Quién te haces a ti mismo?». Su respuesta fue esencialmente de la siguiente manera: «No me hago a nadie». Los judíos pensaban que Jesús estaba tratando de glorificarse a Sí mismo, sin embargo, cualquier glorificación propia equivalía a nada. Lo único que importaba en lo que respecta a Jesús era lo que venía de Dios; e insistió: **mi Padre es el que me glorifica**. La naturaleza de Su glorificación (vea comentarios sobre 1.14) puede verse de varias maneras: Sus señales, Su enseñanza y, preeminentemente, en el Evangelio de Juan, la vergüenza de la cruz y Su exaltación última a la diestra de Dios. El Padre que glorificó a Jesús fue presentado por Jesús como «mi Padre», aquel de quien Jesús dijo: **el que vosotros decís que es vuestro Dios**. Según J. H. Bernard, «Esta es, por primera vez, una identificación explícita por parte de Jesús de ὁ πατήρ μου [*ho patēr mou*, “mi Padre”] con el Dios de Israel».²⁹

Los judíos alegaban que Dios era Padre de ellos (8.41), sin embargo, Jesús les dijo: **vosotros no le conocéis** (8.55). Si hubieran conocido a Dios, habrían reconocido a Jesús como el enviado de Dios. Los profetas de antaño —por ejemplo, Oseas (Os 4.1, 6; 6.6)— habían presentado una acusación similar contra los judíos que decían ser el pueblo de Dios cuando efectivamente no eran Su pueblo. Si bien los judíos habían gozado de muchos privilegios espirituales, no habían llegado a conocer al Padre en el pasado; y no lo conocían en el presente. Por el contrario, Jesús lo conocía. Decir lo contrario sería hacer de Jesús el mentiroso que eran Sus adversarios cuando afirmaban que conocían a Dios. Más temprano, Jesús había llamado a los judíos hijos del diablo, el «padre de mentira» (8.44). Esto implicaba que ellos mismos eran mentirosos, sin embargo, ahora Jesús dijo explícitamente que eran mentirosos. Jesús no sólo conocía a Dios Su Padre, sino que también guardaba Su palabra; es decir, decía y hacía lo que el Padre le dijo que dijera e hiciera.

Los judíos habían preguntado: «¿Eres tú acaso mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió?» (8.53). Jesús procedió ahora a afirmar que era mayor que Abraham. El hecho fue reconocido por el mismo Abraham: **Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó** (8.56). Los judíos habían basado su argumento

en su pretensión de ser «Linaje de Abraham» (8.33; vea 8.39, 53), sin embargo, su argumento no tenía fundamento.

La declaración de Jesús da lugar a dos preguntas. Primero, ¿cuál fue la ocasión del gozo de Abraham? La palabra «gozo» traduce una forma aorista de ἀγαλλιάω (*agalliaō*), una palabra muy fuerte que quiere decir «estar sumamente alegre» o «muy feliz».³⁰ Sugiere una ocasión en la que Abraham se regocijó, sin embargo, no se dan detalles. Se han hecho varias sugerencias en cuanto al momento en que Abraham experimentó ese gozo. La conclusión más razonable podría ser a la que llegó Leon Morris, cuando dijo: «[Jesús] bien podría querer decir que la actitud general de Abraham para con este día fue de júbilo, en lugar de referirse a alguna ocasión específica en la vida del patriarca».³¹

Segundo, ¿cuál es el significado de «mi día»? En otra parte, esta fraseología se utiliza del día de Cristo, refiriéndose al juicio en Su segunda venida (vea Fil 1.10; 2.16). Aquí probablemente denota la segunda venida de Cristo en la carne (vea 1.14). «Jesús insiste en que él es el verdadero cumplimiento de la historia de Israel que comenzó con la promesa a Abraham».³² Abraham vio por fe y se regocijó en la venida de Jesús al mundo como la «simiente» prometida que bendice a todas las naciones de la tierra.

Versículos 57, 58. Una vez más, **los judíos** manifestaron que pensaban sólo en un plano físico cuando preguntaron: **Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?** Los judíos interpretaron las palabras de Jesús en el sentido de que era contemporáneo con Abraham. Para estos días, sin embargo, Abraham había estado muerto por aproximadamente dos mil años. Entonces, ¿cómo podía Jesús haber visto a Abraham, ya que ni siquiera tenía cincuenta años? «Cincuenta» es un número redondo y no indica nada sobre la edad de Jesús en este momento. El relato de Lucas dice que Jesús «era como de treinta años» cuando comenzó Su ministerio (Lc 3.23), y Su ministerio duró aproximadamente tres años (vea comentarios

³⁰ Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva)*, 3ª ed., rev. y ed. Frederick William Danker (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 4.

³¹ Morris, 418–19.

³² Raymond E. Brown, *The Gospel According to John (i-xii) (El Evangelio según Juan [i-xii])*, The Anchor Bible, vol. 29 (Garden City, N.Y.: Doubleday & Co., 1966), 367.

²⁹ J. H. Bernard, *A Critical and Exegetical Commentary on the Gospel According to St. John (Comentario crítico y exegético del Evangelio según Juan)*, The International Critical Commentary (Edinburgh: T. & T. Clark, 1928), 2:319.

sobre 2.13; 5.1). Por lo tanto, parece que Jesús no vivió más de treinta y tres años en total. Con decir que Jesús aún no tenía cincuenta años, los judíos simplemente estaban diciendo que Jesús aún no era un anciano. Su propósito era contrastar a Abraham, que había estado muerto durante dos milenios, con Jesús, que aún no tenía cincuenta años. Los enemigos de Jesús no lo citaron exactamente en este argumento; porque Jesús había hablado de que Abraham había visto Su día, mientras que la pregunta de ellos era acerca de que Jesús había visto a Abraham.

Por tercera vez en este discurso (vea 8.34, 51), **Jesús utilizó la doble afirmación De cierto, de cierto** (vea comentarios sobre 1.50, 51). Resumiendo lo que había estado diciendo, dio la respuesta a la pregunta de los judíos en 8.53. «¿Quién te haces a ti mismo?». Al igual que en 8.24 y 8.28, Jesús declaró: «yo soy» (*egō eimi*)— sin embargo, con una fuerza que lo trasciende en versículos anteriores. No dijo: «Antes de que Abraham fuese, yo era», aunque habría querido decir que existía antes que Abraham. Más bien, dijo: **Antes que Abraham fuese, yo soy**. Si no estaba claro en 8.24 u 8.28 que *egō eimi* estaba siendo utilizado como una designación divina, aquí no podría haber ninguna duda. La expresión «fuese» traduce el γενέσθαι aorista (*genesthai*), que quiere decir «entrar a la existencia», mientras que «yo soy» quiere decir existencia atemporal. Jesús es el Verbo eterno (1.1). Existió antes de Abraham e incluso antes del mundo mismo. La afirmación de Jesús transmitía el mismo concepto que el expresado cuando Dios le dijo a Moisés: «YO SOY EL QUE SOY» (Ex 3.14), y cuando Dios dijo: «Yo Jehová, el primero, y yo mismo con los postreros» (Is 41.4) (vea comentarios sobre 8.24). El Evangelio de Juan comienza con la preexistencia del Verbo (1.1–5) y continúa el tema aquí. Jesús asombró a Sus oyentes identificándose a Sí mismo con el nombre divino «Yo soy», mostrando tanto Su atemporalidad como Su superioridad sobre Abraham.

Versículo 59. La afirmación divina de Jesús sólo podía ser interpretada como blasfemia por estos escépticos, blasfemia para la que el castigo prescrito era la lapidación (Lv 24.16). Aunque tal castigo sería normalmente el resultado de una sentencia emitida por un tribunal de justicia, estos judíos adoptaron una mentalidad mafiosa y tomaron la ley en sus propias manos. **Tomaron entonces piedras para arrojárselas; pero Jesús se escondió y salió del templo.** La multitud no fue

impulsada por un pensamiento cuidadoso, sino por una pasión tan grande que cualquier curso razonable de acción fue dejado de lado. Sería fácil conseguir piedras, en vista de que parte del templo todavía estaba en construcción (2.20). En repetidas ocasiones, Jesús había escapado de ser arrestado (7.30, 44; 8.20); aquí escapó de la muerte misma.

Jesús vino a redimir al hombre por medio de Su muerte en la cruz, sin embargo, esto no podía tener lugar hasta la hora divinamente señalada. El verbo «se escondió» es pasivo (ἐκρύβη, *ekrubē*), como en 12.36, que literalmente quiere decir «fue escondido». No está claro si Jesús se escondió a Sí mismo o escapó de alguna manera milagrosa. Bruce dijo que el pasivo de κρύπτω (*kruptō*) «se utiliza repetidamente en un sentido reflexivo» y citó Génesis 3.8 en la LXX, donde Adán y Eva «se escondieron». ³³ Lo anterior parece dar crédito a la opinión de Raymond E. Brown de que el escape de Jesús en esta ocasión no fue milagroso, como lo fue el de Lucas 4.30. ³⁴ Morris adoptó el punto de vista del pasivo como milagroso, diciendo: «Juan tal vez está insinuando que Dios protegió a su Hijo». ³⁵

Algunos ven un simbolismo en el desarrollo de la presentación de Jesús por parte de Juan. W. D. Davies comentó que Jesús había reemplazado el día de reposo (cap. 5), el maná (cap. 6) y las ceremonias de agua y las luminarias en la fiesta de los tabernáculos (cap. 7; 8). Ahora, durante la fiesta de la dedicación, reemplazaría el tabernáculo y el templo (cap. 10). Antes de ser consagrado de esta manera, simbólicamente dejó atrás el antiguo «espacio santo» del templo. ³⁶ Agustín comentó sobre 8.59, diciendo: «Como hombre, huyó de las piedras; sin embargo, ay de aquellos de cuyos corazones pedregosos ha huido Dios». ³⁷

APLICACIÓN

«La verdad os hará libres» (8.32)

«... y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (Jn 8.32). La libertad es un tema que nos interesa. La mayoría de las personas anhelan ser libres, y muchos han luchado e incluso han

³³ Bruce, 206.

³⁴ Brown, 360.

³⁵ Morris, 421. Aunque Barrett no comentó sobre la voz pasiva, sostuvo que Juan «tenía la intención de sugerir una desaparición sobrenatural» (Barrett, 353).

³⁶ W. D. Davies, *The Gospel and the Land (El Evangelio y la tierra)* (Berkeley, Calif.: University of California Press, 1974), 296.

³⁷ Agustín *Homilías sobre el Evangelio de Juan* 43.18.

dado sus vidas para obtener libertad individual o política. Por lo tanto, nos debe complacer saber que Jesús dijo: «La verdad os hará libres». Antes de analizar esta gran declaración, consideremos el contexto en el que la hizo Jesús.

A medida que Jesús continuaba enseñando en el templo, proclamó que era «la luz del mundo» (8.12) y se identificó con Dios. Dijo que conocía al Padre y que había sido enviado por Él (8.16–19). Incluso afirmó que tenía las características de la Deidad (8.26, 29) y que existía antes de Abraham (8.56–58).

Los líderes judíos rechazaron el testimonio de Jesús, y Jesús los denunció. Mientras decían que eran los hijos de Abraham, Jesús dijo que en realidad eran hijos del diablo porque participaban de la naturaleza del diablo y creían en sus mentiras en lugar de creer en Jesús. En vista de que no aceptaron a Jesús, sino que trataron de matarle, no eran verdaderamente los hijos de Abraham (8.30–38). Es en este contexto que encontramos las palabras del texto que nos ocupan. Centrando nuestra atención en 8.32, nuestro deseo es hacer tres preguntas sobre las palabras de Jesús.

1. *¿Cuál es la libertad prometida por Jesús?* Tenemos que entender que Jesús no estaba prometiendo una libertad absoluta, es decir, libertad de cualquier restricción o regla. De hecho, para los seres humanos, no existe tal cosa como libertad absoluta. Incluso cuando somos libres en el sentido de que no estamos encarcelados o esclavizados, seguimos estando sujetos a las leyes de la naturaleza. Estamos confinados por nuestra composición genética, obligados por las cadenas de las circunstancias, limitados por las debilidades de nuestra carne, sujetos a las incertidumbres de la vida, y obligados a aceptar los límites de las leyes y costumbres. Además, Jesús no hizo ninguna promesa de libertad política o personal. Los cristianos que vivían en tiempos del Nuevo Testamento no disfrutaban del tipo de libertad política que muchas personas conocen hoy, y algunos eran esclavos sujetos a amos humanos. Tan valiosa como la libertad es para nosotros, Jesús no dijo que conocer la verdad nos garantizará la bendición de ser personas libres en una sociedad libre.

¿De qué clase de libertad estaba hablando Jesús? El tipo de libertad que proviene de ser Su discípulo. Debido a lo que Jesús dijo, «muchos creyeron en él» (8.30). Entonces Jesús dijo a los que creyeron en Él: «Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y

conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (8.31, 32). De acuerdo con Jesús, aquellos que son verdaderamente libres son aquellos que creen en Él y continúan obedeciendo Su palabra. Esas personas podrían ser esclavos, podrían estar encarcelados, o podrían vivir bajo el talón de un tirano despótico; sin embargo, ¡siguen siendo libres!

¿Libres en qué sentido? ¡Libres del pecado! Cuando algunos dijeron que siempre habían sido libres (8.33),³⁸ Jesús dejó claro que estaba hablando de ser libres del pecado. Dijo que «todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado» (8.34). Más adelante, el apóstol Pablo equiparó hacerse cristiano con ser liberados de la esclavitud del pecado (Ro 6.17, 18).

El pecado esclaviza a las personas. ¡La adicción a las drogas y la adicción al alcohol y la adicción al sexo son todas realmente adicción al pecado! Cuando las personas se sienten tentadas a pecar, a menudo piensan que lo intentarán una vez y luego seguirán adelante. Puede que piensen que experimentar las drogas o la bebida o la pornografía una sola vez no los lastimará. Luego lo intentan una vez más y una y otra vez, hasta que ya no tienen ningún control sobre el pecado; el pecado tiene control sobre ellos! El pecado promete libertad, sin embargo, trae esclavitud (vea 2ª P 2.19). ¡El pecado esclaviza!

La buena noticia es que, si bien el pecado esclaviza, ¡podemos ser libres del pecado! Jesús vino para que pudiéramos quitarnos los grilletes del pecado y obtener el perdón de nuestros pecados, ¡para que pudiéramos ser realmente libres! Cualquiera que haya sido liberado del pecado por medio de Jesucristo es libre, independientemente de su estatus personal o político.

2. *¿Qué es la verdad?* ¿Qué es esta verdad que Jesús prometió nos hará libres? En el contexto, Jesús dejó claro que «la verdad» ha de equipararse con Su palabra. Dijo: «Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (8.31, 32). A los judíos incrédulos, dijo en el mismo pasaje: «Sé que sois descendientes de Abraham; pero procuráis matarme, porque mi palabra no halla cabida en vosotros» (8.37). Más adelante, cuando Jesús oró en la noche de Su traición, le rogó a Dios concerniente a Sus discípulos que

³⁸ Es difícil entender por qué algún judío en el siglo primero haría tal afirmación. Los judíos como pueblo habían estado sujetos a otros gobiernos durante la mayor parte de los seiscientos años previos.

«santifícalos en tu verdad», y agregó: «tu palabra es verdad» (17.17). El hecho de que la Palabra de Dios trae libertad fue enfatizado por Santiago cuando la llamó «la perfecta ley, la de la libertad» (Stg 1.25).

La verdad siempre trae libertad. Cuando a alguien inocente se le juzga por un crimen, su deseo es que la verdad sea expuesta en su juicio; sabe que la verdad lo liberará. Si sospechamos que tenemos una enfermedad, la mayoría de nosotros preferiría saber la verdad sobre nuestra condición para que pueda ser tratada con la medicina adecuada. Hay un sentimiento liberador conocer la verdad, incluso cuando las noticias son malas.

Sin embargo, la verdad que se encuentra en la Palabra de Dios no son malas noticias; son buenas noticias. Fue presagiada en los tiempos del Antiguo Testamento con la liberación de los israelitas de la esclavitud egipcia de la mano de Dios (Ex 6.5, 6). De la misma manera, en el Año del Jubileo, la Ley mandó al pueblo de Dios que les concediera libertad a los esclavos israelitas y «[pregonar] libertad en la tierra» (Lv 25.10). Isaías profetizó que el Mesías «[publicaría] libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel» (Is 61.1) y Jesús afirmó que había cumplido esa profecía (Lc 4.18–21). Jesús vino a liberar a las personas del pecado pagando el castigo por el pecado en la cruz. ¡El mensaje —las buenas nuevas, el Evangelio— acerca de Él y Su muerte en la cruz es lo que nos hace libres del pecado!

Esas buenas nuevas se encuentran en la Palabra de Dios, la Biblia. Aparte de esa Palabra, no hay liberación del pecado, no hay libertad del pecado. Sólo mediante la «obediencia a la verdad», a la Palabra de Dios, se puede purificar el alma (1ª P 1.22).

Sólo la verdad nos hará libres; el error no nos hará libres. Desde los tiempos del Nuevo Testamento hasta la actualidad, los falsos maestros han estado predicando el error, tratando de persuadir a las personas a aceptar sus falsedades en lugar de obedecer la verdad clara de la Palabra de Dios. Tenemos que rechazar sus falsas doctrinas siguiendo el consejo del sabio: «Compra la verdad, y no la vendas» (Pr 23.23). Muchos eligen seguir a falsos maestros, sin embargo, el error doctrinal nunca los hará libres del pecado.

3. *¿Cómo nos libera la verdad?* La existencia de la verdad no garantiza que todos serán liberados. Sólo aquellos que «conocen la verdad» serán liberados. Además, conocer la verdad es sólo un comienzo; ser liberado por ella también requi-

ere de algo más. Para ser liberados del pecado, se tiene que escuchar la verdad proclamada, se debe entender lo que se ha oído, y luego se debe aceptar y actuar de acuerdo con lo que se entiende que es verdadero. Conocer la verdad quiere decir entenderla, aceptarla y obedecerla.

¿Qué de una mujer que sabe que puede curarse de una enfermedad tomando un determinado medicamento, el cual le será dado sin costo? Sólo saber que tiene a su disposición libertad de la enfermedad no le hará bien. Para ser libre de la enfermedad, tiene que tomar la medicina que se le da. Será curada sólo cuando actúe.

Imaginemos a un hombre en prisión que recibe el indulto del gobernador. Alguien le dice en su celda: «Usted ha sido perdonado. ¡Eres un hombre libre!». Entonces, por alguna extraña razón, el prisionero se niega a salir de su celda. Permanece donde está. Pese a que ha sido perdonado, no es verdaderamente libre hasta que decida aceptar ese perdón y sale de la prisión.

De la misma manera, nos han llegado las noticias de que podemos ser curados de la enfermedad del pecado y librados de la prisión en la que estamos encerrados. Ese conocimiento puede hacernos libres, sin embargo, no lo hará a menos que estemos dispuestos a hacer algo al respecto. Figurativamente hablando, tenemos que tomar la medicina o salir de la prisión.

La fe es necesaria para ser libres. ¿Cómo podemos aprovechar la libertad que Cristo pone a disposición? Ante todo, tenemos que creer en Jesús. Más temprano en el capítulo, Jesús dijo: «porque si no creéis que yo soy, en vuestro pecados moriréis» (8.24). El «yo soy» identifica a Jesús con Dios, quien le dijo a Moisés que se le debía conocer como el «YO SOY» (Ex 3.14). De acuerdo a Jesús, a menos que creamos que Él es divino, ¡seremos condenados!

La obediencia es necesaria para ser libres. Para que la fe en Cristo nos haga libres, tiene que ir acompañada de la obediencia o incluirla. En Juan 3.36, Jesús hizo una conexión entre creer y obedecer: «El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo [«el que no obedece al Hijo»; NASB] no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él». Según este versículo, no se puede creer verdaderamente en Cristo si no se le obedece.

Si tuviéramos alguna pregunta sobre la necesidad de la obediencia para ser libres del pecado, serían contestadas por las palabras de Pablo en

Romanos 6.17, 18: «Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia». Los destinatarios de la carta en Roma eran antes «esclavos del pecado», sin embargo, fueron liberados del pecado y se convirtieron en «siervos de la justicia». ¿Cuándo fueron liberados del pecado? Cuando «[hubieron] obedecido de corazón» a la doctrina que recibieron! ¡La obediencia era necesaria para ser libres!

Entonces, ¿cómo podemos llegar a ser espiritualmente libres del pecado? ¡Creyendo en Jesús y obedeciéndole! ¿Qué implica lo anterior?

Primero, tenemos que creer que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios (8.24; vea 3.16; Mt 16.15–18; Hch 16.31). Esta fe es fundamental. Es lo primero; sin ella, nada puede salvarnos.

Segundo, tenemos que arrepentirnos de nuestros pecados. Jesús requirió arrepentimiento (Lc 13.3, 5), Pedro lo predicó (Hch 2.38; 3.19) y Pablo dijo que Dios lo manda (Hch 17.30, 31).

Tercero, debemos estar dispuestos a confesar nuestra fe en Cristo, decir en voz alta que creemos en Él (Mt 10.32; Hch 8.36, 37). Leemos: «Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación» (Ro 10.9, 10).

Cuarto, tenemos que bautizarnos, es decir, ser sumergidos en agua para el perdón de los pecados. Pablo dijo que los romanos habían sido liberados debido a su obediencia a la forma de doctrina que habían recibido (Ro 6.17, 18). En este contexto, les acababa de recordar que, después de ser bautizados en Cristo, habían sido levantados para andar «en vida nueva» (Ro 6.3, 4). No se puede verdaderamente haber «obedecido de corazón» a la «forma de doctrina» predicada en los tiempos del Nuevo Testamento sin ser bautizado. Por lo tanto, nadie puede ser liberado del pecado si no está dispuesto a ser bautizado, es decir, sumergido en agua para el perdón de los pecados.

Si bien la obediencia implica fe, arrepentimiento, confesión, bautismo, de ninguna manera estas respuestas ganan nuestra salvación. ¡Con hacer estas cosas, simplemente aceptamos la libertad que Jesús ha puesto a nuestra disposición!

Se requiere de obediencia continua para ser libres. Jesús les dijo a los que creyeron en Él que tienen que «permanecer» en Su palabra (8.31). «Permanecer» en la palabra de Cristo es seguir u obedecer Sus instrucciones; es perseverar en hacer lo que dice.

Una vez que hemos sido liberados del pecado

al obedecer el Evangelio, todavía no disfrutamos de libertad absoluta. De hecho, Pablo dijo que ser liberados del pecado no quiere decir que ya no seamos esclavos; más bien, ¡hemos cambiado de amo! Aunque que éramos «esclavos del pecado», nos hemos convertido en «siervos de la justicia»! Habiendo sido liberados del pecado por un Cristo compasivo, ahora se nos pide vivir por Él.

Sin embargo, vivir por Cristo no es una carga, sino una bendición (vea Mt 11.28–30). ¡Ser un «siervo de la justicia», siervo de Cristo, quiere decir llevar una vida benévola y abundante, llena de bendiciones! Sin embargo, tal vida requiere que «permanezcamos» en la Palabra de Cristo. Conocer la verdad y obedecer la verdad tiene que seguir siendo una meta constante y continua para el cristiano. Llegar a ser discípulos siendo liberados del pecado no es el fin de nuestra obligación de obedecer al Señor; es más bien ser el comienzo de una vida de obediencia a nuestro Amo.

Conclusión. Con frecuencia escuchamos la expresión «La libertad no es gratis». Con esas palabras, la gente quiere decir que la libertad política que experimentamos fue pagada por la vida de innumerables patriotas que murieron para asegurarnos esa libertad.

Podemos decir lo mismo de nuestra libertad espiritual. La libertad no es realmente gratis porque fue comprada a un alto precio. Jesús pagó ese precio muriendo en la cruz. ¡Regocijémonos y demos gracias porque Él estuvo dispuesto a morir por nosotros para que «la verdad» nos hiciera «libres»!

Sólo queda una pregunta: ¿Aceptará usted la libertad que ofrece Jesús? Le pido a Dios que usted no rechace el ofrecimiento de libertad que proviene de los labios de Cristo, que dice: «y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres». Coy Roper

(Viene de la página 8)

que reconoció su comportamiento como pecado e insinuó que ella podría elevarse por encima del mismo. Jesús le advirtió que no pecara más, como lo hizo con el paralítico que había sanado en 5.14. La respuesta de Jesús no transmitió nada a modo de perdón. A diferencia de la mujer penitente que fue perdonada en Lucas 7.48, esta mujer no mostró evidencia de penitencia. Aun así, Jesús mostró misericordia y la llamó a una conducta justa. En esta narración, Jesús demostró amor y compasión por el pecador y una convicción de que las personas pueden convertirse en lo que Dios quiere que sean: Sus hijos, salvos por Su gracia.

La sanidad de un hombre nacido ciego

(9.1-41)

La NASB termina con la palabra «templo» en 8.59, mientras que la Reina-Valera tiene las palabras «y atravesando por en medio de ellos, se fue». Las palabras iniciales de 9.1, «Al pasar Jesús», parecen indicar una continuidad ininterrumpida de tiempo entre los capítulos 8 y 9. Sin embargo, es poco probable en vista de que la mejor evidencia manuscrita indica que 8.59 concluye con la palabra «templo» (P⁶⁶, P⁷⁵, Aleph y B).¹ Aun así, existe una conexión temática entre la sanidad del hombre que nació ciego en el capítulo 9 y las palabras de 8.12, «Yo soy la luz del mundo». Jesús repitió esta metáfora en 9.5. La sanidad del hombre ciego y la reacción de los fariseos constituyen un ejemplo concreto y una exposición de 8.12. Jesús es «la luz del mundo» a la que algunas personas responden viendo, mientras que otros, pensando que ven, responden permaneciendo ciegos a lo que más necesitan ver (9.39-41).

En contraste, el capítulo 9 fluye en el capítulo 10 sin interrupción. Edwyn Clement Hoskyns aseveró que los fariseos que habían intentado perturbar la relación entre el ciego y Jesús reaparecen en el capítulo 10, describiéndoseles como salteadores, ladrones y asalariados que no se preocupan por las ovejas o incluso intentan robarlas, matarlas y destruirlas.² Jesús, por otro lado, es «el buen pastor» que da Su vida por las ovejas. El tema del pastor (10.1-21) fluye hacia la segunda sección del capítulo (10.22-30), especialmente 10.26-29. Esa parte del capítulo está ligada a la fiesta de la dedicación (10.22), que tenía lugar unos tres meses después de la fiesta de los tabernáculos. De lo

anterior, parece claro que la sanidad del hombre nacido ciego en el capítulo 9 ocurrió después de la fiesta de los tabernáculos y antes de la fiesta de la dedicación.³ George R. Beasley-Murray resumió el asunto, diciendo:

A nosotros nos parece correcto que los dos capítulos formen un todo continuo en la intención del evangelista, llegando a una expresión climática en 10.30, al igual que los capítulos 7-8 pasan al clímax de 8.58, terminando ambas declaraciones en rabia por parte de los oyentes y un intento por apedrear a Jesús.⁴

Si bien no hay casos de una persona ciega recibiendo su vista registrado en el Antiguo Testamento, dar vista a los ciegos de parte de Jesús es una ocurrencia común en los Evangelios Sinópticos, registrado más que cualquier otro tipo de milagro.⁵ La capacidad de dar vista a los ciegos, en el Antiguo Testamento, no se consideraba menos la obra de Dios (Sal 146.8). Isaías profetizó que a este tipo de milagro se le asociaría con la actividad mesiánica (Is 29.18; 35.5; 42.7), y Jesús afirmó cumplir realmente esta función divina (Lc 4.17-21).

Como es típico en Juan, «una serie de discursos es seguido por un relato milagroso o señal (σημείον, *sēmeion*). Al patrón de material para Juan se le ha llamado sermón y luego una señal».⁶ La capacidad de Jesús para realizar señales fue

³ Raymond E. Brown, *The Gospel According to John (i-xii)* (*El Evangelio según Juan [i-xii]*), The Anchor Bible, vol. 29 (Garden City, N.Y.: Doubleday & Co., 1966), 388-90.

⁴ George R. Beasley-Murray, *John (Juan)*, Word Biblical Commentary, vol. 36 (Waco, Tex.: Word Books, 1987), 149.

⁵ Vea Mt. 9.27-31; 12.22; 15.31; 21.14; Mr 8.22-26; 10.46-52; Lc 7.21, 22.

⁶ Beauford H. Bryant y Mark S. Krause, *John (Juan)*, The College Press NIV Commentary (Joplin, Mo.: College Press Publishing Co., 1998), 213.

¹ El Nuevo Testamento griego de las Sociedades Bíblicas Unidas le da una calificación «A» a la lectura que termina la oración con «templo» (ἱερόν, *hierou*).

² Edwyn Clement Hoskyns, *The Fourth Gospel (El cuarto Evangelio)*, 2ª ed., (London: Faber and Faber, 1947), 366.

un testimonio de que era el Cristo, aunque la fe basada exclusivamente en las señales era considerada superficial (2.23–25). El relato de la sanidad del hombre que nació ciego, la sexta señal de Jesús, promueve el propósito general de Juan de demostrar que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios (20.30, 31). Es un discurso magistral, iniciando con la sanidad del hombre nacido ciego y concluyendo con el juicio de Jesús dirigido a los fariseos debido a su ceguera espiritual. A diferencia del paralítico del capítulo 5, el hombre nacido ciego jugó un papel activo en su sanidad. Mientras que los fariseos pensaban que tenían luz y aún así elegían permanecer espiritualmente ciegos, el hombre que nació ciego había estado en tinieblas físicas, sin embargo, fue bendecido por Jesús para ver espiritual y físicamente.

LA SANIDAD (9.1–12)

¹Al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento. ²Y le preguntaron sus discípulos, diciendo: Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego? ³Respondió Jesús: No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él. ⁴Me es necesario hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura; la noche viene, cuando nadie puede trabajar. ⁵Entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo. ⁶Dicho esto, escupió en tierra, e hizo lodo con la saliva, y untó con el lodo los ojos del ciego, ⁷y le dijo: Ve a lavarte en el estanque de Siloé (que traducido es, Enviado). Fue entonces, y se lavó, y regresó viendo. ⁸Entonces los vecinos, y los que antes le habían visto que era ciego, decían: ¿No es éste el que se sentaba y mendigaba? ⁹Unos decían: El es; y otros: A él se parece. El decía: Yo soy. ¹⁰Y le dijeron: ¿Cómo te fueron abiertos los ojos? ¹¹Respondió él y dijo: Aquel hombre que se llama Jesús hizo lodo, me untó los ojos, y me dijo: Ve al Siloé, y lávate; y fui, y me lavé, y recibí la vista. ¹²Entonces le dijeron: ¿Dónde está él? El dijo: No sé.

Versículos 1, 2. Al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento. No se dice nada de la hora ni del lugar de este evento. Dada la relación del capítulo 9 con los capítulos 8 y 10 (como se consideró anteriormente), la presunción es que Jesús seguía en Jerusalén en algún momento entre la fiesta de los tabernáculos y la fiesta de la dedicación. Tal vez como el mendigo cojo que era puesto diariamente

«a la puerta del templo que se llama la Hermosa» en Hechos 3.2, el ciego se encontraba mendigando en tal lugar (9.8). Muchos pasaban por esta puerta cada día, así que era natural encontrar mendigos en ese lugar. No se dice nada acerca de cómo Jesús o Sus discípulos sabían que el hombre era «ciego de nacimiento», lo que da crédito a la opinión de que el hombre era probablemente un personaje conocido en Jerusalén. Aunque los Evangelios Sinópticos mencionan una serie de sanidades de ciegos de manos de Jesús, ninguno menciona a un hombre que sufría de ceguera congénita, lo que hace que el registro de Juan sea aún más notable (vea 9.32). La ceguera de nacimiento constituía un mal común en el mundo antiguo.

Los **discípulos** vieron el interés que Jesús puso en el mendigo ciego y plantearon una pregunta perspicaz: **Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?** La pregunta de los discípulos reflejaba la opinión ampliamente sostenida de los judíos de que el sufrimiento se relacionaba de manera inseparable con el pecado. El principio general se reflejaba en las palabras del rabino Ammi: «No hay muerte sin pecado, y no hay sufrimiento sin iniquidad». ⁷ Al parecer, los discípulos compartían la opinión de los tres «consoladores» de Job en cuanto a que todo sufrimiento era el resultado del pecado, sin embargo, ¿el pecado de quién era responsable de la ceguera de este hombre? ¿Era su propio pecado o el pecado de sus padres?

A veces, las acciones de las personas pueden ser responsables de las aflicciones físicas. Si bien la condición del paralítico en el capítulo 5 podría haber sido el resultado de algún pecado por el cual se le podía culpar (vea 5.14), este hombre había estado ciego de nacimiento. Para que su ceguera se debiera a su propio pecado, ¡habría tenido que cometer algún pecado prenatal! Si bien esta posibilidad fue contemplada por algunos rabinos, ⁸ no era probable que los discípulos pensarán que el hombre había pecado en el vientre. Si su ceguera era algo que no era su propio pecado, tal vez era el resultado del pecado de sus padres. El concepto de que los pecados de los padres podían ser «visitados» sobre los hijos se reflejaba en los Diez Mandamientos (Ex 20.5; Dt 5.9). Se podría sufrir las consecuencias de los pecados de los padres, sin

⁷ Talmud *Shabbath* 55a.

⁸ Los rabinos decían que cuando una mujer embarazada adoraba en un templo pagano, el niño no nacido cometía idolatría. (*Cantar de Cantares Rabbah* 1.6.3.)

embargo, no la culpa de ellos (Ez 18.20; Ga 6.7, 8). Las dos posibilidades ofrecidas por los discípulos representaban el pensar judío de esos días. No se les había ocurrido que ninguno de los dos era cierto y que era posible una tercera alternativa.

Versículo 3. Rechazando ambas alternativas sugeridas por los discípulos, **Jesús** les enseñó lo que se ilustra en Job: No todo sufrimiento es resultado del pecado. La respuesta de Jesús a los discípulos incluía dos partes. En primer lugar, dijo que la razón de este caso de ceguera **No es que pecó éste, ni sus padres**. La respuesta en negativo de Jesús quedaba abierta a la pregunta: ¿Por qué nació ciego este hombre? Aquí había un hombre que nunca había visto la luz del día, y los discípulos estaban más interesados en resolver alguna pregunta metafísica que en atender al hombre. Las acciones de Jesús ilustraron que la crisis de la situación era lo que merecía una atención inmediata. Si estuviéramos involucrados en un accidente automovilístico, primero se prestaría atención a las lesiones sufridas por los involucrados; luego, se podría iniciar una investigación para determinar la causa del accidente.

La segunda parte de la respuesta de Jesús dirigió la atención a una pregunta diferente. En lugar de pensar en la razón de la ceguera, se centró en el propósito por el que el hombre naciera ciego. La palabra **sino** (ἀλλά, *alla*) es un adversario fuerte, indicando un contraste con lo que precede. La respuesta a la pregunta que no se hizo era **para que las obras de Dios se manifiesten en él** (vea 11.4). No quiere decir que Dios haya hecho ciego al hombre al nacer para que su sanidad revelara la grandeza de Dios. Más bien, las palabras de Jesús suponen que Dios «permitió que la naturaleza siguiera su curso en este caso para que la víctima finalmente trajera gloria a Dios recibiendo vista tanto física como espiritual».⁹

Versículos 4, 5. Jesús dijo: **Me es necesario hacer las obras del que me envió**. Su uso de «obras» (ἔργα, *erga*) se refiere específicamente a la sanidad del ciego. Si bien Jesús incluyó a Sus discípulos en Su misión antes y después de la cruz (14.12), la obra de Dios que se manifiesta en la sanidad del ciego sólo podía ser hecha por Jesús, el enviado por Dios. La NASB consigna que Jesús dijo «Nos es necesario hacer...» asociando a Sus

discípulos con Sí mismo y con lo que se le envió a hacer. Las «obras del que me envió» eran obras que era «necesario hacer». La palabra «necesario» (δεῖ, *dei*) reforzaba la idea de que tal obra no era opcional; era una necesidad absoluta. El trabajo del Padre tiene que ser hecho **entre tanto que el día dura**, porque **la noche viene, cuando nadie puede trabajar**. La «noche» venía a Jesús. En pocos meses, dejaría este mundo y Su ministerio público llegaría a su fin. La «noche» viene para todas las personas. Las oportunidades pasan, para nunca volver; y la muerte viene para todos, después de la cual no se puede realizar ningún trabajo.

Luego, Jesús dijo: **Entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo**. «Entre tanto» traduce la palabra griega ὅταν (*hotan*), una partícula temporal indefinida que quiere decir «cuando sea». B. F. Westcott creía que este fraseo sugiere «las revelaciones variadas de la Palabra», apuntando no sólo al siglo primero, sino también a «la época de los patriarcas y de la Ley, y de los Profetas, y a lo largo de las eras de la Iglesia».¹⁰ Sin embargo, el contexto sugiere algo más parecido a «durante mi tiempo en el mundo». La frase «luz soy del mundo» hace eco de la afirmación de Jesús en 8.12, sin embargo, no en forma exclusiva. El enfático ἐγώ (*egō*) está ausente, por lo que 9.5 no clasifica (como sucede con 8.12) entre las siete declaraciones «Yo soy» en Juan. Además, el artículo definido antes de «luz» no está en el griego, y la frase «es introducida por una cláusula que parece limitar su aplicación a la época del ministerio de Jesús sobre la tierra».¹¹ El significado de esta declaración se hizo evidente por la sanidad del hombre nacido ciego por parte de Jesús, que sirvió como una ilustración de lo que Jesús estaba haciendo en Su misión en el mundo. Permitir que el ciego viera constituía físicamente la prueba de que también podía hacer ver a los espiritualmente ciegos. El ciego aceptó a Jesús, dando lugar a la vista espiritual; sin embargo, los judíos le rechazaron, eligiendo permanecer en oscuridad espiritual.

Versículos 6, 7. Después de referirse a Sí mismo

¹⁰ B. F. Westcott, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)* (Cambridge: University Press, 1881; reimp., Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950), 144.

¹¹ J. H. Bernard, *A Critical and Exegetical Commentary on the Gospel According to St. John (Comentario crítico y exegético del Evangelio según Juan)*, *The International Critical Commentary* (Edinburgh: T. & T. Clark, 1928), 2:326–27.

⁹ Philip W. Comfort y Wendell C. Hawley, *Opening the Gospel of John (Abriendo el Evangelio de Juan)* (Wheaton, Ill.: Tyndale House Publishers, 1994), 156.

como «luz del mundo», Jesús **escupió en tierra, e hizo lodo con la saliva, y untó con el lodo los ojos del ciego**. Jesús tomó la iniciativa de sanar a este hombre, demostrando Su gracia. Lo anterior difiere de los casos de sanidad en los Evangelios Sinópticos, en los que la gente le pidió ayuda a Jesús. Tanto el sordo de Decápolis (Mr 7.32, 33) como el ciego de Betsaida (Mr 8.22, 23) fueron llevados a Jesús por sus amigos, quienes le suplicaron a Jesús que los tocara. Aquí Jesús simplemente pasaba por aquí, vio a este hombre, tuvo compasión de él y lo sanó sin que se lo pidiera. En los otros dos casos mencionados, Jesús usó saliva en el proceso de sanidad; sin embargo, no se dice nada acerca de mezclarla para hacer lodo. Por qué Jesús eligió esto como Su método para sanar en esta ocasión sería especular. Los poderes curativos de la saliva eran conocidos en el mundo antiguo, sin embargo, no se debe concluir que Jesús usó saliva debido a los supuestos poderes medicinales. El lodo mismo no tenía más que ver con la cura que tuvo el río Jordán con la sanidad de las lepras de Naamán (2° R 5.10; vea Lc 4.27). El poder soberano de Jesús le permitió sanar simplemente con Su palabra, Su toque, o incluso a la distancia. Jesús sin duda podría sanar de cualquier manera que escogiera.

Habiendo cubierto los ojos del ciego con lodo hecho de Su saliva y tierra, Jesús le dijo: **Ve a lavarte en el estanque de Siloé (que traducido es, Enviado)**. Jesús no le mandó al ciego que se bañara, sino simplemente que lavara el lodo de sus ojos. El «estanque de Siloé» era un estanque cortado de la roca situado en las laderas al sur de la ciudad de David. El agua que recibía tenía que ser transportada, o «enviada» (lo que explica su nombre), a través del túnel de Ezequías desde el manantial de Gihón en el Valle de Cedrón (2° R 20.20; 2° Cr 32.30). Isaías habló de «las aguas de Siloé, que corren mansamente» (Is 8.6), y Nehemías lo llamó «estanque de Siloé» (Neh 3.15). El estanque de Siloé es mencionado sólo aquí en el Nuevo Testamento (vea Lc 13.4). El estanque había sido reconstruido durante el período intertestamental, sin embargo, fue abandonado después de la destrucción de Jerusalén en el 70 d.C. Durante muchos siglos, se pensó que se encontraba en el sitio donde la emperatriz bizantina Eudocia (aprox. 400–460 d.C.) hizo construir un edificio de iglesia y un estanque. En 2004, se excavó un estanque monumental (de 68 metros de largo) cerca del sitio, y muchos arqueólogos creen que es el estanque mismo de Siloé

de los días de Jesús.¹²

Algunos ven un significado espiritual en el nombre del estanque, ya que Jesús era el «enviado» por Dios (6.29).¹³ El hombre nacido ciego fue sanado en relación con el Enviado y por medio de Él. Por lo general, Juan interpretaba el significado de las palabras hebreas con su equivalente griego (vea 1.38). Como sabía que el nombre «Siloé» se le daba al estanque debido a la forma en que recibía su agua, dio esta información a sus lectores.

La orden de lavarse fue dada al ciego para que pudiera tener algo que hacer para mostrar su fe. Jesús no siempre requirió acción por parte del individuo, sin embargo, lo hizo en este caso. La orden al ciego era muy parecida a la que Eliseo le dio a Naamán: «Ve y lávate siete veces en el Jordán» (2° R 5.10). Eliseo había enviado al hombre a lavarse en lugar de sanarlo inmediatamente. El ciego no dudó como Naamán, sino que de buen grado cumplió con las instrucciones de Jesús **y regresó viendo**. Esta sanidad no tenía precedentes (9.32).

Este es el único lugar en las Escrituras donde un hombre nacido ciego fue sanado. El desafío que Jesús le dio al hombre para poner a prueba su fe se cumplió, dando como resultado la bendición de poder ver. Si el ciego no hubiera cumplido con la instrucción de Jesús, no habría podido ver. Sin embargo, su obediencia no fue de ninguna manera una cuestión de ganar o merecer la capacidad de ver. La bendición seguía siendo un regalo; sin embargo, fue una bendición que no habría recibido sin obedecer el mandato de Jesús. Cada vez que se prescriben condiciones para la recepción de una bendición prometida, se tienen que obedecer esas condiciones para recibir la bendición.

Versículos 8, 9. Los vecinos del ciego, y los que antes le habían visto que era ciego, decían: ¿No es éste el que se sentaba y mendigaba? La mención de «vecinos» probablemente indica que el hombre regresó a casa después de lavarse en el estanque. La NIV termina 9.7 consignando las palabras «llegó a casa viendo», a pesar de que el texto griego simplemente dice «regresó viendo». Los vecinos y otros que habían conocido a este

¹² Hershel Shanks, «The Siloam Pool: Where Jesus Cured the Blind Man» («El estanque de Siloé: Donde Jesús sanó al ciego»), *Biblical Archaeology Review (Repaso de Arqueología Bíblica)* 31 (September–October 2005): 16–23.

¹³ Vea Beasley-Murray, 155–56; D. A. Carson, *The Gospel According to John (El Evangelio según Juan)*, The Pillar New Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1991), 365.

hombre como un mendigo habrían estado bastante familiarizados con él. La palabra que se traduce como «los que [...] le habían visto» (θεωροῦντες, *theōrountes*) es un participio presente, que indica que continuamente lo veían como un mendigo. Para un hombre con ceguera congénita en el mundo antiguo, la mendicidad era la única manera de obtener cualquier tipo de apoyo. Aquellos que habían visto a este hombre mendigando en el vecindario y en el área del templo de forma regular se asombraron al darse cuenta de que el hombre nacido ciego ahora podía ver.

En este punto, la narrativa se convierte en un relato animado. Los debates son enfatizados con el número de veces que se usa el tiempo imperfecto «decía» (ἔλεγον, *elegon*) en 9.8–10. Juan informó del intercambio de una variedad de opiniones ignorantes acerca del ciego (como con los murmullos acerca de Jesús en la fiesta de los tabernáculos en 7.12, 25–27, 31). Las respuestas de los conocidos del hombre podrían resumirse de la siguiente manera: «¿No es éste el mendigo?»; «¡Sí, es el mendigo!»; «No, no es el mendigo, pero se parece a él». La especulación finalmente acabó con las palabras del hombre sanado: **Yo soy**.¹⁴ Aparentemente, en medio de las opiniones contradictorias, el hombre sanado **decía** (tiempo imperfecto, «se mantenía diciendo»), «Yo soy».

Versículos 10–12. Después de que el hombre se identificó como el que había estado ciego desde el nacimiento pero ahora veía, la gente naturalmente quería saber lo que había sucedido. Le preguntaron: **¿Cómo te fueron abiertos los ojos?** (9.10). El hombre respondió con un breve relato del milagro. No sabía mucho acerca de Jesús, y asumió que sus oyentes tampoco sabían porque se refirió a Él como **Aquel hombre que se llama Jesús** (9.11). Su fe y comprensión crecerían a pesar de la intimidación y el ridículo de los judíos. La consulta **¿Dónde está él?** (9.12) es lo mismo que los judíos preguntaron en 7.11. La pregunta en esa ocasión probablemente reflejó el desprecio por Jesús. Los que estaban aquí, aunque también eran judíos, no caían en la categoría de «los judíos» (los líderes que eran hostiles hacia Jesús); aparentemente deseaban conocer al hombre que había realizado tan increíble obra. El hombre sanado, sin embargo, dijo **No sé** a la pregunta sobre el paradero de Jesús.

¹⁴ Esta expresión traduce la frase griega ἐγώ εἰμι (*egō eimi*), que se utiliza aquí sin matices teológicos (vea comentarios sobre 6.19–21).

EL INTERROGATORIO DE LOS FARISEOS (9.13–34)

En los enérgicos debates que siguen, los fariseos interrogaron primero al hombre (9.13–17), luego a los padres del hombre (9.18–23), y luego una vez más al hombre sanado (9.24–34).

Primer... interrogatorio del hombre sanado (9.13–17)

¹³Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. ¹⁴Y era día de reposo cuando Jesús había hecho el lodo, y le había abierto los ojos. ¹⁵Volviéron, pues, a preguntarle también los fariseos cómo había recibido la vista. El les dijo: Me puso lodo sobre los ojos, y me lavé, y veo. ¹⁶Entonces algunos de los fariseos decían: Ese hombre no procede de Dios, porque no guarda el día de reposo. Otros decían: ¿Cómo puede un hombre pecador hacer estas señales? Y había disensión entre ellos. ¹⁷Entonces volvieron a decirle al ciego: ¿Qué dices tú del que te abrió los ojos? Y él dijo: Que es profeta.

Versículo 13. Sus vecinos y conocidos (9.8) **Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego.** Aunque el texto no da ninguna indicación de tiempo, tuvo que haber sido el día después de la sanidad misma (que fue en un día de reposo; 9.14). No se debe concluir que estas personas llevaron al hombre a los fariseos por alguna hostilidad hacia él, ya que no podrían haber sabido cómo sería tratado por ellos. El hombre fue llevado a los fariseos, a las autoridades religiosas y jueces reconocidos, porque sus conocidos tenían opiniones variadas sobre su sanidad. Todos se daban cuenta de que podría haber temas religiosos a considerar, especialmente porque la sanidad había tenido lugar en un día de reposo (9.14).

Dada la naturaleza oficial de la investigación, estos fariseos eran probablemente representantes del Sanedrín que estaban autorizados para tratar tales asuntos. «Había en Jerusalén dos tribunales más pequeños, o consejos de sinagogas, y el hombre probablemente fue llevado a uno de estos».¹⁵ Esto explicaría el temor de los padres a la posibilidad de ser «expulsado de la sinagoga» (9.22). Sin embargo, la naturaleza del procedimiento no parece característico de una reunión oficial. A diferencia de los escritores sinópticos, Juan no mencionó a los

¹⁵ Westcott, 146.

escribas aquí ni en ningún otro lugar de su relato del Evangelio, probablemente porque la mayoría de los escribas eran de los fariseos (vea comentarios sobre 1.19, 24). Para cuando Juan escribió, «no había escribas judíos excepto aquellos en la tradición farisaica; por lo tanto, [podría] referirse a todos los escribas como “fariseos” sin temor a la confusión».¹⁶

Versículo 14. Juan dijo que la sanidad tuvo lugar en un **día de reposo**. La construcción griega con respecto al día de reposo en 9.14 es similar a la de 5.9b; sugiere que este no era el día de reposo semanal, sino un día de fiesta especial (vea comentarios sobre 5.9b, 10). La cuestión del día de reposo influiría en gran parte el subsecuente debate. Al sanar al hombre que nació ciego, Jesús repitió la misma ofensa que había llevado a la hostilidad inicial de los judíos contra Él, a saber: sanar en día de reposo (vea 5.1–16). Los días de reposo eran los casos que sentaban precedentes favoritos de Jesús para exponer el pensar legalista de los judíos y sus tradiciones opresivas. Según la tradición farisaica, Jesús era culpable de quebrantar el día de reposo en al menos tres maneras:¹⁷ 1) Se prohibía realizar curaciones a menos que la vida estuviera en peligro;¹⁸ 2) era ilícito amasar,¹⁹ por ejemplo, hacer **lodo**; 3) no se permitía unguir los **ojos**, aunque la opinión sobre este asunto estaba dividida.²⁰ Estas tradiciones se habían originado en la mente de los intérpretes de la Ley; no eran estatutos incluidos en la propia Ley. Fariseos escrupulosos consideraban que quebrantar la tradición judía equivalía a quebrantar la Ley.

Versículo 15. Volvieron, pues, a preguntarle también los fariseos cómo había recibido la vista. Ahora comenzaba el interrogatorio del hombre nacido ciego y, aunque parecía que el hombre era el foco de atención, sólo era la ocasión para la indagación. Jesús, aunque ausente, era el centro del debate; sin embargo, los fariseos eran realmente los que estaban siendo juzgados. Dado que se trataba de una investigación oficial, el interrogatorio tenía que comenzar nuevamente. El hombre respondió a la pregunta con una respuesta mucho más corta

de la que había dado en 9.11, y dijo: **Me puso lodo sobre los ojos, y me lavé, y veo.** Su breve respuesta tal vez indica que estaba cansado de responder.

Versículo 16. Así como había división entre los vecinos y otros, había división entre los **fariseos** (vea 7.40–43). Estaban polarizados en dos grupos: 1) los que debatían sobre el quebrantamiento del día de reposo y (2) los que debatían en relación con la señal en sí. El primer grupo estaba compuesto por estrictos legalistas que decían: **Ese hombre no procede de Dios, porque no guarda el día de reposo.** Su punto de vista adquirió una forma logística. Su premisa principal era: «Ningún hombre que quebranta el día de reposo es un hombre de Dios». Esto, junto con su premisa menor, «Jesús es un hombre que quebranta el día de reposo», llevó a la conclusión de que «Jesús no es un hombre de Dios». Si bien este argumento era lógicamente válido (es decir, la conclusión seguida de las premisas), el argumento no era sólido porque las premisas no se basaban en la verdadera obediencia al día de reposo. Los fariseos habían identificado sus restricciones de fabricación humana del día de reposo con la Ley de Dios, volviendo falsas sus premisas y, por lo tanto, también su conclusión.

Este último grupo era más abierto de mente y preguntó: **¿Cómo puede un hombre pecador hacer estas señales?** Su argumento, que podría derivarse de esta pregunta, se basó en la premisa principal: «Cualquier hombre que pueda sanar la ceguera es un hombre de Dios». Añadiendo la premisa menor «Jesús es un hombre que sana a un hombre de ceguera», llegaron a la conclusión: «Jesús es un hombre de Dios». Una vez más, este argumento era válido en lo que respecta a la forma; sin embargo, aunque la conclusión era cierta, la premisa principal era falsa. Tanto el Antiguo Testamento (Dt 13.1–5) como el Nuevo Testamento (Mt 7.22) indican que la aparente capacidad de realizar milagros no es garantía de que alguien procede de Dios. La implicación de este argumento era que la señal que Jesús había realizado tenía que ser evaluada cuidadosamente. Jesús mismo vio las señales que realizaba como únicas en naturaleza: Habló de haber «hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho» (15.24). No sólo eran Sus milagros únicos, también se realizaban con un propósito distintivo: «para que las obras de Dios se manifiesten» (9.3). Por lo tanto, los fariseos estaban divididos entre ellos. Aparentemente, durante el resto de la narración, no se oyó nada más de quienes presentaron el segundo argumento. Aquellos que creían que

¹⁶ F. F. Bruce, *The Gospel of John (El Evangelio de Juan)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1983), 211.

¹⁷ C. K. Barrett, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)*, 2ª ed. (Philadelphia: Westminster Press, 1978), 359–60.

¹⁸ Mishná *Shabbath*, Unbeset 18.3; *Yoma* 8.6.

¹⁹ Mishná *Shabbath*, Unbeset 7.2.

²⁰ Talmud *Abodah Zarah* 28b.

Jesús había quebrantado el día de reposo dominaron el debate.

Versículo 17. Es algo sorprendente que los fariseos le preguntaran al hombre que nació ciego: **¿Qué dices tú del que te abrió los ojos?** Este hombre no era un experto en la Ley o la religión. Sin embargo, los fariseos estaban divididos entre sí y necesitaban escuchar más. Parecía que los ojos del hombre habían sido abiertos, sin embargo, no lo admitieron como un hecho (vea 9.18). La opinión del hombre era digna de mención. Ellos preguntaron, en otras palabras, «Puesto que *tú* eres a quien Él abrió los ojos, ¿qué dices *tú*?». El hombre respondió con convicción, diciendo: **Que es profeta.** No dijo que Jesús era «el profeta», como dijeron aquellos que habían sido alimentados con los panes y los peces (6.14); sino que lo identificó como un «profeta», como confesó la mujer samaritana (4.19). F. F. Bruce hizo la observación: «El hombre que había recibido su vista podría haber pensado de esta obra de sanidad como la que colocaba a Jesús en sucesión de Elías y Eliseo».²¹ Lo que un profeta había hecho por la lepra de Naamán, Jesús había hecho por la ceguera de este hombre. La afirmación del hombre elevaba a Jesús a una posición muy alta y fue lo opuesto a la opinión de los fariseos que dijeron: «Este hombre no procede de Dios» (9.16).

Los eruditos han notado que el hombre nacido ciego mostró una progresión en su estimación de Jesús. En 9.11, lo vio como «Aquel hombre que se llama Jesús», mientras que aquí lo veía como «profeta». Eventualmente le llegaría a ver como alguien que «viniera de Dios» (9.33), y finalmente como «el Hijo de Dios» (9.35–38). D. A. Carson escribió: «Está comenzando a ver aún más claramente, mientras que los ojos de sus jueces están comenzando a nublarse con una niebla teológica cegadora».²²

Interrogatorio a los padres del hombre (9.18–23)

¹⁸Pero los judíos no creían que él había sido ciego, y que había recibido la vista, hasta que llamaron a los padres del que había recibido la vista, ¹⁹y les preguntaron, diciendo: ¿Es éste vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora? ²⁰Sus padres respondieron y les dijeron: Sabemos que éste es

nuestro hijo, y que nació ciego; ²¹pero cómo vea ahora, no lo sabemos; o quién le haya abierto los ojos, nosotros tampoco lo sabemos; edad tiene, preguntadle a él; él hablará por sí mismo. ²²Esto dijeron sus padres, porque tenían miedo de los judíos, por cuanto los judíos ya habían acordado que si alguno confesase que Jesús era el Mesías, fuera expulsado de la sinagoga. ²³Por eso dijeron sus padres: Edad tiene, preguntadle a él.

Versículos 18, 19. Sin creer que el hombre sanado **había sido ciego, y que había recibido la vista**, los interrogadores **llamaron a los padres del que había recibido la vista**. A los fariseos mencionados en 9.13, 15 y 16 ahora se les conoce como **los judíos**. En vista de que los judíos no podían aceptar que se había realizado un milagro en día de reposo, sospechaban en cuanto a que se había dado un milagro. Tal vez sospecharon de algún tipo de confabulación por parte de Jesús y el hombre nacido ciego. Pensaban que los vecinos y conocidos del hombre podrían haberse equivocado con respecto a su identidad, y el hombre mismo no podía testificar que había nacido sin poder ver. Con la esperanza de llegar a una unanimidad entre ellos y construir un caso sólido contra Jesús, convocaron a los padres para nuevamente repasar el caso.

Los judíos tenían dos preguntas distintas para los padres: **¿Es éste vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora?** En 9.17, parece que los fariseos habían aceptado que los ojos del hombre habían sido abiertos, sin embargo, la pregunta aquí indica que estos judíos no creían lo que había dicho acerca de ser ciego y recibir su vista. Guy N. Woods indicó la verdadera naturaleza de los judíos:

La facilidad con la que estos hombres cambiaron de terreno y se retractaron de haber admitido anteriormente el *hecho* de la sanidad evidencia su hipocresía e insinceridad. No estaban interesados en la verdad; sus planes era descubrir alguna forma de poner trampa a Jesús.²³

Versículos 20, 21. Mientras su hijo estuvo resuelto al confrontar a los fariseos en el debate, los **padres** se sintieron intimidados por la investigación de los judíos. Tenían «miedo» de ellos (9.22). En cu-

²¹ Bruce, 214.

²² Carson, 368.

²³ Guy N. Woods, *A Commentary on the Gospel According to John (Un comentario sobre el Evangelio según Juan)*, New Testament Commentaries (Nashville: Gospel Advocate Co., 1981), 191.

anto a la primera pregunta de los judíos, admitieron que era el **hijo** de ellos y confirmaron que **nació ciego**. Podían dar esta respuesta con confianza y mantenerse a salvo de cualquier repercusión de las autoridades religiosas. En cuanto a la segunda pregunta acerca de cómo su hijo ahora podía ver o por el poder de quién podía ver ahora, alegaron ignorancia, diciendo: **no lo sabemos**. Continuaron diciendo: **edad tiene, preguntadle a él; él hablará por sí mismo**. El énfasis está en los pronombres «a él» (αὐτόν, *auton*) y «él» (αὐτός, *autos*). Si bien haber alegado ignorancia parecía ser una respuesta razonable, en vista de que probablemente no estuvieron presentes cuando Jesús realizó el milagro, la actitud evasiva de ellos indicaba un deseo de pasarle la responsabilidad a su hijo y una falta de voluntad para involucrarse en todo el asunto. La expresión «edad tiene» equivale probablemente a «él es lo suficientemente mayor como para dar testimonio competente en la corte».²⁴

La respuesta de los padres no pudo haber complacido a los judíos; porque si hubieran negado que él era su hijo o hubieran dicho que no había nacido ciego, los judíos habrían tenido un caso sólido contra Jesús. Podrían haber acusado inmediatamente a Jesús y al hombre de confabulación. Así las cosas, los padres afirmaron que su hijo nació ciego, y como era evidente que ahora podía ver, era difícil no llegar a la conclusión de que se había realizado un milagro.

Versículos 22, 23. Los **padres** fueron evasivos en contestar la segunda pregunta de los judíos porque **tenían miedo de los judíos**. El temor a los judíos, las autoridades religiosas que eran hostiles a Jesús, ya ha sido expuesto en este Evangelio (vea 7.13). Beasley–Murray probablemente tenía razón al decir:

El temor de los padres a «los judíos» (¡siendo ellos mismos judíos!) habría sido infundado si hubieran visto a Jesús como un mero milagrero, sin la autorización de Dios. Sin embargo, era su hijo quien había sido sanado, y hemos de asumir que estaban asombrados por lo que le había sucedido y que estaban dispuestos a reconocer con él que Jesús era un profeta, sin embargo, tenían miedo de las consecuencias.²⁵

Los principales judíos ya habían acordado

²⁴ Bruce, 215. Bruce aseveró: «Para ser admisible como testigo en la corte debía tener al menos trece años de edad; este hombre era sin duda mayor que eso».

²⁵ Beasley-Murray, 157.

castigar a **alguno** que **confesase que Jesús era el Mesías**. Incluso ya en 1.41, vemos que algunos discípulos tenían la idea de que Jesús era el Mesías. Con la expectativa generalizada de la venida del Mesías, no debería sorprendernos que algunos reconocieran esta verdad. La consecuencia de hacerlo, sin embargo, era ser **expulsado de la sinagoga**. La palabra para «expulsado de la sinagoga», ἀποσυνάγωγος (*aposunagōgos*) se encuentra en otra parte de las Escrituras griegas sólo en Juan 12.42 y 16.2.

La práctica de la excomunión se remonta a Esdras 10.8. Las referencias a ser «excluidos» de entre el pueblo son frecuentes en la Ley (vea Ex 31.14). Sin embargo, se desconoce la naturaleza y el procedimiento exactos de excomunión en el momento de la investigación de los judíos. Según Raymond E. Brown, la ley judía posterior parece reconocer tres categorías de exclusión: una semana, un mes y el destierro permanente.²⁶ No se justifica leer nuevamente en el relato bajo consideración cualquier normativa posterior con respecto a la sinagoga, sin embargo, no quiere decir que no se estuviera aplicando alguna regla en estos días.²⁷

Ser expulsado de la sinagoga era devastador para los judíos del siglo primero. Ser expulsado quería decir ser aislado de todas las asociaciones sociales, económicas y religiosas. Woods dijo lo siguiente al respecto: «Ser “expulsados de la sinagoga”, era que se le privara del privilegio de adoración, se le excluyera de la comunión de la congregación y se le considerara como un pagano».²⁸

Lo anterior habría sido aún más devastador para los **padres** cuyo hijo se había visto obligado a mendigar para sobrevivir. La narración pinta un cuadro de padres que, aunque no dieron ninguna información a los judíos que les ayudara a construir un caso contra Jesús, conocían la verdad sobre su hijo pero no tenían el valor de dar un paso adelante en su defensa. Intentaron cambiar el enfoque de sí mismos diciendo: **Edad tiene, preguntadle a él**. Podrían haber razonado que, como no estuvieron presentes cuando se realizó el milagro, no podían proporcionarles ningún detalle a las autoridades judías. Sin embargo, su curso de acción no puede

²⁶ Brown, 374.

²⁷ Para un análisis de la excomunión de una sinagoga, vea Carson, 369–72. Carson respondió a la acusación que la excomunión para los creyentes judíos en Cristo fue una práctica introducida mucho más tarde, haciendo de 9.22, 23 una referencia anacrónica.

²⁸ Woods, 193.

justificarse. Eludieron su responsabilidad parental y su obligación moral de defender la verdad.

Segundo interrogatorio al hombre sanado (9.24–34)

²⁴Entonces volvieron a llamar al hombre que había sido ciego, y le dijeron: **Da gloria a Dios; nosotros sabemos que ese hombre es pecador.** ²⁵Entonces él respondió y dijo: **Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo.** ²⁶Le volvieron a decir: **¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?** ²⁷El les respondió: **Ya os lo he dicho, y no habéis querido oír; ¿por qué lo queréis oír otra vez? ¿Queréis también vosotros haceros sus discípulos?** ²⁸Y le injuriaron, y dijeron: **Tú eres su discípulo; pero nosotros, discípulos de Moisés somos.** ²⁹Nosotros sabemos que Dios ha hablado a Moisés; pero respecto a ése, no sabemos de dónde sea. ³⁰Respondió el hombre, y les dijo: **Pues esto es lo maravilloso, que vosotros no sepáis de dónde sea, y a mí me abrió los ojos.** ³¹Y sabemos que Dios no oye a los pecadores; pero si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a ése oye. ³²Desde el principio no se ha oído decir que alguno abriese los ojos a uno que nació ciego. ³³Si éste no viniera de Dios, nada podría hacer. ³⁴Respondieron y le dijeron: **Tú naciste del todo en pecado, ¿y nos enseñas a nosotros? Y le expulsaron.**

Versículos 24, 25. El hombre había nacido ciego y ahora podía ver: Los judíos no podían debatir estos hechos. Además, en vista de que Jesús era el responsable de hacerle ver (9.6, 7), sabían que tenía que haber sido facultado por Dios para llevar a cabo tal hazaña. Para el hombre que nació ciego, era una evidencia insuperable de que Jesús era un profeta (9.17). Los judíos no podían aceptar esta conclusión; porque, a sus ojos, Jesús era un pecador que había quebrantado una ley del día de reposo. Creyendo que algo había escapado a su investigación, **volvieron a** interrogar al hombre y le advirtieron, diciendo: **Da gloria a Dios.** No decían darle a Dios la gloria y no a Jesús, porque habría sido un reconocimiento implícito por parte de ellos de que había tenido lugar un milagro. Por el contrario, decían que estaba mintiendo y confabulando con Jesús. «Da gloria a Dios» debe entenderse en el sentido de Josué 7.19, como una exhortación a «declarar» la verdad.

La única verdad que los habría satisfecho

era que Jesús era un pecador. La súplica de ellos indicaba que los judíos no creían que el hombre antes ciego había sido totalmente franco, sino que tenía que estar ocultando algo que demostraría que Jesús era un pecador. Dijeron: **nosotros sabemos que ese hombre es pecador.** La palabra «nosotros» (ἡμεῖς, *hēmeis*) es enfática y transmite el siguiente significado: «Somos los líderes religiosos y sabemos que Él es un pecador». Su convicción era que este hombre y todos los demás debían reconocer la posición que ocupaban y seguir el ejemplo de ellos.

La respuesta del hombre podría verse en dos partes. Primero, dijo: **Si es pecador, no lo sé.** En esta respuesta, indicó que no estaba interesado en el debate teórico o teológico en cuanto a si Jesús era o no pecador. Dejaría eso en manos de las autoridades religiosas que alegaban experiencia en ese campo. En segundo lugar, afirmó: **una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo.** Si bien no estaba dispuesto a especular con respecto al carácter de Jesús, se aferró obstinadamente a su propia experiencia: *era ciego, sin embargo, ahora podía ver.* Los padres ya habían corroborado el testimonio de la primera parte de su declaración. Los judíos podían ver por sí mismos la veracidad de la segunda parte. Se podría haber esperado que aceptaran la conclusión obvia: Jesús no era un pecador; era alguien facultado por Dios. La declaración del hombre nacido ciego es una expresión clásica con implicaciones espirituales (reflejada en el conocido himno «Divina Gracia»²⁹). Describe la experiencia de muchos en sus propios viajes espirituales: «una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo».

Versículos 26, 27. Los fariseos no habían sido capaces de presentar un caso sustancial contra Jesús con sus interrogatorios del hombre nacido ciego, de sus padres, y luego del hombre por segunda vez. Sin saber qué hacer (debido a su ceguera a la verdad), comenzaron a repetir sus preguntas con la esperanza de encontrar alguna incoherencia en el testimonio del hombre. Le preguntaron nuevamente: **¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?** A estas alturas, el hombre se dio cuenta de que sus interrogadores no estaban interesados en la verdad tanto como en su propia agenda egoísta. Sin vacilación y con obstinación, les **dijo que ya** había respondido a sus preguntas (vea 9.15, 17, 25). No

²⁹ John Newton, «Divina Gracia», *Songs of Faith and Praise (Cantos de fe y esperanza)*, comp. y ed. Alton H. Howard (West Monroe, La.: Howard Publishing Co., 1994).

es de extrañar que el hombre se volviera irritable y frustrado, especialmente porque detectó los motivos impuros de los fariseos. Preguntó: **¿por qué lo queréis oír otra vez?** No tan tímido como sus padres, añadió con sarcasmo: **¿Queréis también vosotros haceros sus discípulos?** La pregunta definitivamente esperaba una respuesta negativa; el hombre sabía muy bien que estas autoridades religiosas no tenían ningún interés en hacerse discípulos de Jesús; sin embargo, se había cansado de sus preguntas y se burló de ellas. El hecho de que dijo «también» sugiere que ahora se incluía como discípulo de Jesús.

Versículos 28, 29. Aparentemente, los fariseos percibieron que el hombre que nació ciego adivinó la intención de sus esfuerzos por armar un caso contra Jesús. Por lo tanto, le pusieron fin al interrogatorio y comenzaron a abusar verbalmente de él (vea 1ª P 2.23). Con ira y desprecio por el hombre, dijeron: **Tú eres su discípulo; pero nosotros, discípulos de Moisés somos.** Juan mostró la ironía en la declaración de ellos; porque el hombre ya era, en cierto sentido, discípulo de Jesús, aunque su fe todavía estaba desarrollándose. Los fariseos se ofendieron porque el hombre incluso sugeriría que ellos podrían querer hacerse discípulos de Jesús. En lo que a ellos respecta, un mendigo inculto podría desear unirse a un don nadie como Jesús, pero ellos estaban orgullosos de ser discípulos de Moisés (vea Mt 23.2). «La creencia era que la tradición de la ley oral transmitida en las escuelas rabínicas provenía de Moisés, quien (ellos creían) la había recibido en el Sinaí junto con la ley escrita».³⁰

Ellos arrogantemente dijeron: **Nosotros sabemos que Dios ha hablado a Moisés.** El término «nosotros» (ἡμεῖς, *hēmeis*) es enfático, y «ha hablado» (λελάληκεν, *lalahēken*) está en tiempo perfecto, declarando que las palabras de Dios a Moisés seguían vigentes. Era indiscutible que Dios le había hablado a Moisés (Ex 33.11; Nm 12.8). Además, dijeron: **pero respecto a ése, no sabemos de dónde sea.** Su referencia a Jesús como «ése» reflejaba el desprecio que le tenían. Para los fariseos, el tema en cuestión era el de la autoridad. Sabían que Dios le había hablado a Moisés y que Moisés, como Su profeta, había recibido autoridad divina. Por otro lado, no sabían nada de las credenciales de Jesús. Alegar no saber nada no debe entenderse como una

³⁰ Bruce, 217–18. Según Mishná *Abot* 1.1, «Moisés recibió la Ley [es decir, la ley oral] del Sinaí y la entregó a Josué, y Josué a los ancianos, y los ancianos a los Profetas; y los Profetas la encargaron a los hombres de la Gran Sinagoga».

contradicción de 7.27, aunque formalmente parece así. William Hendriksen capturó la idea cuando escribió: «Lo que quieren decir es: “No sabemos de qué fuente *él*, diferente de Moisés, deriva su autoridad”».³¹ Jesús había aseverado innumerables veces de dónde obtenía Su autoridad; sin embargo, los judíos, en su dureza de corazón, rechazaron Su enseñanza. Si realmente hubieran sido discípulos de Moisés, habrían entendido que Moisés escribió de Jesús (5.39, 40) y que sus propias palabras los acusaban de no creerles a sus profecías (5.45, 46).

Versículos 30–33. Aunque presumiblemente era una persona sin educación, el **hombre** sanado se convirtió en el maestro en este escenario y presentó un argumento propio. Abordó un enfoque sensato y dijo con sarcasmo mordaz que **lo maravilloso** no era su *creencia* en Jesús como profeta, sino la *incredulidad* de los fariseos. ¿Cómo es que **no [sabían] de dónde** era Jesús ante la evidencia de que **abrió [los] ojos** del hombre (9.30)? El pronombre **vosotros** (ὁμοῖς, *humeis*) es enfático y contrasta con «nosotros» del versículo anterior. Estos expertos religiosos —aquellos a quienes otros buscaban para respuestas en asuntos religiosos— no podían determinar, con la evidencia de la realización de un milagro por parte de Jesús, de dónde era Él. Este hombre estaba señalando: «*Vosotros*, primero que nadie, deberían saber que Alguien capaz de realizar un milagro como abrir los ojos de una persona tiene que proceder de Dios».

El razonamiento del hombre sanado fue presentado cuidadosamente, en tres propuestas sucesivas. La primera propuesta consta de dos partes, que se afirma en negativo y luego en positivo, a saber: **Y sabemos que Dios no oye a los pecadores; pero si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a ése oye** (9.31).³² El hombre sanado comenzó con «Y sabemos», coincidiendo con la afirmación de los fariseos en 9.29. Algunos han alegado que 9.31 «no tiene relación con la cuestión de si Dios escucha y responde a las oraciones de pecadores extraños».³³ Esto es aseverado porque el hombre que pronunció las palabras no era inspirado; sus palabras fueron pronunciadas a los judíos que no eran pecadores extraños en ese momento. Si bien

³¹ William Hendriksen, *Exposition of the Gospel According to John (Exposición del Evangelio según Juan)*, 2 vols. en uno, New Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1953), 2:90.

³² El primer argumento del hombre puede ser comparado con el segundo argumento de los fariseos en 9.16.

³³ Woods, 197.

este hombre no estaba inspirado, estaba pronunciando una verdad inspirada; porque el «vínculo entre la justicia de una persona y la capacidad de respuesta de Dios a su oración»³⁴ está bien establecido en las Escrituras:

Los ojos de Jehová están sobre los justos,
Y atentos sus oídos al clamor de ellos.
La ira de Jehová contra los que hacen mal
(Sal 34.15, 16; vea 1ª P 3.12).

Si en mi corazón hubiese yo mirado a la in-
iquidad,
El Señor no me habría escuchado (Sal 66.18).

Cumplirá el deseo de los que le temen;
Oírás asimismo el clamor de ellos, y los salvará
(Sal 145.19).

Jehová está lejos de los impíos;
Pero él oye la oración de los justos (Pr 15.29).

Aquellos que buscan a Dios y están andando en la luz que ahora tienen pueden orar a Dios y ser escuchados (como en el caso de Cornelio; Hch 10.1–4). Sin embargo, aquel cuya vida lleva en rebeldía y pecado contra Dios no será escuchado. Los judíos no desafiaron la propuesta del hombre en cuanto a que Dios no escucha a los pecadores; ambos grupos en 9.16 la habrían aceptado.

En su segunda propuesta, el hombre sanado declaró: **Desde el principio no se ha oído decir que alguno abriese los ojos a uno que nació ciego** (9.32). La sanidad de los ciegos no era común en el Antiguo Testamento y estaba relacionada con circunstancias notables. Un ejemplo es la ocasión en que Dios, por medio del profeta Eliseo, hirió a los arameos (sirios) con ceguera y luego los sanó (vea 2º R 6.15–23). No obstante, nunca se había registrado que una persona con ceguera congénita hubiera sido sanada. Al igual que con la premisa principal del hombre en cuanto a que Dios no escucha a los pecadores, los judíos habrían vuelto a estar de acuerdo en este punto.

Finalmente, el hombre expuso su conclusión, que es la tercera propuesta: **Si éste no viniera de Dios, nada podría hacer** (9.33). Fue la misma conclusión a la que llegaron los interrogadores de mentalidad más abierta en 9.16. El hombre sanado, a pesar de ser un mendigo sin educación, se aferró firmemente a los hechos de su caso. Los fariseos

sufrieron una humillante derrota. La fe del hombre ciego había evolucionado; le había transformado de no saber si Jesús era un pecador (9.25) a afirmar que Jesús tenía que venir de Dios (9.33).

Versículo 34. A los fariseos les era imposible refutar de manera razonable el argumento del hombre, por lo que verbalmente abusaron de él, como antes (vea 9.28). Dijeron: **Tú naciste del todo en pecado, ¿y nos enseñas a nosotros?** En cuanto a la redacción del texto griego, Westcott escribió: «La orden es muy significativa: “Tú naciste del todo en pecado”». ³⁵ La frase «en pecado» (ἐν ἁμαρτίαις, *en hamartiais*) se encuentra en una posición enfática. Los judíos decían que el hombre, junto con Jesús, estaba «del todo en pecado». Andreas J. Köstenberger comentó sobre «la yuxtaposición de “Tú” y “nosotros”»: “Tú —naciste del todo *en pecado*, ¿y nos enseñas a *nosotros*?”». ³⁶ Los judíos acusaron al hombre sanado de haber nacido del todo en pecado, suponiendo que su ceguera era el castigo por su pecado (vea 9.2). La respuesta de ellos admitió lo que habían cuestionado anteriormente (9.18, 19), a saber: que el hombre nació ciego, aunque ahora podía ver. De esta manera, confesaron de manera inadvertida que el hombre *nació* ciego después de todo y, además, que Jesús *sí* le abrió sus ojos. Con desprecio, **le expulsaron**. Fue expulsado de la presencia de ellos en ese momento. Se debate si esto suponía o no una excomunión formal. Se dice, basado en el contexto, que fue cortado de la membresía de la sinagoga, como sus padres habían temido para sí mismos (9.22).

LA CONFESION DE FE DEL HOMBRE SANADO (9.35–38)

³⁵Oyó Jesús que le habían expulsado; y hal-
lándole, le dijo: ¿Crees tú en el Hijo de Dios?
³⁶Respondió él y dijo: ¿Quién es, Señor, para que
crea en él? ³⁷Le dijo Jesús: Pues le has visto, y el
que habla contigo, él es. ³⁸Y él dijo: Creo, Señor;
y le adoró.

Versículos 35, 36. Al escuchar que el hombre sanado había sido expulsado, **Jesús** —como cuando lo sanó— tomó la iniciativa y le encontró. Habiendo sido ciego, el hombre sanado nunca había visto a Jesús; no había estado con Él desde su regreso del estanque de Siloé. La acción de Jesús fue lo opuesto

³⁴ Andreas J. Köstenberger, *John (Juan)*, Baker Exegetical Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Baker Academic, 2004), 292.

³⁵ Westcott, 149.

³⁶ Köstenberger, 293.

al comportamiento de los fariseos. Expulsaron al hombre, sin embargo, Jesús era como un buen pastor para él. Encontró al hombre y le preguntó: **¿Crees tú en el Hijo de Dios?** Anteriormente, Jesús había llamado a las personas a seguirle, sin embargo, ahora se presentó como el objeto de la fe. «Los ciegos que reconocen su ceguera son iluminados: los que ven y están satisfechos con su vista (*nosotros sabemos*) han demostrado ser ciegos».³⁷

El término «tú» (σὺ, *su*) es enfático, dando a 9.35 el siguiente significado: «Tú, tú que naciste ciego, tú que rogaste todos tus días, tú que con obstinada determinación resististe a la mala intención de los fariseos, tú que mantuviste la confianza inquebrantable en Aquel que te sanó, ¿crees en el Hijo del Dios?». Algunos textos consignan «Hijo del Hombre», interpretación que cuenta con un fuerte apoyo de los textos. Lo anterior se encuentra en los manuscritos griegos más antiguos, incluyendo P⁶⁶ y P⁷⁵.³⁸ Independientemente de que se acepte lo primero o lo segundo, el significado es la fe en Jesús. «Hijo del Hombre» fue utilizado por primera vez por Jesús en el sentido de ser Él el vínculo entre el cielo y la tierra en 1.51 (vea comentarios sobre 3.13). Jesús vino a revelar al hombre la persona de Dios; fue la revelación última de Dios (vea 1.18). «Hijo del Hombre», tal como lo usó Juan aquí, hace hincapié en el papel de juez que el Padre le ha dado al Hijo (9.39–41; vea 5.27).

El hombre sanado no podía responder a la pregunta de Jesús porque no sabía quién era el Hijo del Hombre. Ansioso por saber, respondió: **¿Quién es, Señor, para que crea en él?** La palabra griega κύριε (*kurie*) se traduce como «Señor» aquí, como es lo usual; sin embargo, en vista de que el hombre nacido ciego no sabía quién era Jesús, sería mejor consignarlo como «señor» (como en la NIV) en esta ocasión (vea 4.11, 15, 19). Cuando Jesús se dio a conocer, el hombre sanado le reconoció como «Señor» (9.38). Parece evidente que el hombre deseaba mucho creer en Jesús; había adivinado la intención de los fariseos y había abandonado la religión que ellos representaban.

Versículos 37, 38. Jesús se identificó diciendo: **Pues le has visto, y el que habla contigo, él es.** Las palabras de Jesús en esta última cláusula son muy similares a las palabras que le expresó a la mujer samaritana: «Yo soy, el que habla contigo»

³⁷ Westcott, 149.

³⁸ Bruce M. Metzger, *A Textual Commentary on the Greek New Testament (Comentario textual sobre el Nuevo Testamento griego)*, 2ª ed. (Stuttgart: German Bible Society, 1994), 194.

(4.26). La declaración tiene que haber tenido un significado especial para el hombre sanado; para la primera vez que vio a Jesús, lo estaba conociendo como el Hijo del Hombre. Sobre la revelación de Jesús, la respuesta inmediata del hombre fue **Creo, Señor**; y aquí la palabra «Señor» transmite la idea de «Amo» en su sentido más pleno, lo que es evidente porque **le adoró**. Su confesión nos recuerda las palabras de la mujer samaritana que, al oír a Jesús identificándose a Sí mismo, corrió a la aldea proclamando el hecho de haber encontrado al Mesías (4.28, 29). Este hombre «adoró» a Jesús; el término προσκυνέω (*proskuneō*) quiere decir «hacer reverencia» o «postrarse delante de». Era la respuesta normal a una teofanía, es decir, una aparición de Dios (vea Gn 17.3; Ez 1.28; Lc 5.8; Ap 1.17). Si bien el acto de postrarse delante de Jesús se ve con frecuencia en los Evangelios Sinópticos, este constituye la única vez que se utiliza *proskuneō* para éste acto en Juan. Sin embargo, el mismo verbo se encuentra varias veces en 4.20–24 concerniente a la adoración de Dios (vea 12.20).

En ese momento, la fe del hombre sanado estaba completamente desarrollada. Originalmente, había visto a Jesús como «hombre» (9.11), luego como «profeta» (9.17), luego como alguien «[viniendo] de Dios» (9.33), y por fin como el «Hijo del Hombre» a quien dio reverencia como se le daría a Dios mismo. Es un ejemplo de alguien con un corazón bueno y honesto; estaba dispuesto a aprender de Jesús y, al descubrir quién era Él, a reconocerle como Señor.

JESÚS CONDENA A LOS FARISEOS (9.39–41)

³⁹Dijo Jesús: Para juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados. ⁴⁰Entonces algunos de los fariseos que estaban con él, al oír esto, le dijeron: ¿Acaso nosotros somos también ciegos? ⁴¹Jesús les respondió: Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; mas ahora, porque decís: Vemos, vuestro pecado permanece.

Versículo 39. Si bien la conversación entre Jesús y el ciego (9.35–38) fue aparentemente privada, tuvo que haber sido en un ambiente público; porque algunos de los fariseos lograron escucharlos (9.40). En esta sección, **Jesús** presentó la lección que debía extraerse de la sanidad del hombre que nació ciego (9.1–38). Esta sanidad constituía un símbolo

de que Jesús daba visión espiritual a aquellos que reconocen su ceguera espiritual.

Al principio, podría parecer que hay una contradicción entre la cláusula **Para juicio he venido yo a este mundo** y pasajes que indican que Jesús no vino a juzgar al mundo (3.17; 12.47). Sin embargo, no hay una contradicción real. Sí, Jesús vino al mundo para salvar y no para ejecutar juicio. Aun así, Su venida al mundo representaba un juicio, porque algunos le recibirían y otros le rechazarían (vea comentarios sobre 3.17; 8.14–16). Jesús dijo: «El que no es conmigo, contra mí es» (Mt 12.30). Las personas se dividen de acuerdo a cómo le responden a Él. El que le rechaza y está en contra de Él «ya ha sido condenado [“juzgado”; NASB]» (3.18), y no es porque Jesús mismo le haya juzgado, sino porque se ha juzgado a sí mismo. El juicio no era el propósito de la venida de Jesús, sin embargo, era un resultado inevitable de Su venida.

Jesús vino **para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados**. Este lenguaje es similar a Isaías 6.9, 10 y 42.18, 19. Jesús pronunció la misma idea en otra parte (Mt 13.14, 15; Mr 4.12; Lc 8.10) e igual Pablo (Hch 28.26, 27). Jesús vino no sólo a dar visión física a los ciegos (Is 61.1; citado por Jesús en Lc 4.18), sino también a dar vista espiritual a los que vivían en tinieblas. La expresión «los que no ven» se refiere a aquellos en tinieblas espirituales que están conscientes de su condición. Gracias a la venida de «la luz» al mundo, muchos en tinieblas espirituales han sido iluminados. En contraste, «los que ven» tiene que entenderse como los que «creen» que «ven» espiritualmente, sin embargo, son realmente ciegos; rechazan la venida de «la luz» y son mostrados como lo que realmente son: ciegos.

Versículos 40, 41. Algunos de los fariseos cercanos escucharon lo que Jesús dijo. Puesto que habían rechazado las enseñanzas de Jesús y por lo tanto rechazaron a Jesús mismo, sospechaban que se refería a ellos como ciegos. Con desprecio, preguntaron: **¿Acaso nosotros somos también ciegos?** Su pregunta es introducida por la partícula μή (*mē*), indicando que esperaban una respuesta negativa. El uso del enfático «nosotros» (ἡμεῖς, *hēmeis*) transmite su sorpresa ante la idea de que a ellos mismos, más que a nadie, se les llamara «ciegos». Era obvio que los fariseos entendían que Jesús hablaba de ceguera espiritual. El significado de su pregunta es el siguiente: «¿Es tu intención ponernos a nosotros, los reconocidos maestros religiosos de toda la nación, en la misma categoría que aquellos que ni siquiera conocen la Ley?» (vea

7.49). Una idea así era increíble para ellos.

Los fariseos pensaban que poseían introspección espiritual, sin embargo, eran ciegos a su verdadera condición espiritual. Sin duda, esperaban que Jesús respondiera a su pregunta diciendo: «Sí, a pesar de ser autoridades religiosas, son ciegos» (vea Mt 15.14; 23.16, 26). Jesús, en 9.39, había mencionado dos grupos: 1) los que eran ciegos aunque podían ver, y 2) aquellos que pensaban que podían ver pero se hacían ciegos al rechazarle. Lamentablemente, los fariseos que creían poseer un entendimiento espiritual, estaban ciegos a su verdadera condición espiritual. **Jesús les respondió: Si fuerais ciegos [en el sentido de aquellos que saben que están en una condición perdida y desean conocer la verdad], no tendríais pecado; mas ahora, porque decís: Vemos, vuestro pecado permanece.** Su afirmación «Vemos» constituía su impedimento para aceptar a Jesús como el Mesías. Si bien vivían en tinieblas, alegaban tener entendimiento espiritual. Al afirmar conocer la Ley, se engañaban a sí mismos. Su arrogancia espiritual les prohibía aprovecharse de «la luz» que había venido a salvarles. En lugar de tener los ojos abiertos aceptando «la luz», que les habría rescatado de su desesperada situación, rechazaron la única cura disponible para ellos. Como resultado, Jesús dijo: «vuestro pecado permanece». Este pronunciamiento final es temible, aludiendo a las consecuencias eternas que les espera a aquellos que rechazan deliberadamente la verdad (vea He 6.4–6; 10.26–31).

APLICACIÓN

**«... habiendo yo sido ciego, ahora veo»
(Cap. 9)**

En Juan 9, un hombre nacido ciego pudo ver. Más importante, este hombre vino a ver una verdad espiritual. Llegó a tener fe en Jesús. En este relato, somos impactados por el maravilloso milagro, o señal, que realizó Jesús. Nuestro desafío también es preguntarnos: «¿Permaneceré ciego o permitiré que Jesús me haga ver?». Echemos un vistazo al relato del hombre y luego pensemos en nuestro propio relato.

1. *El relato del ciego.* El relato del ciego está precedido por una conversación entre Jesús y Sus discípulos en 9.1–5. Después de haber salido del templo (para evitar ser apedreados), Jesús estaba caminando con Sus discípulos y pasaron cerca de un ciego (9.1).

Los discípulos se preguntaron qué había causado la ceguera del hombre. No le preguntaron a Jesús: «¿Fue la ceguera de este hombre causada por el pecado?». Asumieron que era la causa. Los judíos creían que toda desgracia era resultado del pecado. En el caso de un hombre ciego, la única pregunta era: «¿Quién pecó?». Parecía poco probable que el niño pudiera haber traído la ceguera sobre sí mismo, ya que nació de esa manera. Sin embargo, alguien tenía que haber pecado. ¿Habían pecado los padres, o era posible que, de alguna manera, el feto hubiera pecado en el vientre de su madre antes de nacer? Es la pregunta planteada a Jesús: «Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?» (9.2).

La memorable respuesta de Jesús fue «¡Ninguno!». ¡Ni los padres ni el bebé habían pecado! Su respuesta debía haber puesto fin para siempre a la tesis de que toda desgracia es consecuencia del pecado de algún individuo.³⁹ Cuando algo malo nos sucede, puede que nos preguntemos: «¿Qué hice mal para merecer sufrir de esta manera?». Es necesario que recordemos que el infortunio, la enfermedad y el sufrimiento no son necesariamente el resultado de los pecados de una persona.

Jesús continuó diciendo que este hombre había nacido ciego para que «las obras de Dios se manifiesten en él» (9.3). El hombre había nacido ciego para que Jesús le permitiera ver, dando como resultado que Dios fuera glorificado. Había venido al mundo para llevar a cabo tales obras. Al realizar Sus maravillosas obras —Sus milagros o «señales»— demostró que era «la luz del mundo» (9.4, 5; vea 8.12).

La sanidad. Juan relató cómo Jesús sanó al hombre que había nacido ciego. Escupió en el suelo, hizo lodo con la saliva, puso el lodo en los ojos del hombre y luego le dijo que fuera a lavarse en el estanque de Siloé. Hizo lo que Jesús le dijo que hiciera, y fue sanado, «y regresó viendo» (9.6, 7).

Juan no dijo nada sobre la reacción del ciego ante su capacidad de ver, sin embargo, podemos imaginar algo de sus sentimientos. ¿Cómo sería haber vivido en tinieblas todos esos años y de repente poder ver la luz? ¡El hombre tuvo que haberse sorprendido al ver el sol, la hierba, las flores, los árboles, el templo y el pueblo! Se le había abierto

³⁹ Los judíos debían haberlo sabido bien, en vista de que habían de estar familiarizados con las enseñanzas del Antiguo Testamento. El Libro de Job enseña claramente que un hombre inocente podría sufrir sin haber hecho nada para merecer ese sufrimiento.

un mundo completamente nuevo, ¡un mundo de visión! ¡Había estado ciego, pero ahora podía ver!

Reacciones ante la sanidad. La mayor parte del resto del capítulo consisten en la narración de Juan acerca de las reacciones de otros ante la restauración de la vista del hombre (9.8–34).

La reacción de los vecinos del hombre. La gente alrededor de este hombre no podía al principio creer que había sido sanado. ¿Era este el ciego que había pasado sus días rogando? Cuando el que ya no era ciego afirmó que era el mismo hombre que habían conocido, preguntaron cómo podía ver ahora. Les dijo que Jesús le había hecho poder ver. Cuando preguntaron dónde estaba Jesús, respondió que no lo sabía. La curiosidad de los vecinos hizo que llevaran al hombre a los fariseos para que esas autoridades religiosas pudieran averiguar las respuestas a sus preguntas acerca de este ciego que había sido sanado (9.8–13).

La reacción de los fariseos. Los fariseos investigaron el caso, tratando de averiguar cómo el hombre nacido ciego ahora podía ver. Sin embargo, también se propusieron desacreditar a Jesús, Aquel que le había sanado. Sigamos los cinco segmentos que llevan a la escena.

Primero, el hombre contó los hechos a los fariseos (9.14, 15). Jesús había hecho lodo, se lo había puesto en los ojos y le dijo que fuera a lavarse. Cuando siguió las instrucciones de Jesús, fue sanado. En 9.14, aprendemos que lo anterior había tenido lugar en un día de reposo.

Segundo, los fariseos se dividieron entre sí (9.16; vea 10.19). El relato del hombre colocó a los fariseos en un dilema. ¿Qué podían decir de Jesús? Por un lado, algunos dijeron: Había sanado en un día de reposo —lo que, en su opinión, lo convertiría en un pecador— de modo que no podía ser «de Dios». Por otro lado, dijeron algunos, ningún pecador podría realizar tal acto.

Tercero, los fariseos reexaminaron al hombre (9.17). Para resolver el asunto, los fariseos le preguntaron qué pensaba de Jesús. Dijo que pensaba que Jesús era un profeta. En los días del Antiguo Testamento, los profetas habían enseñado y realizado milagros. Del mismo modo, Jesús enseñó y realizó milagros.

Cuarto, los fariseos interrogaron a los padres del hombre (9.18–23). Surgió una manera de salir del dilema de los fariseos. Tal vez el hombre no había estado ciego en primer lugar. Si no hubiera sido ciego, entonces no tendrían que explicar cómo Jesús podría haberle sanado. Les exigieron a sus

padres que testificaran, preguntándoles si el hombre realmente había nacido ciego y, si así era, cómo entonces podía ver ahora. Los padres dijeron que el hombre era su hijo y que, efectivamente, había nacido ciego. No sabían cómo era posible que ahora pudiera ver. «Edad tiene», dijeron, «preguntadle a él» (9.21). El texto incluye una explicación aclarando que no dijeron que Jesús le había sanado porque sabían que testificar que creían que Jesús era el Cristo los expulsaría de la sinagoga.

Quinto, los fariseos interrogaron nuevamente al hombre (9.24–34). Después de haber escuchado el testimonio de los padres, los fariseos no podían negar que se había producido un milagro. Su único recurso era tratar de probar que Jesús no había realizado el milagro. El asunto era cómo Jesús podía haber hecho tal cosa, cuando, en opinión de los fariseos, era un pecador. Trataron de hacer que el hombre cambiara su relato, diciendo, en otras palabras, «Di la verdad. ¡Dale gloria a Dios! Él es el que te hizo poder ver. Este hombre [Jesús] no podría haberlo hecho porque es un pecador» (vea 9.24). El hombre respondió: «Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que habiendo sido yo ciego, ahora veo» (9.25).

Volvieron a preguntar cómo Jesús había hecho el milagro. El hombre dijo que ya les había dicho, preguntando burlonamente si deseaban saber para hacerse discípulos de Jesús (9.26, 27). Los líderes judíos entonces «le injuriaron» e insistieron en que ellos eran discípulos de Moisés. Dijeron que sabían que Moisés habló por Dios, sin embargo, no sabían de dónde procedía Jesús (9.28, 29).

El hombre respondió de nuevo con sarcasmo, señalando que era extraño que ellos no supieran de dónde era Jesús pese a que sabían que había abierto los ojos del hombre (9.30). Entonces declaró lo que se consideraba una verdad universal: «Y sabemos que Dios no oye a los pecadores; pero si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a ése oye» (9.31). En cuanto al hombre, el hecho de que Jesús haya realizado tal milagro demostraba que era de Dios (9.32, 33). Los fariseos respondieron: «Tú naciste del todo en pecado, ¿y nos enseñas a nosotros?». Luego lo expulsaron de la sinagoga (9.34).

La confrontación de Jesús con el hombre que había sido sanado. En este punto, Jesús vuelve a entrar en el relato (9.35–38). Cuando «Oyó Jesús que lo habían expulsado», buscó al hombre que había nacido ciego. El hombre había demostrado su integridad en su diálogo con los fariseos, y Jesús

lo confrontó con la pregunta suprema: «¿Crees tú en el Hijo del Hombre? [NASB]» (9.35). «Hijo del Hombre» era un título usado para el Mesías divino que los judíos esperaban (vea Dn 7.13). El hombre respondió respetuosamente: «¿Quién es, Señor, para que crea en él?» (9.36). Probablemente, él ya sabía o adivinó la respuesta que recibiría. Jesús respondió, en otras palabras, «Yo soy Él» (vea 9.37). El relato sobre el hombre al que se le había permitido ver concluye con su declaración de fe: «Creo, Señor» y la nota de Juan en cuanto a que «le adoró» (9.38).

El relato no es simplemente sobre un ciego al que se le está permitiendo ver. Se trata de un hombre que llega a tener fe en Cristo. ¡Su confesión de fe y su adoración a Jesús es realmente el tema del relato! Habiendo recibido su vista física, el hombre progresó espiritualmente de creer en Jesús lo suficiente como para hacer lo que dijo; a confesar que Jesús era un profeta; y luego reconocer y confesar fe en Jesús como el «Hijo del Hombre», el Mesías divino, y llamarle «Señor». ¡Logró no sólo la vista física, también la vista espiritual! Ese fue su mayor triunfo, el clímax de su relato. Con contar el relato como lo hizo, Juan desafió a los lectores a preguntarse si estaban listos y dispuestos a recorrer el mismo camino seguido por el hombre nacido ciego.

Epílogo. En los últimos versículos del capítulo, encontramos una especie de epílogo del relato (9.39–41). A partir de esta experiencia, Jesús llegó a una conclusión paradójica. Dijo: «Para juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados» (9.39). Jesús dijo que vino a hacer ver a los ciegos, tal como lo había hecho literalmente por el ciego. Sin embargo, dijo más que eso. Vino «para juicio»; es decir, vino a hacer una distinción, a causar una división entre los hombres. Algunos primero serían ciegos y luego verían; otros, que pensaban que podían ver, serían ciegos sin estar conscientes de su ceguera.

Los fariseos que le oyeron pensaban que estaba hablando de ellos, y Jesús, en efecto, reconoció que tenían razón. Si fueran «ciegos» —si admitían que necesitaban la luz que trajo Jesús— podrían ver quién era Jesús y creer en Él; por lo tanto, «no [tendrían] pecado» (9.41). En cambio, creían que podían «ver». Pensaron en sí mismos como espirituales e iluminados; por lo tanto, no percibieron necesidad de la luz que trajo Jesús. Como no recibieron a Jesús, permanecían en su pecado.

2. *Nuestro relato.* ¿Qué lección espiritual

necesitamos aprender de este capítulo? Parece probable que Juan quiso compararnos con ese ciego y los demás personajes del relato. ¿Y si viéramos este relato como nuestro relato?

Tenemos que reconocer que somos espiritualmente ciegos. El relato asume que todos somos ciegos en algún momento. La única diferencia entre nosotros es si reconocemos o no que somos ciegos (9.39–41). La ceguera se utiliza para representar las tinieblas. Cuando se está en tinieblas, sin luz, es imposible ver; se es, en cierto sentido, ciego. Así como el ciego estaba en tinieblas, antes de que Jesús entra en nuestras vidas, estamos caminando en tinieblas porque vivimos en pecado. (No nacimos en pecado; nos convertimos en pecadores cuando individualmente pecamos después de alcanzar la edad en la que somos conscientes de nuestros actos.)

Tenemos que reconocer la habilidad sanadora de Jesús. Somos ciegos por el hecho de que vivimos en las tinieblas del pecado. Entonces Jesús viene a nosotros como «la luz del mundo» (9.5). Nos ilumina haciendo posible que abandonemos el reino de las tinieblas y seamos «[trasladados] al reino de su amado Hijo» (Col 1.13), el reino de la luz, donde podemos gozar de la salvación y todas las bendiciones de ser hijos de Dios. Decir que Jesús es «la luz» que nos permite ver es decir que es el Salvador que nos ofrece Su salvación. No importa cuánto tiempo hayamos estado en tinieblas, o cuánto tiempo hayamos vivido en pecado, Jesús puede inundar nuestras vidas con «luz», con salvación.

Tenemos que ser sanados de nuestra ceguera espiritual. Ser sanados de nuestra «ceguera» —ser liberados de la noche del pecado en la que hemos estado viviendo— requiere de dos cosas. Primero, requiere de Aquel que puede impartirnos salud, que puede sanarnos de nuestra ceguera. Ese es Jesús. Así como estuvo allí para el ciego, está aquí para nosotros. Él es «la luz» y puede darnos luz, sanidad y salvación. Vino a la tierra para traer salvación (Lc 19.10).

Para poder recibir sanidad también se requiere de algo más: Tenemos que estar dispuestos a ser sanados. Jesús le dijo al hombre que nació ciego: «Ve a lavarte en el estanque de Siloé» (9.7). Si el hombre hubiera dicho: «No, no iré», ¿habría sido sanado? Jesús puede sanarnos de nuestro pecado, sin embargo, sólo si estamos dispuestos. Dice, en efecto, «Ve, cree y bautízate» (vea Mr 16.16). ¿Qué pasa si decimos: «No, no me bautizaré»? ¿No deseamos ser sanados? ¿No deseamos ser

salvos? ¡Tenemos que estar dispuestos a seguir las instrucciones de Jesús si queremos entrar en la luz de Jesús!

Además, el relato supone que, si deseamos ser salvos, tenemos que llegar a una plena fe en Jesucristo. El ciego comenzó con algo de fe; de lo contrario, no habría seguido las instrucciones de Jesús. Entonces estuvo dispuesto a reconocer a Jesús como profeta. Cuanto más tiempo continuó su debate con los fariseos, más parecía entender acerca de Jesús. Finalmente, vino a ver a Jesús como el Mesías divino. Nosotros también tenemos que llegar a esa fe si deseamos ser sanos de nuestra ceguera espiritual. ¿Puede usted, con el ciego que fue sanado, decir: «Creo, Señor» (9.38)?

Puede que desarrollemos corazones endurecidos y permanecer ciegos. En el epílogo del relato, Jesús habló de algunos que dicen: «Vemos» y, como consecuencia, permanecen en sus pecados (9.41). Se refería a aquellos que no entienden o no reconocen que están caminando en tinieblas. Permanecen en pecado y separados de Dios.

Lo probable es que tenía a los fariseos en mente. Estaban tan ciegos espiritualmente que no podían alegrarse de que a un hombre nacido ciego se le había permitido ver, ¡algo que nunca había sucedido antes de la venida de Jesús (9.32)! En cambio, fueron críticos porque el milagro había sido realizado en un día de reposo. Cuestionaron si el hombre realmente había estado ciego. Entonces trataron de desacreditar a Jesús, diciendo que no podía haber hecho el milagro porque era un pecador. Trataron de que el hombre que había sido sanado negara que Jesús había hecho el milagro. ¡Qué duros eran sus corazones! ¡Qué espiritualmente ciegos estaban!

La tragedia es que, al tiempo que los fariseos exhibieron estas características de ceguera espiritual, de estar en las tinieblas del pecado, afirmaban ser los que eran espiritualmente iluminados. Conocían la Ley y seguían a Moisés. Pensaron que eran los justos, mientras que Jesús era un pecador; ¡y también el ciego al que acusaban! Mientras permanecieran en esa condición —siempre y cuando pensarán que estaban en la luz y pudieran «ver»— no podían ser salvos porque estaban en tinieblas. Eran «ciegos», y su pecado permaneció sobre ellos.

Lo mismo es verdad hoy. Hemos dicho que dos cosas son necesarias para que pasemos de las tinieblas a la luz, de ser ciegos a ver: un Salvador
(Continúa en la página 50)

La alegoría del Buen Pastor

(10.1-21)

El capítulo 10 constituye el último discurso público de Jesús registrado en Juan y sigue de cerca los acontecimientos del capítulo anterior. La alegoría del «buen pastor» se debe ver como un comentario y una ilustración de las circunstancias que rodearon la sanidad del hombre nacido ciego en el capítulo 9. D. A. Carson hizo hincapié en el vínculo temático entre los dos capítulos, diciendo:

El hombre sanado ha sido tratado de manera grosera por las autoridades religiosas, y expulsado de la sinagoga [9.13-34]. Lo que Juan escribe a continuación, entonces, es que muchos ladrones y salteadores destruyen las ovejas, mientras que el buen pastor guía a las suyas fuera del redil de las ovejas y las lleva a su propio rebaño [10.1-16].¹

A medida que se desarrolla, la narración presenta dos contrastes: «el contraste entre los fariseos y Jesús como pastores del pueblo» y el contraste «entre los fariseos y el antiguo ciego como receptores del mensaje de Jesús».²

Es importante contar con cierta información de fondo del Antiguo Testamento y de los Evangelios Sinópticos para poder comprender adecuadamente la narrativa de Jesús como «el buen pastor». En el Antiguo Testamento, Dios era el «Pastor de Israel».

Oh Pastor de Israel, escucha;
Tú que pastoreas como a ovejas a José,
Que estás entre querubines, resplandece
(Sal 80.1; vea 23.1; 78.52; 79.13; 95.7; 100.3).

¹D. A. Carson, *The Gospel According to John (El Evangelio según Juan)*, The Pillar New Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1991), 379.

²J. Ramsey Michaels, *John (Juan)*, New International Biblical Commentary (Peabody, Mass.: Hendrickson Publishers, 1989), 175.

Además, a Dios se le describe como un buen «pastor», que es amoroso y de corazón tierno. Isaías escribió:

Como pastor apacentará su rebaño; en su brazo llevará los corderos, y en su seno los llevará; pastoreará suavemente a las recién paridas (Is 40.11).

Dios les había confiado a los líderes religiosos, a quienes se les llama «los pastores de Israel», la responsabilidad de cuidar de Su rebaño (Ez 34.2; vea 34.7, 9). Fracasaron en este sentido porque eran pastores malvados. El profeta Jeremías escribió: «¡Ay de los pastores que destruyen y dispersan las ovejas de mi rebaño! dice Jehová» (Jer 23.1-4). Una vez más, por medio del profeta Ezequiel, Dios dijo:

No fortalecisteis las débiles, ni curasteis la enferma; no vendasteis la perniquebrada, no volvisteis al redil la descarriada, ni buscasteis la perdida, sino que os habéis enseñoreado de ellas con dureza y con violencia (Ez 34.4; vea 34.8).

En muchos otros pasajes del Antiguo Testamento, los pastores de Israel fueron castigados por su negligencia en su responsabilidad dada por Dios de cuidar del rebaño (Is 56.10-12; Jer 25.34-38; Zac 10.2, 3; 11.1-17). Dios declaró que Él mismo sería la solución a la negligencia del deber por parte de los pastores de Israel, diciendo:

... yo libraré mis ovejas [...]
... He aquí yo, yo mismo iré a buscar mis ovejas, y las reconoceré [...] reconoceré mis ovejas, y las libraré [...] Y yo las sacaré de los pueblos [...] las apacentaré en los montes de Israel [...] las apacentaré, y en los altos montes de Israel estará su aprisco [...] serán apacentadas sobre los montes de Israel [...] Yo apacentaré mis ovejas, y yo les daré aprisco [...] Yo buscaré la perdida, y haré volver al redil la descarriada; vendaré la perniquebrada, y fortaleceré la débil;

mas a la engordada y a la fuerte destruiré; las apacentaré con justicia (Ez 34.10–16).

Dios llevaría a cabo Su obra concerniente a Su rebaño por medio de Su «siervo David», una referencia al Mesías. Dijo:

Y levantaré sobre ellas a un pastor, y él las apacentará; a mi siervo David, él las apacentará, y él les será por pastor. Yo Jehová les seré por Dios, y mi siervo David príncipe en medio de ellos. Yo Jehová he hablado (Ez 34.23, 24).

Este es el pastor descrito en Juan 10. Jesús es «el buen pastor» (el verdadero pastor), en contraste con los pastores malvados (falsos pastores), los líderes religiosos judíos.

Además del trasfondo del Antiguo Testamento, los Evangelios Sinópticos emplean imágenes de ovejas y pastores (vea Mt 9.36; 18.12–14; Mr 6.34; 14.27; Lc 15.1–7). La diferencia entre las imágenes en los Evangelios Sinópticos y su uso en el Evangelio de Juan fue extraída por Leon Morris:

En los Sinópticos se ve al pastor en su relación con las ovejas; él les provee y cuida de ellas. En Juan esta preocupación es clara. En efecto, es llevada más lejos que en los Sinópticos, ya que el Buen Pastor les provee a las ovejas incluso hasta el punto de dar su vida por ellas. Sin embargo, Juan también llamó la atención a algo más. Aquí se le ve al Buen Pastor también en contraste con los falsos pastores. Él es el pastor legítimo, cuya voz conocen las ovejas.³

LA ALEGORÍA (10.1–6)

¹De cierto, de cierto os digo: El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, ése es ladrón y salteador. ²Mas el que entra por la puerta, el pastor de las ovejas es. ³A éste abre el portero, y las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por nombre, y las saca. ⁴Y cuando ha sacado fuera todas las propias, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. ⁵Mas al extraño no seguirán, sino huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños. ⁶Esta alegoría les dijo Jesús; pero ellos no entendieron qué era lo que les decía.

Versículo 1. Jesús comenzó Su conversación con la doble afirmación **De cierto, de cierto os digo**, que nunca utilizó para comenzar una nueva

conversación, pero siempre para seguir lo que se había dicho anteriormente e indicar que la siguiente declaración era muy importante (vea comentarios sobre 1.50, 51). Con ello se sugiere que no se pretendía una pausa entre lo que Jesús estaba a punto de decir y lo que acababa de decir al final del capítulo 9. Que este es el caso se justifica aún más por la incertidumbre expresada por los judíos en cuanto a la sanidad del hombre nacido ciego en 10.21. La conversación actual tiene que entenderse en el vínculo más estrecho posible con la sanidad de ese hombre.

Los detalles del relato en 10.1–21 son consecuentes con lo que se sabía sobre el pastoreo del siglo primero. Jesús estaba dirigiéndose a la misma audiencia que le había escuchado en 9.35–41, a saber: Sus discípulos, el hombre nacido ciego, los fariseos y probablemente algunos otros judíos. A todos estos les habría sido familiar, al menos hasta cierto punto, el pastoreo de ovejas. La conversación incluye una serie de metáforas que se basaban en los elementos comunes del pastoreo de ovejas como se practicaba en tiempos antiguos, especialmente el pastor (el cuidador y tal vez propietario) y **las ovejas** (tanto individualmente como el rebaño colectivamente). También se muestran al portero que abría **la puerta** al verdadero pastor, un **ladrón** y un **salteador** que robaba las ovejas, el asalariado que abandonaba las ovejas ante el peligro, el lobo que dispersaba las ovejas, y el **redil** de las ovejas (el recinto donde eran guardadas las ovejas).

Las ovejas a menudo eran guardadas en un «redil» común, una palabra que traduce *αὐλή* (*aulē*), que normalmente quiere decir un patio (vea 18.15). Aquí Jesús se refería a un recinto amurallado hecho de piedra, a cielo abierto, pero con una puerta sólida custodiada por el portero. Varios pastores podían llevar sus rebaños a ese recinto, encargando su cuidado al portero, cuya tarea era permitir la entrada sólo a aquellos que estaban autorizados. La forma normal de entrar en el redil era por la puerta; el que intentaba entrar de otra manera era «ladrón y salteador». La palabra «ladrón» (*κλέπτης*, *kleptēs*) se refiere a alguien que busca robar en secreto y sin forcejeo (como Judas; 12.6), mientras que «salteador» (*ληστής*, *lēstēs*) se refiere al que toma por la fuerza (como el revolucionario Barrabás; 18.40; Mt 26.55). Guy N. Woods vio a los fariseos como «culpables de hacer ambas cosas; engañaban al pueblo con astucia y destreza; y el antagonismo que sentían para con Jesús eventualmente daría como resultado la

³ Leon Morris, *The Gospel According to John (El Evangelio según Juan)*, rev. ed., The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1995), 444–45.

violencia que llevaría a su muerte».⁴

Versículos 2, 3. Jesús dijo: **Mas el que entra por la puerta, el pastor de las ovejas es.** A diferencia de los ladrones y los salteadores (los falsos pastores como los fariseos), el que entraba por la puerta tenía derecho a hacerlo, porque era el verdadero pastor (que representaba a Jesús). Continuó diciendo: **A éste abre el portero, y las ovejas oyen su voz.** El «portero», que había estado protegiendo las ovejas durante toda la noche, abría la puerta al verdadero pastor cuando venía por sus ovejas por la mañana. Se han hecho esfuerzos variados para determinar el significado del «portero», sin embargo, realmente no es necesario. En una figura idiomática como esta, algunos detalles son simplemente parte de la estructura del relato y no necesariamente tienen algún significado espiritual. También es un poco difícil determinar qué representaba el rebaño de Jesús. 1) El rebaño no podía representar el cielo porque había ladrones y salteadores. 2) El rebaño no podía representar la iglesia en *este punto*, porque Jesús ya tenía ovejas en el redil, y la iglesia aún no había sido establecida. 3) La explicación más razonable parece ser que el rebaño de Jesús se refiere a los creyentes a los que llamó desde el redil del judaísmo. Los que no creyeron en Jesús no salieron del redil. Más adelante, des pués de que se estableció la iglesia, Su rebaño incluiría a los gentiles (vea comentarios sobre 10.16); sin embargo, durante el ministerio de Jesús, incluso algunos extranjeros (como la mujer samaritana) parecen haber pasado a formar parte del rebaño de Jesús.

Varios rebaños pertenecientes a diferentes pastores podrían ser guardados en el mismo redil durante una noche determinada. Cuando los pastores llegaban a la mañana siguiente, las ovejas reconocían la voz de su propio pastor y respondían a ella. Aunque otro pastor podría hablar con voz de autoridad, las ovejas responderían al pastor legítimo, porque **a sus ovejas llama por nombre.** C. T. Wilson dijo: «Los pastores a menudo dan nombres a sus ovejas. Estos nombres describen algún rasgo o característica del animal, como Orejas largas, Nariz blanca, Moteado, y así sucesivamente».⁵

⁴ Guy N. Woods, *A Commentary on the Gospel According to John (Un comentario sobre el Evangelio según Juan)*, New Testament Commentaries (Nashville: Gospel Advocate Co., 1981), 203.

⁵ C. T. Wilson, *Peasant Life in the Holy Land (La vida del campesino en Tierra Santa)* (New York: E. P. Dutton and Co., 1906), 165.

Cabe esperar que un pastor llamara a su propia oveja por su nombre; era frecuente que el pastor y sus ovejas pasaran muchos años juntos y desarrollaran una relación de toda una vida. Las ovejas pertenecían al pastor; confiaban en él y al oír su voz, le seguían porque él **las saca.** Como se aseveró, este redil era el judaísmo, y Jesús vino a llamar a Su propio rebaño. No todos le reconocieron como el Mesías; algunos optaron por permanecer en el judaísmo. Sin embargo, algunos (como el hombre que nació ciego) le reconocieron como el Mesías. Cuando vino el verdadero «pastor de las ovejas», reconocieron Su voz.

Versículos 4, 5. El verdadero pastor que «las saca» también [**saca fuera todas las propias.** La frase «sacar fuera» proviene del verbo griego ἐκβάλλω (*ekballō*), que transmite una cierta medida de restricción. El lenguaje sugiere que el pastor empuja «el rebaño desde el redil, donde muchas de ellas están apretujadas, a través de la puerta».⁶ La idea de la separación subyace a esta figura idiomática, y a ésta se refirió B. F. Westcott, diciendo: «Con respecto al viejo redil de Israel, el tiempo para esta separación estaba cerca».⁷ Mientras que los falsos pastores (que representan a los fariseos) expulsaron al hombre que nació ciego, el verdadero pastor (que representa a Jesús) instaba a las ovejas a dejar el redil. Fueron movidos por las buenas nuevas de la gracia salvadora de Dios personificada en Jesús, a la que respondieron favorablemente (vea 6.44, 45; 12.32). Nunca fue el plan de Dios que permanecieran en el judaísmo de manera indefinida. Ahora que Cristo había venido, había llegado la hora para someterse al nuevo orden (vea Ga 3.24, 25).

Después de haber reunido Su rebaño, un pastor **va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz.** Esta costumbre es diferente a la observada en Occidente, donde un pastor suele conducir las ovejas, con frecuencia con la ayuda de un perro ovejero. Jesús pintó un retrato íntimo de un pastor que se adelantaba a las ovejas y las ovejas escuchando Su voz. Tal imagen es particularmente aplicable al discipulado cristiano. Así como las ovejas permanecen con su pastor escuchando su

⁶ Andreas J. Köstenberger, *John (Juan)*, Baker Exegetical Commentary on the New Testament (Grand Rapids, Mich.: Baker Academic, 2004), 301.

⁷ B. F. Westcott, *The Gospel According to St. John (El Evangelio según San Juan)* (Cambridge: University Press, 1881; reimp., Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950), 152.

voz, también los discípulos de Cristo mantienen un vínculo personal con Jesús escuchando y obedeciendo la voz del Amo.

Las ovejas se negarían a seguir **al extraño**. En efecto, **huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños**. Las ovejas oyen y conocerían la voz del verdadero pastor y, por lo tanto, le seguirían; sin embargo, no responderían al extraño de la misma manera, ya que su voz les sería ajena. En 10.1, 2, un pastor, que entraría en el redil por la puerta, se contrasta con un «ladrón y salteador» que entraría de alguna otra manera. Aquí un pastor al que conocían y seguían las ovejas es contrastado con el extraño que no lograba que las ovejas le siguieran porque su voz no les era familiar. El deseo de un ladrón, salteador o extraño era quitarle las ovejas al verdadero pastor. La lección es obvia: Jesús es ese verdadero pastor, y los verdaderos creyentes escuchan y obedecen Su voz. No escucharán las voces de extraños (falsos maestros) que los desviarían. Al hombre nacido ciego, los fariseos le hablaron con las voces de extraños; sin embargo, cuando Jesús (el verdadero pastor) le encontró y habló con él, respondió inmediatamente.

Versículo 6. Esta alegoría les dijo Jesús. La palabra que se traduce como «alegoría» es *παροιμία* (*paroimia*) y «puede referirse a una variedad extraordinariamente amplia de formas literarias, incluyendo proverbios, parábolas, máximas, símiles, figuras idiomáticas, fábulas, acertijos, narrativas que encarnan ciertas verdades, burlas y más». ⁸ Se utiliza en otro lugar en 16.25, 29, donde «he hablado en alegorías» se contrasta con «claramente os anunciaré». Sólo ocurre una vez más en el Nuevo Testamento, donde quiere decir un «proverbio» (2ª P 2.22; vea Pr 26.11). La palabra nunca ocurre en los Evangelios Sinópticos; éstos utilizan la palabra *παραβολή* (*parabolē*, «parábola») en su lugar. Tanto la *paroimia* como *parabolē* traducen la palabra hebrea *משל* (*mashal*), y es difícil distinguir entre las dos. Cualquiera de las dos puede denotar un dicho corto (*parabolē* en Lc 4.23; *paroimia* en 2ª P 2.22) o un pasaje más extenso, como el que se está considerando. Westcott dijo que *paroimia* «sugiere la noción de un dicho misterioso lleno de una idea comprimida, en lugar de la de una simple comparación». ⁹

La conversación sobre «el buen pastor» puede describirse mejor como una «alegoría». Su

⁸ Carson, 383.

⁹ Westcott, 152.

enseñanza se asevera con una serie de metáforas, en lugar de un símil con un relato relacionado, como a veces se ve en los Evangelios Sinópticos (por ejemplo, «el reino de los cielos es como...»).

Al final, la forma como se describa la conversación es algo de poca importancia. Cualquiera que sea la forma literaria usada por Jesús, Sus oyentes **no entendieron qué era lo que les decía**. Los que no entendían eran los falsos pastores, esto es, los líderes judíos, en particular los fariseos del capítulo 9. No captaban las concepciones espirituales del redil, la puerta, el pastor o las ovejas porque no eran Sus ovejas (10.26). Jesús, por lo tanto, amplió aún más Su enseñanza.

LA APLICACIÓN DE LA ALEGORÍA (10.7–18)

⁷**Volvió, pues, Jesús a decirles: De cierto, de cierto os digo: Yo soy la puerta de las ovejas. ⁸Todos los que antes de mí vinieron, ladrones son y salteadores; pero no los oyeron las ovejas. ⁹Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos. ¹⁰El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia. ¹¹Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas. ¹²Mas el asalariado, y que no es el pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebatá las ovejas y las dispersa. ¹³Así que el asalariado huye, porque es asalariado, y no le importan las ovejas. ¹⁴Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen, ¹⁵así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas. ¹⁶También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor. ¹⁷Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. ¹⁸Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre.**

Versículos 7, 8. La palabra **pues** (*οὖν*, *oun*) es más que una conjunción; indica una próxima expansión debido a la incapacidad de la audiencia de Jesús para entender lo que había estado diciendo. Volvió a utilizar la doble afirmación **De cierto, de cierto os digo** para introducir Su enseñanza (vea comentarios sobre 1.50, 51). Jesús comenzó esta

explicación con Su tercera declaración «yo soy» con un complemento de predicado: **Yo soy la puerta de las ovejas** (vea 10.9). Anteriormente había dicho: «Yo soy el pan de vida» (6.35, 48) y «Yo soy la Luz del mundo» (8.12; vea comentarios sobre 9.5). Sus comentarios en 10.7–18 hicieron más que explicar lo que había estado enseñando acerca del pastor y las ovejas; también ampliaron las metáforas que se habían presentado anteriormente.

A partir del versículo 7, parece haber un cambio en el trasfondo de la enseñanza de Jesús. En 10.1–5, Jesús había estado hablando de Sí mismo como el pastor legítimo que entraba en el redil por la puerta. En esta metáfora, Él *era* la puerta. Además, el redil de ovejas en 10.1–5 poseía varios rebaños pertenecientes a varios pastores; las ovejas en este redil pertenecían exclusivamente a Jesús, que servía como puerta. Además, el portero del versículo 3 ha desaparecido. El rebaño de ovejas en 10.7–18 es un redil diferente al mencionado en 10.3, ya que aquí el pastor servía literalmente como puerta de las ovejas. Algunos eruditos han observado que un pastor, tal como lo presenta Jesús, podría hablar de sí mismo como la «puerta de las ovejas» porque se colocaba por la noche en la entrada del redil para que su cuerpo formara una «puerta» viva contra los intrusos.¹⁰ Esta práctica era común en rediles pequeños en el campo, lejos de ciudades y pueblos.

Jesús, por lo tanto, presentó dos formas de verse a Sí mismo: como el «pastor» y como la «puerta». Bien dijo Juan Crisóstomo: «Cuando nos lleva al Padre, se llama a Sí mismo “una puerta”, cuando nos cuida, “un pastor”». ¹¹ Aunque ambas metáforas tienen que ver con la salvación, las imágenes del pastor son más completas; porque el pastor traía a las personas a Dios, las cuidaba (las sustentaba) e incluso daba su vida por ellas (vea 10.15). Jesús como «la puerta» es como «el camino» de 14.6. Vino para que las personas tuvieran el conocimiento de cómo volverse justos y, por lo tanto, estar justificados delante de Dios. Cuando Jesús dijo: «Yo soy la puerta», quiso decir que Él es la *única* puerta por la

que todos pueden tener acceso a Dios. Si bien está de moda hablar de muchas maneras diferentes de acceder a Dios, Jesús confirmó que es el único por el que una persona puede obtener acceso legítimo.

Jesús, el único Buen Pastor, se había contrastado anteriormente con el ladrón y salteador (10.1). Aquí parece que Jesús estaba haciendo el mismo contraste, excepto ahora como la única puerta. Sea que la metáfora del pastor o la metáfora de la puerta es la que se esté considerando, la enseñanza de Jesús es la misma: **Todos los que antes de mí vinieron, ladrones son y salteadores**. El «todos» tiene que entenderse en razón del contexto actual. No puede referirse a los profetas de antaño que cumplieron fielmente los mandamientos de Dios y fueron testigos de Jesús (por ejemplo, Juan el Bautista). Los ladrones y salteadores incluirían a falsos mesías como Teudas, Judas el Galileo y el Egipcio (Hch 5.36, 37; 21.38); tales hombres intentaron reunir a seguidores con promesas de libertad terrenal que sólo terminaron en desastre (vea comentarios sobre 5.41–44). También se incluirían a las autoridades religiosas que habían demostrado ser pastores malvados, como los fariseos (Lc 16,14) y los escribas (Mr 12.38). Jesús denunció a estos grupos por su avaricia. Los saduceos también eran egoístas e igualmente culpables de avaricia; no estaban siendo los pastores del rebaño que debían haber sido. En la situación inmediata, las actitudes y acciones de los fariseos para con el hombre que nació ciego demuestran que eran pastores malvados. Todos estos buscaban su propio beneficio. A ellos realmente no les interesaba el rebaño, y por esta razón, **no los oyeron las ovejas**.

Versículos 9, 10. Una vez más, Jesús dijo: **Yo soy la puerta**; sin embargo, esta vez excluyó la expresión «de las ovejas». Dijo: **el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos**. La frase «por mí» se encuentra en una posición enfática en el texto griego, suponiendo una exclusividad acerca de la puerta. Sólo hay una puerta; para ser salvos, las personas tienen que entrar por esa puerta. Todos los esfuerzos para entrar por otra puerta son en vano, porque no hay otra entrada. Jesús es la única puerta. En la ilustración de 10.1–5, a Jesús, el Buen Pastor, se le describió reuniendo el rebaño de un redil compuesto por varios rebaños. Aquí Jesús se identificó como la puerta, el medio por el que las ovejas podrían «[entrar], y [salir], y [hallar] pastos». No se debe tratar de encontrar algún significado misterioso en la expresión «y entrará, y saldrá». Jesús simple-

¹⁰ G. Campbell Morgan contó un relato de un encuentro entre Sir George Adam Smith y un pastor en tierras orientales. Al mirar un redil, Smith comentó que no había puerta, a lo que el pastor respondió: “Yo soy la puerta”. Describió la forma en que se acostaría en la entrada cada noche para mantener a las ovejas dentro y cualquier intruso, como un lobo, afuera. (G. Campbell Morgan, *The Gospel According to John [El Evangelio según John]* [New York: Fleming H. Revell Co., s.f.], 177.)

¹¹ Juan Crisóstomo *Homilías sobre el Evangelio de Juan* 59.3.

mente estaba diciendo que en Él, el Buen Pastor, las ovejas tendrían seguridad perfecta y estarían libres de daño y peligro.

En contraste con El que vino a salvar, **El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir**. A un ladrón no le interesarían las ovejas; esta persona sólo está interesada en sí misma. Por otro lado, Jesús (el **yo** es enfático) buscaba el bienestar de Sus ovejas. Él ha **venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia**. Este es un contraste gráfico. Jesús vino a dar vida, mientras que un ladrón destruye la vida. Jesús vino a ofrecer vida en abundancia; un ladrón quita la vida. La frase «en abundancia», de περισσός (*perissos*), es un término comparativo, que comúnmente se traduce como «más» o «mayor»; quiere decir ser «extraordinario en cantidad, abundante, profuso».¹² Aplicado a las ovejas, quiere decir que tenían más que suficiente para sustentar su existencia. Estaban llenas gracias a que tenían suficiente para comer, y estaban a salvo debido a la protección que gozaban en la custodia del pastor (vea Sal 23.1–4). Aplicado a los discípulos de Cristo, quiere decir que la vida que disfrutamos excede lo que podríamos haber anticipado.

Algo que es seguro es que el creyente tiene vida eterna (vea comentarios sobre 5.24). Jesús no estaba diciendo que a Sus seguidores les sería extendida su vida mortal; estaba hablando del disfrute de una vida más rica de lo que la humanidad puede imaginar. Al hacerse discípulo de Cristo, el creyente goza al saber que sus pecados pasados son perdonados, al saber que tiene el perdón de los pecados cometidos después de convertirse en cristiano, y que tiene acceso a Dios por medio de la oración. El creyente obediente tiene el privilegio de contar con un defensor con el Padre, la morada del Espíritu Santo, la Palabra para la guía diaria y hermanos buenos y fieles para alentarlo. Todas estas bendiciones y muchas más dan abundancia a la vida que ahora goza en Cristo.

Versículos 11–13. Retomando la metáfora del pastor en 10.1–5, Jesús declaró: **Yo soy el buen pastor** (10.11). Este es el cuarto «Yo soy» con un complemento de predicado en el Evangelio de Juan (vea comentarios sobre 6.35). Se repite en 10.14. Jesús no era solamente *un* buen pastor; era *el* Buen

Pastor. En el texto griego, el orden de las palabras de la afirmación de Jesús es «Yo soy el pastor, el bueno». La palabra «buen» traduce καλός (*kalos*), un adjetivo con una amplia gama de significados: «bueno», «derecho», «adecuado», «apropiado», «útil», «mejor», «honorable», «honesto», «bien», «hermoso», «encantador» y «precioso». Aquí, *kalos* se relaciona con la disposición con la que el pastor voluntariamente **su vida da por las ovejas**. Aquí se le contrasta con «el pastor inútil que abandona el ganado» (Zac 11.17). El cuidado del pastor por las ovejas (vea 10.9) se exhibe en su voluntad a arriesgar su vida por las ovejas. David, el rey pastor (Sal 78.70–72), arriesgó su vida para proteger las ovejas cuando mató el león y el oso (1° S 17.33–37). Sin embargo, si hubiera sido muerto en el proceso, no habría sido su intención. Cuando Jesús dijo: «El buen pastor su vida da por las ovejas», incluyó un elemento voluntario en la expresión. Si bien *un* buen pastor podría perder inadvertidamente su vida en defensa de las ovejas, *el* Buen Pastor a propósito daría Su vida «por» (ὕπερ, *hyper*), es decir, «en representación de» (en beneficio de) las ovejas. Se interpuso a Sí mismo en lugar de las ovejas para protegerlas de una muerte inminente y así darles vida. Aunque tenía el poder de salvarse a Sí mismo, Jesús vino a la tierra para «dar su vida en rescate por muchos» (Mt 20.28; vea Jn 15.13; 1ª Jn 3.16). Si bien la muerte accidental de *un* buen pastor significaba que las ovejas serían esparcidas y tal vez muertas, la muerte *del* Buen Pastor significaba vida y victoria para aquellos que serían redimidos.

Continuando Su ilustración, Jesús dijo: **Mas el asalariado [...] ve venir al lobo y deja las ovejas y huye, y el lobo arrebató las ovejas y las dispersa** (10.12). A diferencia del ladrón y el salteador, un asalariado no era malvado. No se asume alguna intención maliciosa. El asalariado era sólo eso: uno contratado por un salario para realizar cierta tarea: cuidar de las ovejas. Su principal preocupación era su salario, no las ovejas. Era diferente a un pastor **de quien [...] son propias las ovejas** y que realmente se preocupaba por ellas y buscaba su bienestar. Cuando no peligraba el rebaño, **el asalariado** realizaba bien su tarea, sin embargo, cuando el peligro era inminente, le **[importaba]** más su propia seguridad que la de **las ovejas** (10.13). Cuando veía venir al lobo, abandonaba las ovejas. Como resultado, el lobo podía arrebatarlas y dispersarlas. La imagen de «el lobo», como «el portero», se puede utilizar simplemente para

¹² Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva)*, 3ª ed., rev. y ed. Frederick William Danker (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 805.

completar la escena (vea comentarios sobre 10.2, 3). Puede que se refiera a algunos de los líderes religiosos, que se suponía eran los pastores de Israel. En lugar de dar protección, estos líderes, como lobos sedientos de sangre, destruían y dispersaban las ovejas para obtener ganancias injustas (vea Jer 23.1; Ez 22.27). En lo que se refiere a un extremo menor, el «asalariado» podría representar a las autoridades religiosas que desempeñaban sus funciones en circunstancias normales, siempre que se les pagara. Estos hombres eran egoístas y más preocupados por su posición que por el cuidado que se les había confiado de las ovejas de Israel. Si bien la identidad del asalariado podría ser debatida, no hay desacuerdo con la identidad de «el buen pastor».

Versículos 14, 15. La primera cláusula de 10.14, **Yo soy el buen pastor**, es la misma de 10.11. Esta repetición continúa el contraste entre Jesús («el buen pastor») y el asalariado (el desleal). Destaca el conocimiento mutuo del pastor y las ovejas. También destaca el tema del sacrificio ya introducido en 10.11, que se amplía en 10.15, 17, 18. A diferencia del asalariado, «el buen pastor» conocía a los Suyos y los suyos le conocían. Jesús dijo: ... y **conozco mis ovejas, y las mías me conocen, así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas.** El término «conozco» es de γινώσκω (*ginōskō*), que quiere decir conocer a otro de una manera íntima basado en la experiencia. El conocimiento entre el pastor y las ovejas era un conocimiento íntimo análogo al conocimiento que el Padre tiene del Hijo y el Hijo tiene del Padre. En contraste con ladrones y salteadores, extraños y asalariados, que probablemente representaban a las autoridades religiosas como los fariseos, «el buen pastor» (Jesús) conocía a Sus ovejas por su nombre (vea 10.3). Las ovejas conocían a su pastor por la experiencia de escuchar su voz (10.3–5) y beneficiarse de su cuidado (10.9). Jesús dijo que era «el buen pastor» que era dueño de Sus ovejas y las amaba, incluso hasta el punto de dar Su vida por ellas. Su conocimiento concerniente a Sus ovejas era completo (10.27), y Su sacrificio fue completo (10.15). Westcott lo dijo de la siguiente manera: «La plenitud de conocimiento se consuma en la plenitud del sacrificio».¹³

Versículo 16. Jesús dijo que tenía **otras ovejas que no [eran] de este redil**. El versículo se refiere a 10.1–5, donde «redil» aparentemente quería

decir el Israel histórico en su totalidad. Carson dijo: «Jesús llama a sus propias ovejas de ese redil, constituyendo así su propio rebaño; las ovejas que permanecen en ese redil son, presumiblemente, judíos incrédulos».¹⁴ Las «otras ovejas de Jesús, que no son de este redil» tiene que ser una referencia a los gentiles. Que los gentiles habían de ser incluidos en una relación de pacto con Dios había sido profetizado mucho antes (Is 42.6; 49.6; 65.1; Miq 4.1–5). Este pasaje enseña que la misión de Jesús era a los gentiles, así como a los judíos. Si, de hecho, «la salvación viene de los judíos» (4.22), luego primero tuvo que venir a los judíos y luego proceder a los gentiles e incluso al mundo entero (1.9; vea Ro 1.16).

Cuando eran llamadas, estas otras ovejas **oirán [Su] voz; y habrá un rebaño, y un pastor**. La KJV consigna «un redil» en lugar de «un rebaño», sin embargo, es incorrecto. «Redil» es la palabra correcta para *aulē* en 10.1, ya que era el redil del judaísmo del que Jesús formó Su rebaño. En 10.16, Jesús estaba hablando de otras ovejas que no eran del redil del judaísmo. Las llamó a formar parte de Su «un rebaño» (μία ποιμνῆ, *mia poimnē*). Aunque aún no habían sido llamadas, en cierto sentido eran incluso en ese momento Sus ovejas. Podía decir **También tengo** porque ellos estaban entre los que recibirían sin reparos el mensaje cuando lo escucharan predicado a ellos (vea Hch 13.48; 18.10). Se sentirían atraídos a Él por medio de Su muerte (12.32; vea comentarios sobre 6.36, 37) que, irónicamente, era exactamente lo que planeaban los judíos para detener a Jesús y Su misión.

En el capítulo 9, vemos que el «rebaño» incluía algunos desde adentro del judaísmo, como el hombre nacido ciego. Aquí en 10.16 el «rebaño» incluía a los de fuera del judaísmo, los gentiles. Después del establecimiento de la iglesia, todas las personas, sean judías o gentiles, podrían convertirse en miembros del «un rebaño» con Jesús como el «pastor». Este es el «mismo cuerpo», compuesto tanto por judíos como por gentiles, del cual habló Pablo en Efesios 3.6.

Versículo 17. Al llevar esta conversación a un fin, Jesús dijo: **Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar.** La muerte de «el buen pastor» ya había sido anunciada en 10.11, 15. El mismo anuncio fue hecho en el versículo 17 sin las imágenes del pastor. Jesús lo elaboró con dos verdades. El amor del Padre por el Hijo estaba

¹³ Westcott, 155.

¹⁴ Carson, 388.

vinculado con la muerte del Hijo por el mundo. No era que la muerte del Hijo fuera el estímulo para el amor del Padre, porque el amor mutuo del Padre y del Hijo existía antes de la muerte del Hijo. En efecto, el amor del Padre por el Hijo y el Hijo por el Padre ha existido desde toda la eternidad, incluso antes de que comenzara el mundo. Más bien, el sacrificio que Jesús hizo por el mundo fue en completa obediencia a la voluntad del Padre (vea He 5.8). Era la voluntad de Dios que Jesús pusiera Su vida por el mundo, y debido a que Jesús vino a hacer la voluntad del Padre, estuvo dispuesto a ir a esa muerte (6.38; 10.18). El amor del Padre es dirigido al Hijo porque, por Su muerte voluntaria, se ha logrado la obediencia sobre la que se ha obtenido la salvación del hombre.

Segundo, Jesús murió para ser levantado. La conjunción «para» (ἵνα, *hina*) transmite la idea de propósito, no un mero resultado. La muerte de Jesús no fue un fin en sí mismo, ni la resurrección fue una ocurrencia tardía. Jesús puso Su vida *para* volverla a tomar. Jesús había de ser glorificado por el Padre (17.5), y Su muerte sería el primer paso. Sólo después de ser resucitado de la muerte podía recibir la glorificación definitiva. De esta manera, Su muerte fue el propósito último para Su venida a la tierra, y la resurrección marcó la finalización de ese propósito.

Versículo 18. Se habían hecho varios intentos para hacerle daño a Jesús, sin embargo, todos habían fracasado. Algunos en la sinagoga, al oírle, habían intentado lanzarlo por un acantilado (Lc 4.29). Los judíos querían arrestarlo (7.30) y darle muerte (5.18; 7.25). En una ocasión, incluso habían tomado piedras para apedrearlo (8.59; vea 10.31). Eventualmente, Jesús sería muerto. Esto no ocurriría por causa de algún poder por parte de Sus enemigos, sino por el plan divino de Dios. Dijo: **Nadie me la quita [Su vida] sino que yo de mí mismo la pongo.** Hasta Su hora divinamente señalada, todas las acciones tomadas contra Jesús fueron en vano. Cuando llegara Su hora, daría voluntariamente Su vida.

Jesús continuó diciendo: **Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre.** Jesús tomó la iniciativa y se dio a Sí mismo como sacrificio voluntario. Se mostró a Sí mismo como en control de los acontecimientos que rodearon Su muerte y Su resurrección. Jesús afirmó tener «poder» (ἐξουσία, *exousia*), es decir, «el derecho», «la autoridad», «la libertad de elección», para hacer lo que pretendía:

dar Su vida y volverla a tomar. Esta decisión era totalmente compatible con el mandamiento emitido por el Padre. Debido a Su amor por el Padre y el amor del Padre por el Hijo, Jesús se sometió voluntariamente al plan del Padre. Sólo por medio de Su sacrificio podría llevarse a cabo la expiación por el mundo.

LA REACCIÓN DE LOS JUDÍOS (10.19–21)

¹⁹**Volvió a haber disensión entre los judíos por estas palabras.** ²⁰**Muchos de ellos decían: Demonio tiene, y está fuera de sí; ¿por qué le oís?** ²¹**Decían otros: Estas palabras no son de endemoniado. ¿Puede acaso el demonio abrir los ojos de los ciegos?**

Versículo 19. La alegoría de Jesús del «buen pastor» había llegado a su fin; y, como en otras ocasiones, **Volvió a haber disensión entre los judíos.** Con frecuencia, Juan usó la expresión «los judíos» para denotar a los líderes religiosos (vea comentarios sobre 1.19); la expresión «los judíos» aquí probablemente incluye a la multitud en general, así como a los líderes religiosos (vea 7.12, 13). Como fue el caso durante la fiesta de los tabernáculos, así ahora la enseñanza de Jesús llevó a un conflicto entre Sus oyentes. Jesús confrontaba a las personas de tal manera que tenía que tomarse una decisión concerniente a Él. Algunos, como el hombre que nació ciego, creyeron en Él y le siguieron. Otros, como los fariseos, no le creyeron y lo rechazaron. Así fue entonces; así es hoy. Nadie puede permanecer neutral cuando se encuentra con Jesús; Éste exige que se tome una decisión por Él o en Su contra. Es irónico que Jesús acababa de hablar del «un rebaño», insinuando la unidad de los judíos y gentiles que creían en Jesús. Por ahora, había división, incluso entre los judíos.

Versículos 20, 21. Las opiniones de los judíos se dividieron en el estilo de los que se oponían a Jesús y de los que lo defendían. **Muchos de ellos decían: Demonio tiene, y está fuera de sí.** De la palabra «muchos», está claro que la mayoría se oponían a Jesús, creyendo que tenía un demonio. Esta acusación ya se había hecho tres veces (7.20; 8.48, 52). Las «palabras» que acababa de hablar eran simplemente incomprensibles. ¿Por qué moriría un hombre para resucitar de entre los muertos? Que alguien hablara como lo hacía Jesús, pensaron, indicaba qué tiene que estar fuera de sí (vea comentarios sobre 8.48). Ser acusado de tener un

demonio y estar demente no eran dos acusaciones separadas, sino una sola. Aquellos que se oponían a Jesús lo desestimaron como una persona fuera de sí y sostuvieron que tal persona no era digna de que se le escuchara.

Decían otros: Estas palabras no son de endemoniado. ¿Puede acaso el demonio abrir los ojos de los ciegos? La mayoría no convenció a estas personas. Respondieron con dos puntos principales: 1) Jesús no hablaba como un endemoniado, alguien que estaba demente e irracional. Por el contrario, Sus palabras, misteriosas como podrían haber sido, eran las palabras de un maestro lleno de misericordia. Sus enemigos no habían sido capaces de refutar Sus contenciones. 2) El milagro realizado en el hombre ciego no era un acto que podía hacer un endemoniado. El milagro había tenido lugar en Jerusalén, y estas personas habían oído los argumentos concernientes al mismo. No fueron persuadidos por la oposición.

(Viene de la página 41)

dispuesto a salvar y nuestra propia disposición a ser salvos. Tal vez debemos añadir que es necesaria una tercera cosa: Si hemos de ser sanados de una «ceguera», ser salvos de las tinieblas en que vivimos, tenemos que estar dispuestos a reconocer que estamos «ciegos», en tinieblas, pecadores que no podemos ver por nosotros mismos. Muchos hoy son como los fariseos de antaño. Dicen, «Vemos», pero están «ciegos» porque no están dispuestos a reconocer sus pecados o reconocer que necesitan a Jesús como su Salvador. Están ciegos, en tinieblas, pero no lo saben. Por lo tanto, como en el caso de los fariseos, su «pecado permanece».

Conclusión. ¿Sigue usted ciego, viviendo en tinieblas? Jesús desea darle luz y permitirle ver. Para ser «sanado», para ser salvo, usted tiene que reconocer su necesidad de Jesús y obedecerle. Él no le está diciendo «Ve a lavarte en el estanque de Siloé», sin embargo, sí le dice que se lave. Usted puede lavar sus pecados en la sangre de Cristo siendo bautizado en Él. ¿Le obedecerá usted creyendo, confesándole como el Hijo de Dios y su Salvador y siendo bautizado en Él? Si hace lo que Él ha mandado, entonces, como el ciego, podrá decir, «habiendo yo sido ciego, ahora veo» (9.25).

Coy Roper

(Viene de la página 2)

ser como esos ladrones y salteadores, Jesús vino para que las personas «tengan vida, y para que

la tengan en abundancia» (10.10). Satisface las necesidades de Sus ovejas. Independientemente de lo que necesiten, proporciona en abundancia.

Estuvo dispuesto a morir por Sus ovejas (10.11–15, 17, 18). Lo más grande que Jesús dijo que hace por Sus ovejas es que da Su vida por ellas. Esto hace que el Buen Pastor sea diferente, no únicamente de los ladrones, salteadores y extraños, sino también de los asalariados. A un trabajador contratado se le paga por cuidar de las ovejas; sin embargo, si pierde una oveja, no experimenta la pérdida de manera personal. Si llega el peligro, huye y salva su propia vida en lugar de enfrentarse al peligro él mismo. Está más preocupado por sí mismo que por el bienestar de las ovejas. El Buen Pastor, en cambio, se da a las ovejas. De buen grado da Su propia vida para salvarlas (10.11–15). Lo hace por Su propia elección, por Su propia voluntad (10.17).

El Buen Pastor no sólo está dispuesto a dar Su vida, sino Jesús también dijo: «Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar» (10.18). En esas palabras, estaba afirmando que sería resucitado de entre los muertos. Por supuesto, estaba hablando de Su muerte venidera en la cruz, una muerte que de buen grado sufrió para salvar a Sus ovejas. Dejó claro que Dios no sólo estaba dando a Su Hijo para que muriera por nosotros (3.16), sino también que el Hijo se había ofrecido para venir a la tierra y moriría voluntariamente para que pudiéramos ser salvos.

Tiene otras ovejas que «no son de este redil» (10.16). Jesús dijo que era el Buen Pastor también para otros que aún no estaban en el rebaño. Los judíos habían sido el «rebaño» de Dios en un sentido especial durante más de mil años; sin embargo, el tiempo se acercaba rápidamente cuando los gentiles, así como los judíos, formarían el rebaño de Dios. Jesús también sería su Buen Pastor.

La narración de Juan continúa relatando la reacción de «los judíos» a las palabras de Jesús: Seguían divididos (10.19–21). Algunos pensaban que tenía demonio y estaba fuera de sí; otros dijeron que quien estuviera poseído por un demonio no podía abrir los ojos de los ciegos, como había hecho Jesús (vea 9.1–7). En este punto, los líderes judíos no pudieron tomar una decisión acerca de Jesús.

2. *La relación de Jesús con el Padre* (10.22–42). En la segunda mitad del capítulo, Jesús, el Buen Pastor, habló de Su relación con el Padre y dijo que Sus críticos no eran parte de Su rebaño.

Jesús estaba en Jerusalén para la fiesta de la dedicación, una fiesta celebrada en diciembre

(10.22,23). Celebraba la rededicación del altar del templo en 164 a.C.²

«Los judíos» (probablemente una referencia a los líderes judíos, especialmente a los fariseos) le dijeron a Jesús: «Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente» (10.24). La respuesta de Jesús sugirió que ya sabían la respuesta a su consulta. No estaban pidiendo información. Buscaban una excusa para acusar a Jesús y darle muerte.

Jesús primero les dijo a Sus críticos que Sus obras respondían a la pregunta de ellos (10.25). A pesar de los milagros que había hecho, estos líderes aún no creían. Su incredulidad era evidencia de que no eran parte del rebaño del Buen Pastor; no eran las ovejas del Buen Pastor (10.26, 27).

Aquellos que son Sus ovejas, dijo Jesús, escuchan Su voz, son conocidos por El, le siguen, reciben vida eterna, y nadie se las arrebatara de Sus manos (10.28). Dijo que Sus ovejas le han sido dadas por el Padre, queriendo decir que Sus ovejas (los cristianos) están protegidas por el Padre, así como por el Buen Pastor mismo; «... nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre» (10.29).

En caso de que Sus oyentes hubieran malinterpretado el mensaje, Jesús concluyó Su respuesta a la pregunta de ellos acerca de Su naturaleza, diciendo: «Yo y el Padre uno somos» (10.30). Jesús no sólo vino a la tierra como el Cristo, el Mesías, también es Deidad, uno con el Padre.

Los oyentes de Jesús respondieron a Sus palabras recogiendo piedras para apedrearle (10.31). Jesús les preguntó por qué pretendían matarle. ¿Era por Sus «buenas obras», Sus milagros? Si es así, ¿por cuál de Sus «buenas obras» pretendían apedrearle (10.32)? Al responderles de esta manera, Jesús demostró lo ridículo que era para los judíos perseguirle y conspirar para darle muerte. No sólo era inocente de cualquier mal, sino que había hecho muchas obras maravillosas que bendecían a los que estaban alrededor Suyo.

Los judíos respondieron que no era por Sus buenas obras que deseaban darle muerte, sino por Su blasfemia, porque, dijeron: «... porque tú, siendo hombre, te haces Dios» (10.33). «Blasfemar» era hablar en contra de Dios. Según opinaban ellos, que un hombre afirmara ser Dios era blasfemia; y la blasfemia era un pecado castigado con la muerte.

Jesús respondió a la acusación de blasfemia

² El templo había sido profanado anteriormente por el gobernante sirio Antíoco Epífanes en 167 a.C. Los Macabeos habían liderado a una revuelta contra los sirios, finalmente capturando Jerusalén y volviendo a dedicar el templo.

citando un pasaje de un salmo antiguotestamentario, que dice: «Yo dije, dioses sois» (10.34; vea Sal 82.6). Agregó: «Si llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y la Escritura no puede ser quebrantada), ¿al que el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: Tú blasfemas, porque dije: Hijo de Dios soy?» (10.35, 36). El argumento de Jesús era que los mismos judíos que le acusaban de blasfemia creían y citaban las Escrituras, que decían a ciertos hombres: «dioses sois». Si podían aceptar que, en cierto sentido, era aceptable que las Escrituras se refirieran a los hombres como dioses, ¿cuánto más era apropiado que Aquel a quien Dios había enviado al mundo hablara de Sí mismo como el «Hijo de Dios»? No estaba, por lo tanto, blasfemando. Simplemente estaba aseverando hechos cuando afirmó ser el Hijo de Dios y ser uno con el Padre.

En el proceso de presentar este argumento, Jesús mostró Su respeto por las Escrituras, diciendo: «la Escritura no puede ser quebrantada». Se refería, por supuesto, a que las Escrituras fueron dadas por Dios y permanecen constantes. La Palabra de Dios es inmutable; es la guía autorizada en religión. Todas las Escrituras tienen las mismas características hoy día. ¡Por lo tanto, no debemos ignorar, desobedecer ni tratar de alterar lo que la Biblia enseña!

Jesús concluyó Su respuesta apelando nuevamente a las obras (las señales) que realizó. Aunque los judíos no creyeran Sus palabras, esas obras deberían haberlos convencido de que era uno con el Padre (10.37, 38).

La respuesta de los judíos al argumento de Jesús repitió la primera reacción de ellos. Trataron nuevamente de apoderarse de Él y darle muerte, sin embargo, Jesús se escapó (10.39). Juan no da detalles sobre cómo se alejó de ellos.

El episodio final reportado en el capítulo, en 10.40–42, cuenta cómo Jesús, cuando cruzó el Jordán, encontró una respuesta muy diferente. Muchos ahí creyeron en Él. Si bien los líderes judíos rechazaron la oportunidad de formar parte del rebaño del Buen Pastor, muchos entraron por la puerta y se rindieron a Su cuidado, convirtiéndose en Sus ovejas.

3. *La relación de Jesús con Sus seguidores hoy.* ¿Qué quiere decir para nosotros hoy que Jesús es «el buen pastor»? Quiere decir que podemos ser bendecidos por dos razones.

Nos bendice porque somos Sus ovejas. Tener a Jesús como nuestro Buen Pastor quiere decir que

podemos ser bendecidos porque somos Sus ovejas. ¿Qué podemos esperar del «buen pastor»?

Aquellos que escucharon las palabras de Jesús por primera vez las habrían relacionado inmediatamente con Salmos 23. Habrían recordado que el salmista estaba diciendo que el Señor, como su «pastor», proporcionaba todo lo que necesitaba. Por esta razón, jamás querría nada. Las provisiones del Señor incluían reposo, comida, satisfacción, restauración, guía por caminos rectos, consuelo y protección en tiempos de gran angustia y muerte, asistencia para hacerles frente a los enemigos y un hogar en la casa del Padre para siempre. Quien cree en estas promesas entenderá que Jesús, nuestro Buen Pastor, nos proporcionará las mismas cosas.

Jesús aseguró que, como Buen Pastor, dirige a Sus ovejas. Al seguirle, podemos entrar en el redil y gozar de la salvación. Además, al seguirle, podemos «[hallar] pastos» (10.9). Es «el buen pastor» que nos da una nueva vida y sustenta nuestras vidas proporcionándonos los alimentos nutritivos que necesitamos para sobrevivir y prosperar.

Tal vez el mejor resumen de lo que Jesús, el Buen Pastor, hace por Sus ovejas se encuentra en 10.10, que dice: «yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia». A los cristianos se les da vida espiritual, son traídos de vuelta a la vida de la muerte espiritual mediante el nuevo nacimiento. ¡Ahora vivimos espiritualmente, gozando de toda bendición espiritual por medio de Cristo Jesús (Ef 1.3)! Además de tener una nueva vida, vida espiritual, los cristianos fieles también están seguros de gozar de vida eterna!

¿Qué quiere decir para un cristiano tener vida abundante? Es parte de la familia de Dios, tiene el Espíritu Santo morando en él para ayudarlo a vivir por Cristo, tiene la promesa de una oración contestada y recibe el perdón continuo de sus pecados mientras anda «en la luz» (1ª Jn 1.7). Tiene

el aliento de hermanos y hermanas en la iglesia, y tiene el privilegio de adorar a Dios regularmente y servirle con sus talentos. ¡Tiene la esperanza del cielo! Jesús lo resumió diciendo: «Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás» (10.27, 28a). El cristiano, como una de las ovejas del Buen Pastor, ¡tiene, de hecho, una vida abundante!

Nos bendice porque tenemos un vínculo con el Padre. Estar en el rebaño de Jesús, el Buen Pastor, quiere decir que también estamos estrechamente relacionados con el Padre, con Dios mismo. Hemos visto que Jesús es nuestro Buen Pastor, que nos conoce y nos llama por nombre. Le conocemos, escuchamos Su voz y le seguimos. Puesto que Él «y el Padre uno [son]» (10.30), ¡estamos tan estrechamente relacionados con el Padre como nosotros con el Hijo de Dios!

Todo lo que Jesús dijo en la segunda mitad de Juan 10 nos afecta de dos maneras. Primero, nos obliga a creer que Jesús es Deidad, el divino Hijo de Dios. Si creemos algo menos de Él, no podemos ni seremos salvos. Segundo, ¡nos asegura que nuestra relación con Jesús nos da una relación con el Padre, con el Dios Todopoderoso!

Conclusión. Usted debe elegir ser parte del rebaño de Jesús porque puede y le dará vida: vida espiritual, vida abundante, vida eterna. No puede tener esta vida en el rebaño del Buen Pastor sin formar voluntariamente parte del mismo. Los judíos críticos no eran parte del rebaño de Jesús, y tampoco lo somos hasta que elijamos entrar por «la puerta», que es Jesús. Entramos en Su rebaño siendo bautizados en Él porque creemos en Él como Hijo de Dios (Ro 6.3, 4; Ga 3.26, 27). ¿Entrará usted y pasará a formar parte del rebaño del Buen Pastor? Si así lo desea, entonces usted también puede decir con seguridad: «Jehová es mi pastor; nada me faltará» (Sal 23.1). Coy Roper

«Os saludan todas las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16).